
A 465770


THE UNIVERSITY OF MICHIGAN
·LIBRARIES·
THE UNIVERSITY OF MICHIGAN
ARTES · SCIENTIA · VERITAS
1817




THE UNIVERSITY OF MICHIGAN
·LIBRARIES·
THE UNIVERSITY OF MICHIGAN
ARTES SCIENTIA VERITAS
1817

TEATRO MODERNO

SAN SEBASTIÁN, MÁRTIR
LLOVIDO DEL CIELO
APROBADOS Y SUSPENSOS

POR

VITAL AZA

CON UN PRÓLOGO DE

Antonio Sánchez Pérez.

Ilustraciones de

ANGEL LIZCANO

FOTOGRABADOS DE PÁEZ



MADRID
VIUDA DE HERNANDO Y COMPAÑÍA
Ferraz, 13, y Arenal, 11.

1894

E. Rubiños, impresor.—San Hermenegildo, 32.

TEATRO MODERNO

VOLUMEN II

PRÓLOGO

Para los que sostenemos que la época presente, lejos de ser, como algunos dicen, de postración y decadencia de nuestro teatro, lo es de adelanto y de florecimiento, la obra de *Vital Aza* es argumento incontrovertible. *Vital Aza* es autor dramático genuinamente español, y también genuinamente contemporáneo; es de su país y de su tiempo, como lo son muy pocos de los que ahora escriben para nuestra escena; algunos de los cuales, acaso los más famosos, podrán ser dramaturgos de vuelos más elevados, de mayor fuerza en sus concepciones, pero no reflejan con toda fidelidad el mundo en que viven, porque buscan asuntos para sus cuadros en sociedades que no conocen ó piden inspiración á escritores extranjeros.

Léase, léase con detenimiento la obra de *Vital Aza*; es seguro que no ha de hallarse en toda ella, ni por casualidad, ni por excepción, una de esas figuras de las que únicamente en el teatro hay ejemplares; veremos, sí: estudiantes, bedeles, catedráticos, patronas, criadas, abogados, curas, médicos, bañistas... como los que diariamente y á todas horas hallamos por el mundo, de donde los ha copiado el autor con exactitud maravillosa; no veremos una madre de esas que, para su uso particular, han inventado á última hora los autores dramáticos de allende el Pirineo, y que sólo sirven para producir efecto en determinadas situaciones, pero que ni son madres, ni lo serán nunca, aunque otra cosa opinen los pseudo-naturalistas empeñados en llevar al teatro tesis extravagantes y trasnochados problemas.

Esa madre, á quien la desventura ó el crimen separa de su hija; esa madre que vive así, lejos del fruto de su amor, ocho, quince, veinte, quizás más años; esa madre que, transcurridos tantos años, tropieza un día *casualmente* con la hija abandonada y entonces siente lo que nunca ha sentido,

y entonces se transforma, de pronto y como por arte de magia, en madre amantísima, y se precipita sobre la hija á quien ni aun de vista conoce, y con quien no ha cruzado una palabra, ni ha cambiado un beso en su vida, y la ahoga con sus abrazos, y la inunda con sus lágrimas, y quiere comérsela á fuerza de besarla... esa madre, hay que decirlo paladinamente, no existe, ni ha existido nunca, ni puede existir... ¡¡Buenos padres están los del teatro francés de ahora!! Ni esos son padres, ni esos son hijos, ni esos son espíritus santos.

Es cierto que las situaciones, á que tales hallazgos de madres perdidas y de hijas olvidadas dan motivo, situaciones de un *efectismo* falso y artificioso, tienen el privilegio de conmover hondamente á un público, del cual, la mayor parte, no sabe una palabra de esto; entre otras razones, porque no se ha visto jamás, ni es fácil que se vea en caso parecido; pero es cierto también que esa emoción, pasajera siempre, y que nada bueno ni malo deja en pos de sí, está muy lejos de ser la emoción estética á que aspira el que en las obras de arte busca verdad y busca belleza. ¡Verdad! Justa-

mente esta condición es la que predomina en las producciones de *Vital Aza*. Sin separarnos de las obras que el lector puede hallar en este mismo tomo, ¿no es el *Paco*, de *Aprobados y Suspensos*,

el estudiante más firme
de toda la facultad,

el tipo perfecto y acabado del estudiante de ahora? No del capigorrón, de que ni recuerdos quedan ya en Salamanca; ni del constante perturbador de las tranquilas calles de Alcalá, pintado por nuestro insigne Quevedo, en *El Gran Tacaño*; ni siquiera del famoso *estudiante de la tuna*, que casi casi hemos alcanzado todavía, cuando éramos muy niños, los que somos ya viejos, sino del estudiante de hoy; del que, para hablar al uso, podríamos llamar estudiante *fin de siglo*, y que tiene con sus predecesores semejanza grande en todo lo que es esencial de la juventud: la alegría, la despreocupación, el desenfado; pero que se diferencia de ellos en las condiciones accidentales de lugar y de tiempo.

En esa misma obra (*pasillo* la denomina el autor) hay un personaje (que repre-

sentaba el inolvidable Pepe Luján á las mil maravillas), *Don Cosme,* que parece transportado por el autor desde los claustros del Colegio de San Carlos á las tablas del teatrillo de Variedades. Pues bien: esa figura, de un realismo y de una verdad indiscutibles, era entonces de actualidad; una de esas infinitas, que los numerosos y descabellados plánes de estudios con que embarullan la enseñanza oficial, han hecho pasar por las aulas de nuestras Universidades.

Nada hay que decir de *San Sebastián, Mártir...* Veinte personas toman parte en la acción; no vemos una sola, desde la más importante hasta la que se desvanece en las lejanías de los últimos términos del lienzo, que no sea un retrato admirable por su parecido con el original. El empleado don Aniceto, bonachón, complaciente, débil ante exigencias poco razonables de su esposa doña Gertrudis; ésta, dominante, vanidosa, escasa de prudencia y no sobrada de juicio; don Ciriaco, el majadero enriquecido... todos, en fin, hasta los bañeros y el mozo de la fonda, muestran en el autor que los ha trasladado al cuadro y ha tenido la fortuna de colocarlos y distribuirlos en él, envidia-

ble golpe de vista, observación sagaz, lápiz habilísimo y gusto delicado.

Hay en el acto tercero de *San Sebastián, Mártir*, un rasgo (en el final de la escena tercera) que revela en *Vital Aza* el temperamento de autor cómico de primer orden y que al propio tiempo lo acredita como gran conocedor de los tipos que lleva al teatro.

Las imprudencias y las locuras de doña Gertrudis han producido el resultado que de ellas podía esperarse: la familia del infeliz don Aniceto se encuentra en una fonda de San Sebastián, sin recursos para pagar el hospedaje ni para regresar á Madrid, y con tal motivo entáblase entre marido y mujer un diálogo, en el cual saborea el aficionado con deleite la sal más exquisita de nuestro teatro español; que tuvo siempre para dar y tomar, sal y donaire y *vis cómica*.

El diálogo termina de este modo:

ANIC. — Este es el resultado de tu maldita costumbre de mentir.

GERT. — ¡Aniceto!

ANIC. — ¡De tus ridículas farsas; sí, señor!

GERT. — Creo que no es esta la ocasión más oportuna para ese género de reflexiones, sino

para que pensemos en el modo de salir de la apurada situación en que nos encontramos.

ANIC. Eso, piénsalo tú; mejor dicho, vosotras, ya que vuestra es la culpa de todo lo que nos sucede.

GERT. ¿Sí, eh? Pues ya que tomas el asunto con tanta indiferencia, es necesario que tengas entendido que el único responsable de lo que nos sucede, eres tú.

ANIC. ¡¡Yo!!

GERT. ¡Sí, señor, tú! Si hubieras tenido carácter y no nos hubieras dejado salir de Madrid, no nos veríamos ahora como nos vemos.

ANIC. ¡Pero, mujer!

GERT. Este es el resultado de tus condescendencias y de tus debilidades.

....

....

GERT. Lo que sí quiero que conste, y por eso lo repito, es que el único responsable de lo que pueda ocurrirnos, eres tú, tú, y solo tú.

ANIC. ¡Pero, mujer!

GERT. ¡Sí, señor! ¡Tú!

Esta ocurrencia de Gertrudis, ocurrencia en que hay tanta gracia como verdad, es de una fuerza cómica digna de Molière. Y obsérvese que esa gracia delicada y culta, cuyo fundamento es un contraste sa-

gazmente observado por el autor, llega siempre al público indocto, que la celebra con espontáneas y ruidosas carcajadas. Porque el vulgo, ese vulgo tan desdeñado y tan calumniado por los *genios no comprendidos*, tiene en asuntos de arte, y sobre todo para las cosas del teatro, una penetración y un instinto en que no le aventajan, ni aun le igualan, todos los profesores de estética reunidos.

Ese vulgo, para el cual escriben los poetas, y cuya aprobación solicita el sabio, adivinó en *Vital Aza* un autor, y lo estimuló y lo impulsó de tal modo con sus plácemes, que el muchacho, casi completamente desconocido, que á fines de 1876 estrenaba en el teatro de Variedades el *Pasillo cómico* titulado *Aprobados y Suspensos*, salía dos años después (á mediados de 1879), á recibir los aplausos del público en uno de los principales teatros de Madrid, donde se había representado la comedia *Llovido del cielo*, elegida por el ilustre primer actor *Emilio Mario*—una de las más legítimas glorias de nuestra escena contemporánea—para su beneficio.

La carrera de *Vital Aza* había sido rápi-

da: César del teatro, *llegó, vió y venció*. No todos pueden contar lo mismo; verdad es que no todos son César.

El vulgo no se había equivocado: ¡como que se equivoca muy pocas veces! Aquel regocijado pintor de costumbres escolares que había llevado á escena, con irreprochable exactitud, y con gracejo envidiable, las figuras de Paco, D. Cosme, Arturo, el Tío Roque, Fermín, Francisco y las del bedel, del estudiante y del profesor, que dan movimiento, color y vida al sainete (porque es verdadero sainete), *Aprobados y Suspensos*, es hoy el autor cómico predilecto del público, y comparte con *Miguel Ramos Carrión* lo que podría llamarse la jefatura de las huestes numerosas que, *mutatis mutandis*, siguen las sendas trazadas por Bretón de los Herreros y Narciso Serra.

No sabemos de quién ha sido la idea (á nuestro modo de ver felicísima) de reunir en este tomo—primero de las comedias de *Vital Aza*—las tituladas: *Aprobados y Suspensos, Llovido del cielo* y *San Sebastián, Mártir;* pero sea de quien fuere ese trabajo de selección, pueden, merced á él, los aficionados á esta clase de estudios, seguir

paso á paso la marcha del autor de *El Señor Cura* y de *El Sombrero de Copa,* en los puntos más interesantes de su carrera.

No es *Aprobados y Suspensos* el primer trabajo escénico de *Vital Aza;* no es siquiera la primera obra suya que obtuvo la aprobación del público y los honores de la celebridad; ya antes de haber presentado en las tablas al simpático Paco y al famoso don Cosme, había escrito el fecundísimo autor, amén de las muchas obrillas que para su particular entretenimiento y para regocijo puramente doméstico de la familia y amigos de la casa, escriben todos los muchachos que *van para autores,* y aun muchos que no van para eso... ni á ninguna parte, los juguetes *rotulados: Basta de Matemáticas, El Pariente de todos, Desde el balcón, El Autor del crimen,* y en colaboración con Miguel Ramos Carrión, una graciosísima parodia del drama *La Esposa del Vengador,* original de José Echegaray; parodia que alcanzó éxito muy lisonjero para los autores. Pero ni esta parodia, escrita en colaboración con quien desde 1867 tenía ya reputación envidiable de autor cómico por su celebradísimo sainete *Un sarao y una*

soirée, ni los juguetes mencionados, aplaudidos todos y elogiados por la prensa periódica, habían tenido la fuerza suficiente para sacar del montón el nombre de *Vital Aza*, que salió á flote, para no sumergirse más en las olas inmensas del anónimo, cuando, durante muchas noches, la excelente compañía organizada y dirigida por Pepe Vallés y Juan José Luján representó en el teatrillo de Variedades la pieza *Aprobados y Suspensos*, que aun ahora, transcurridos muy cerca de veinte años, es de repertorio, y de la cual puede afirmarse con exactitud que fué el punto de partida de la justa cuanto envidiable reputación de *Vital Aza*.

Aprobados y Suspensos, obra titulada por el autor *pasillo cómico*, no es seguramente el trabajo de un autor dramático en la plenitud de sus facultades, ni en la madurez de su producción...; es, sí, el anuncio de aptitudes excepcionales para cultivar el género dificilísimo de la verdadera comedia española; es la revelación de un poeta, inexperto aún, casi desconocedor del terreno, poco habilidoso, tal vez, para preparar y obtener efectos; ignorante de los recursos que la práctica enseña á dramaturgos ruti-

narios, pero de gran instinto, de mucha gracia natural, de feliz ingenio, de perspicacia envidiable y de no común golpe de vista para descubrir pronto el lado cómico de las cosas y de los hechos sometidos á su observación,

No se anuncia el autor de *Aprobados y Suspensos* como innovador atrevido; no viene en són de guerra á destruir los moldes antiguos, ni aun á modificarlos; llega con el firme propósito (que ha realizado después), de servirse de ellos para vaciar obras muy alegres, y muy movidas, y muy animadas, en que aparezcan ridiculizados vicios de nuestra sociedad, sin que el vicioso resulte con ampollas dolorosas al ser fustigado.

Paco, el estudiante perpetuo, se retrata á sí mismo en las siguientes líneas:

"En fin, señores, á ciencia
todos me podréis ganar;
pero á empeñar lo empeñable
y á beber ron y *cognac*,
y á enamorar modistillas,
y á palos en el billar,
y á dar mico á las patronas,
y á no dejar nunca en paz

al sombrerero y al sastre,
y á cincuenta ingleses más,
y á levantar algún muerto
con toda tranquilidad,
y.... en fin, á otras muchas cosas
que no hay para qué expresar,
no hay ninguno que me iguale
en toda la facultad.„

Como se ve, los rasgos que para dibujar á ese personaje ha trazado el autor, no son de los repugnantes y odiosos, como no son tampoco de los excesivamente oscuros los colores que para pintarlo ha tomado de su paleta.

Como dejamos dicho, *Aprobados y Suspensos* fué estrenado á fines del año 1876; á mediados de 1879 se representaba por primera vez *Llovido del cielo*.

Cumplía *Vital Aza*, aunque no lo cumplía del todo, en esta comedia, lo anunciado en el *pasillo* que se representara en Variedades. Adivinábase que el poeta había de adelantar mucho todavía; pero se observaba que llevaba andado bastante camino. Más aplomo, mayor seguridad, superior conocimiento de la escena y del público, gran dominio del terreno, todo esto se echa

de ver ya en *Llovido del cielo*, que es efectivamente una comedia muy agradable, aunque inferior á lo que *Vital Aza* podía hacer y á lo que después ha hecho.

Nótase bien que el poeta siente aún vacilaciones y desconfianzas; se ve que duda de sus propias fuerzas, y que teme abandonarse por completo á su inspiración, y el poeta cómico aparece un tanto cohibido por el autor prudente que procura tantear la firmeza del piso en que pretende poner la planta.

En *Llovido del cielo* hay siete personajes, entre los que son excelentes figuras: don Cleto, Pepito, Pepe y Consuelo, y aceptables, aunque de menor relieve y de menos novedad, el negro Domingo, doña Paz y don Manuel.

Consuelo, mujer honradísima y amante de su esposo, laboriosa y económica, amiga del lujo y de la ostentación, como todas las muchachas, pero dispuesta á sacrificarlo todo de buena voluntad, y sin elegíacas lamentaciones, en aras de la tranquilidad del hogar, como las que llama el vulgo *mujeres de su casa* (que en verdad, son cada vez menos numerosas), es una de las crea-

ciones mejor concebidas y más felizmente presentadas por Vital.

También aparece admirablemente concluído el tipo de don Cleto, un buen señor, muy corto de alcances, pero muy entusiasta del arte de la pintura, no porque la pintura le guste, ni porque de ella entienda una sola palabra, sino porque es pintor Pepe, su hijo. El mismo don Cleto hace, y de mano maestra, su propio retrato cuando dice, dialogando con Pepito:

¡Ya ve usted cómo es mi genio!
En fin, no me incomodé
cuando me dejaron tuerto!
PEPITO. ¡Hola! ¿Con que le dejaron?
CLETO. ¡Hace mucho!
PEPITO. ¿En algún duelo?
CLETO. ¿Cómo duelo? ¡No, señor!
¡Si esto fué con un tintero!
PEPITO. ¿De veras?
CLETO. No, de metal:
de este tamaño lo menos.
Me lo tiró á la cabeza
mi jefe.
PEPITO. ¡Qué majadero!
CLETO. Y todo porque escribí
haber con *v*. ¡Qué! si llego
á descuidarme, y lo pongo
con *hache*, me deja ciego.

El buen don Cleto, que, según él mismo ice: «no compraría más cuadros que los e Pepe», dice á su interlocutor de antes, hablando del asunto mismo, porque para on Cleto no hay asunto de más interés:

Vamos: ¿no es verdad que Pepe
es un artista de mérito?
¡Si ya desde chiquitín
pintaba cada muñeco
que daba gloria mirarlo!
¡Pues si ese chico es un genio!
No es que me ciegue el cariño
de padre; pero comprendo
que cuadros como los suyos
no los hay en el Museo.
Oiga usted: todos los días
cuando voy al ministerio,
me quedo así, contemplando
el cuadro que tiene expuesto
hace dos años, en casa
de don Bruno, el confitero,
ya sabe usted, aquel cuadro
de *Romea* y de *Julieto*.
Está en el escaparate
cubierto así con un velo
entre un plato de merengues
y un flan como este sombrero.
Haciéndome el distraído
ante el cuadro me detengo,
y oigo lo que los curiosos

suelen exclamar al verlo.
Pues, mire usted, casi toda
la gente dice que es bueno.
Pero esta mañana un pollo
muy delgaducho y muy feo,
se acercó al escaparate
y empezó á torcer el gesto.
Yo le miré, y él entonces
me dijo: "¡Qué malo es eso!„
¿Cómo malo, señor mío?
le repliqué descompuesto;
y me respondió: si á usted
le gusta el flan, buen provecho.

Pepe, el tipo del artista laborioso; Pepito, un ejemplar del artista *bohemio:* dos corazones de oro, todo desinterés, todo lealtad, todo abnegación, están asimismo bien sentidos y bien dibujados.

Ni la suegra doña Paz, muy parecida á todas las suegras de comedia, y á casi todas las viejas gruñonas y enamoradizas del repertorio; ni don Manuel, un tío rico, *llovido del cielo* para sacar de penas á las figuras principales del cuadro; ni el criado negro, que por asemejarse á casi todos los negros de teatro, hasta se llama Domingo y todo, tienen originalidad alguna, ni ofrecen rasgos que los caractericen, ó les den-

personalidad propia. Verdad es que para dar belleza y atractivo al conjunto, bastan los cuatro personajes antes mencionados, que son, por expresarnos así, lo esencial en la composición. Las tres restantes figuras de segundo término, sirven perfectamente para dar armonía al conjunto y prestar á sus compañeros ocasiones de brillar y destacarse.

Llovido del cielo es, además, y esto lo hemos indicado anteriormente, una comedia; no se limita el autor, como lo hizo en *Aprobados y Suspensos*, á ofrecernos una serie de tipos que sucesivamente van desfilando á los ojos del espectador, como vistas de *ciclorama* (valga el vocablo, con perdón de la Academia); hay en esa obra acción muy sencilla, demasiado sencilla quizá, pero interesante y bien desarrollada.

El fundamento de la trama es un *quid pro quo* de los más vulgares; la coincidencia de nombres hace que el tío bienhechor tome á Pepe por Pepito, y esta equivocación da motivo ó pretexto al autor para disponer, con habilidad suma, varias situaciones cómicas y muchas escenas graciosas, á las cuales, como es natural, ponen término ex-

plicaciones entre los personajes, que desvanecen el error del tío.

Con ser el pensamiento fundamental de la obra de los más conocidos en el teatro, logró *Vital Aza* presentarlo con relativa novedad, y hasta con originalidad indiscutible en los pormenores; logró también, y este es el verdadero triunfo del autor dramático, interesar, conmover y hacer reir á su auditorio; lo cual, digan cuanto decir quisieren los partidarios de la novedad hasta la extravagancia, es más dificultoso que dar, por acaso, con un asunto nuevo.

El mérito de la originalidad, tan decantado por muchos que no fueron nunca originales, ni tal vez saben lo que viene á ser eso, es un mérito muy discutible, aun admitido que exista; cosa que sucede en muy contadas ocasiones. No iba descaminado, ciertamente, el que dijo: *nihil novum sub sole;* y de todas suertes, la dificultad de la obra artística no está en hallar para ella un asunto nuevo, sino en concebirla bien y en darla á luz con felicidad. Con argumento nuevo, con incidentes originales, con situaciones complicadas y nunca vistas, cosa fácil es suspender el ánimo, cautivar la atención, ó

cuando menos despertar la curiosidad en los espectadores; lo difícil, lo que está reservado al poeta de verdad, es conseguir esos mismos resultados sin tan poderosos auxiliares externos.

Esos grandes dramaturgos, esos insignes autores cómicos de quienes tanto se ha dicho ya, y tanto ha de escribirse todavía, concedieron muy escasa importancia á la originalidad en los procedimientos y á la novedad de los asuntos.

Molière, él mismo lo declara, tomaba sus argumentos donde los hallaba; *Shakspeare*, el gigante de la escena, acaso no tiene una sola obra, entre las suyas inmortales, cuyo pensamiento le pertenezca. ¿Y qué importa eso? Al fin y al cabo el pensamiento, nuevo ó viejo, no es sino el pedazo de mármol en el cual hay siempre una estatua... sólo que es necesario sacarla.

Nada más sencillo, nada más vulgar, nada más trillado que los pensamientos llevados al teatro por nuestro Bretón de los Herreros, en sus comedias tituladas: *El pelo de la dehesa* y *Muérete y verás*. Con esos pensamientos, sin embargo, hizo Bretón dos de sus obras más celebradas, y han es-

crito otros comedias que no interesaron á nadie.

En *Llovido del cielo,* el argumento es poco original, la trama sencilla, el desenlace previsto; y no obstante, ¡con cuánto interés sigue el espectador la marcha de los sucesos! ¡Con qué deleite escucha casi todas las escenas! ¡Con cuánto regocijo celebra los chistes y ríe en las situaciones cómicas!... cultamente cómicas, porque *Vital Aza* no es de los que para hacer reir apelan al cosquilleo de la burda chocarrería.

La escena entre suegra y suegro, don Cleto y doña Paz, es de lo más acabado en su género, y la presentación del mismo don Cleto y de Consuelo en la morada suntuosa que el opulento don Manuel regala á su sobrino, es de un carácter tan delicado y al propio tiempo de tal verdad, que el espectador ríe y se conmueve al mismo tiempo. La sencillez y el candor de aquel buen padre, cuya ignorancia perdona de buen grado el público, seducido por su bondad paternal y su honradez de sentimientos, están delineados por el autor de una manera inimitable en la escena novena del acto segundo; escena que es, indu-

dablemente, una de las mejores de esta comedia, y acaso también una de las mejor pensadas de nuestro teatro cómico contemporáneo.

Desde la primera representación de *Llovido del cielo* hasta el estreno de *San Sebastián, Mártir* (otra de las comedias incluídas en este volumen) transcurre poco más de un lustro. No permaneció inactiva, por cierto, en esos cinco años la pluma del autor fecundísimo que, después de la victoria obtenida en buena lid con *Llovido del cielo,* llevó al teatro sucesivamente: *Periquito* (zarzuela en tres actos), *La ocasión la pintan calva, Adiós, Madrid* (boceto de costumbres madrileñas, en tres actos primero y después refundida en dos), *De tiros largos, El Medallón de topacios, La primera cura* (comedia en tres actos, refundida después en dos), *La Calandria, El Hijo de la Nieve, Preston y Compañía, Parientes lejanos, Carta canta, Robo en despoblado, Las Codornices, De todo un poco, Juego de prendas, Tiquis-miquis, ¡Un año más!, Pensión de Demoiselles.*

El autor de todas esas obras aparece en 1885, en el estreno de su comedia titu-

lada *San Sebastián*, *Mártir*, en el apogeo de su gloria. No es ya el principiante que penetra tímido en el escenario, con su pasillo *Aprobados y Suspensos*, en que los chistes espontáneos, los donaires frescos, van unidos á inexperiencias y vacilaciones propias de quien explora tierras desconocidas; no es tampoco el poeta, animado ya por felices éxitos, pero no muy confiado aún en sus propias fuerzas, ni en el conocimiento adquirido; es el autor dueño de sus facultades, conocedor de su fuerza, que se atreve á todo, que dibuja con aplomo, que pinta con desembarazo, que coloca sus figuras con valentía y que se impone al público por la gracia inagotable de sus ocurrencias y la *vis cómica* de su lenguaje, siempre natural, sencillo siempre, y siempre vivo, y animado, y chispeante.

Decíamos al hablar de *Llovido del cielo*, que en ese lindísimo cuadro son figuras magistralmente presentadas las que aparecen en primer término, y que las otras nada ofrecían que las hiciera dignas de mención; en *San Sebastián, Mártir,* no sucede eso; es un lienzo de grandes dimensiones; vense en él, artística y hábilmente colocadas,

multitud de figuras, en primer término las unas; allá, en el fondo, casi imperceptibles, las otras; en los términos intermedios muchas, y todas, desde Gertrudis, creación digna de Molière, hasta el *Bañista,* que solamente en una escena toma parte, son caracteres trazados con mano firme y detallados con pinceladas seguras.

San Sebastián, Mártir, es, en verdad, un modelo para estudiar el dibujo de los caracteres... Viene á ser, entre las comedias de *Vital Aza,* lo que es la *Marcela* en el teatro de Bretón.

En *Marcela,* ó *¿A cuál de los tres?*, comedia primorosa, que la generación de ahora casi no conoce, pero que conocemos bien y sabemos de memoria los que estamos ya saliéndonos del marco de la sociedad presente, hay un don Martín y un don Amadeo, y un don Timoteo, y un don Agapito *(Cabriola* y *Bizcochea),* una criada y una Marcela, que son, no diremos caracteres, porque acaso fuera eso decir mucho, pero sí admirables caricaturas. Don Martín, el hablador sempiterno, que *reniega de los habladores;* don Agapito, el hombrecillo de alcorza, quien, *por un error de imprenta,*

es hombre y no es mona; don Amadeo, el poeta llorón; don Timoteo, el hombre de los sinónimos y de las profecías y del palomar... forman un conjunto que agrada y deleita. Marcela, que da nombre á la comedia, y la criada, que dice versos muy pulidos, también son trabajos acabados; pero hay entre la obra de Bretón y la de Vital diferencias notables que, á nuestro juicio, favorecen á la de Vital.

En la comedia de Bretón hay solamente seis personajes; en la de Vital Aza, figuran veinte... Y no es necesario decir que la determinación exacta y justa de los caracteres de veinte personas es trabajo más difícil de realizar que la pintura de seis. Hay más aún: los caracteres que en el cuadro ideado, discurrido y pintado por *Vital Aza* encontramos, lo mismo el débil é infelizote don Aniceto, que el bondadoso jefe don Justo; así la necia doña Gertrudis como la rencorosa doña Paca son, como deben ser, personas de carne y hueso; hombres y mujeres á quienes hemos conocido y conocemos todos; y lo mismo acontece con el majadero don Ciriaco y con el bárbaro Becerril, y con el bobo don Secundino y, en

una palabra, con todos los veinte personajes que *Vital Aza* ha trasladado, desde la vida real á la vida de la escena, y que son bobos, y bárbaros, y majaderos que andan por ahí, por esas calles, y que abundan en las playas de moda en la estación de veraneo. En las figuras que el insigne Bretón puso en su *Marcela* hay menos verdad, casi no hay verdad, siendo en ellas la mayor parte *convencionalismo,* como ahora decimos todos; aunque la Academia Española ni lo autoriza, ni lo permite.

Un militar que declara su amor como si mandase dar una carga á la bayoneta; un enamorado que pretende conquistar á señoritas discretas regalando bombones y haciendo labores femeniles; un poeta que pretende conquistar á su amada con endechas y á fuerza de sonetos; un monomaníaco que da á cada cosa tres ó cuatro nombres distintos, y que para despedirse dice á sus amigos:

> Conque abur, hasta la vista,
> hasta después, hasta luego,

son tipos todos que harán reir siempre, que podrán ser considerados como ejemplares

de graciosas caricaturas, pero que no existen en el mundo, y que, si existieran, probablemente irían á parar á un manicomio.

San Sebastián, Mártir, lo hemos dicho y lo repetimos, puede ser buen modelo para estudio de pintura de caracteres, y en este solo concepto revela ya el notabilísimo adelanto realizado por *Vital Aza* desde 1875 hasta 1885. Y este progreso aparece también en la estructura y desenvolvimiento de la obra misma.

Nada hay en esta última de *quid pro quos;* nada de confundir á un Pepe con otro Pepe, ni de tomar por sobrino al que no lo es; no aparecen en *San Sebastián, Mártir*, complicaciones de trama, ni dificultades de desenlace; el patrón de la antigua fábula ha desaparecido, y la acción se reduce á un trozo de la vida de don Aniceto; trozo dentro del cual acontecen media docena de sucesos que, presentados con tino y con habilidad por el poeta, distraen agradablemente al espectador. ¿Resulta de la contemplación de esos hechos alguna enseñanza? ¿No resulta enseñanza alguna? El artista no tiene para qué discurrir sobre ese dilema.

¿Resulta enseñanza? Corriente; que resulte; eso no es malo. ¿No resulta? Pues corriente, que no resulte; eso tampoco es malo... porque el poeta no es el catedrático, ni la escena es el aula.

En esta época de evidente adelantamiento y de progreso innegable, podría el público decir—parodiando una conocidísima fórmula de elección de rey—á sus poetas predilectos:

«Nosotros, que cada uno de nosotros sabe tanto como tú, y que todos juntos sabemos más que tú, te aclamamos como eximio poeta y dramaturgo egregio, con tal que te mantengas siempre en los dominios del arte; é si *non, non*.»

Está claro que el autor dramático, si es hombre de *valer* y de *saber*, enseñará, aunque no lo intente, y aun sin darse de ello cuenta, á individualidades determinadas... ¿Qué les enseñará?... De todo... Desde Historia y Geografía hasta sintaxis; desde economía política hasta medicina... Pero este no es, este no puede ser el fin del arte; ni aun será nunca su efecto inmediato, siendo, cuando más, uno de sus resultados mediatos; que ni el autor pudo tener presente



al escribir, ni el público buscar cuando asistió al teatro.

Algunos críticos de ahora, hombres muy sabios, cuya erudición espanta, cuya vasta y sólida instrucción maravilla, que son prodigios de talento, se obstinan, porque aun con toda su grandeza no logran sustraerse á las debilidades propias de la condición humana, se obstinan, repetimos, en que los dramaturgos escriban comedias en sabio y, á la cuenta, solamente para los sabios. Concediendo á la literatura dramática una influencia que nunca tuvo, y que ahora tiene menos que nunca, desean ¡deseo muy digno y muy noble, pero insensato! que el poeta se constituya en guía y director y mentor de las sociedades en que vive, y piden á los autores dramáticos no sabemos qué verdaderos milagros con que sorprendan al sabio y deleiten al ignorante, y recreen á todos, y den enseñanza de *omni re scibili* al universo mundo. Es puerilidad ésta en que suelen incurrir hombres eminentes en cualquier ramo del saber humano. El matemático insigne, el profundo filósofo, el jurisconsulto egregio, el gran médico, creen, lo creen con toda sinceri-

dad, que las Matemáticas ó la Filosofía, la Jurisprudencia, la Medicina, en una palabra, la ciencia que ellos cultivan, es la ciencia de las ciencias, y que fuera de ella no hay nada. Exactamente lo mismo sucede á los literatos notables y á los críticos de gran instrucción; y como esta creencia halaga el amor propio de literatillos sin notoriedad y de críticos de menor cuantía, que son muy numerosos, la creencia se ha generalizado en tales términos, que hay muchos, muchísimos infelices á quienes sería muy difícil, si no imposible del todo, sacar de la mollera la convicción de que en el acero de su pluma tienen aquel punto de apoyo que Arquímedes pedía para su palanca con la cual esperaba mover la tierra.

No pertenece *Vital Aza* al número de esos que traen al teatro la pretensión de mover nada... como no sea la risa de su auditorio; lo cual consiguió en *San Sebastián, Mártir,* en la noche del estreno, y alcanza siempre que esa obra se representa.

El autor, que por los años 1876 aparecía como una esperanza en *Aprobados y Suspensos;* que en 1879 llevaba á la escena su comedia *Llovido del cielo,* ensayo felicísimo



con el que principiaba á realizarse aquella esperanza, presént‌ase ya en 1885, con *San Sebastián, Mártir,* verdadero autor en la cumbre de su brillante carrera. Las tres obras reunidas en este tomo, señalan, como hemos dicho, los tres puntos singulares de la trayectoria recorrida por el autor en las regiones de nuestra poesía dramática contemporánea. Nada ha escrito después *Vital Aza* que supere á *San Sebastián, Mártir,* aunque sí ha hecho comedias como *El Sombrero de copa* y *El Señor Cura,* que la igualan, y ha producido juguetes como *El Señor Gobernador, El Padrón Municipal, La almoneda del tercero,* y otros muchos, en los cuales acaso abundan más los chistes y las situaciones cómicas, pero que indudablemente se hallan muy por debajo, mucho, de *San Sebastián, Mártir,* y de *El Señor Cura,* como producciones literarias y labores artísticas.

Las obras de *Vital Aza* se distinguen, muy especialmente, por regla general, por el gracejo espontáneo, por la viveza sencilla del diálogo y por lo cómico y relativamente nuevo de las situaciones. Su manera—porque tiene manera propia, sin ser

amanerado,—propende naturalmente á la caricatura; pero *Vital* se mantiene siempre, sin excepción—que nosotros conozcamos,—dentro de los límites del epigrama culto, de la gracia decorosa; su sal puede, en muchos casos, no ser la *sal ática* de que hablan los preceptistas; es en algunas, aunque pocas ocasiones, de grano gordo; pero ni la pimienta es jamás en sus obras excesivamente picante, ni el autor de *El Señor Cura* hace reir con dicharachos y chocarrerías, ni convierte á sus personajes en payasos de Circo ecuestre. Quizá en algunas de sus obras (no en las incluídas en este tomo) se acerca bastante á la línea que separa lo cómico de lo bufo; pero ni aun en las comedias en que más se acerca á esa línea, llega á pisarla, porque sus instintos artísticos y su buen gusto lo detienen en aquellas fronteras, y le obligan á permanecer, hasta en las situaciones más escabrosas, en la jurisdicción del arte culto y decente.

¡Ojalá lo imitaran en esto los que en otras cosas lo han imitado, y que, faltos del buen gusto que nunca abandona á Vital, llevan al escenario del teatro pantomimas sin gracia, dignas, cuando más, de ser represen-

tadas en el redondel de una plaza de toros!

Como filósofo, *Vital Aza* profesa un optimismo de buen efecto en el teatro. Satiriza los vicios, pero su sátira nunca es cruel; antes por el contrario, resulta siempre indulgente y suave. Ni espantosos crímenes, ni vicios execrables, ni siquiera faltas que repugnen, hallaremos en los personajes por él retratados. El Paco y el Arturo de *Aprobados y Suspensos,* son un aturdido y un bobo de Coria, un calavera y un necio, pero no aparecen repulsivos ni antipáticos; en *Llovido del cielo* solamente una figura hay desagradable, la de doña Paz, la suegra de Pepe, y aun esa, más que odio, inspira lástima; no es abominable, sino ridícula; en *San Sebastián, Mártir,* ni Gertrudis, ni Paca, ni don Ciriaco, son personajes contra quienes se subleven los sentimientos de las gentes honradas.. ; son personas vulgares, tienen flaquezas, como las tenemos todos; pero no inspiran repugnancia ni repulsión. Adviértese, en cambio, tendencia á ese optimismo sincero de que hablábamos en los personajes en quienes se simboliza lo que llaman los franceses el *buen sentido,* y que suelen ser, por lo común, el órgano por

medio del cual expone el poeta sus opiniones propias. Verdad es que acerca de esto nuestro parecer es que el autor habla siempre por boca de todos sus personajes; los cuales no son otra cosa que reproducciones de una misma figura (la del dramaturgo), en diferentes actitudes y en circunstancias distintas. De todos modos, en *Aprobados y Suspensos*, don Cosme y el tío Roque; en *Llovido del cielo*, Pepito y don Cleto; en *San Sebastián, Mártir*, don Justo, son personas excelentes, y de excelente carácter, por añadidura; no regañones y fastidiosos, como el don Pedro, de *El Café*, por ejemplo; en el cual don Pedro acaso Moratín hizo su propio y mismísimo retrato.

Convencido *Vital* de que su ilustre paisano, el gran Campoamor, tiene razón mil veces, cuando escribe que

«Todo es según el color
del cristal con que se mira,»

no mira con cristales, sino con los ojos que debe á la naturaleza, y así ve á los hombres y á la sociedad tales como ellos son, y así los lleva al teatro y de ese modo los presenta al

público, ni sobradamente oscuros, ni claros con exceso. No pinta sino lo que ha visto, no copia sino lo que conoce bien, y así son sus cuadros, no invenciones de la fantasía y producto de falso *convencionalismo*, sino prodigios de verdad y modelos de exactitud.

Natural es que sus personales aficiones lo lleven á suprimir en esos cuadros suyos lo repugnante, y lo antipático, y lo odioso, con que necesariamente habrá tropezado, como tropieza cada hijo de vecino, en su peregrinación por *este valle de lágrimas*; pero al prescindir de todo eso, que para otro es lo esencial en la vida del hombre, no falta á la verdad; porque hay de todo en la viña del Señor, y cada cual vendimia donde le parece... si hay qué vendimiar y él tiene aptitudes de vendimiador.

Por el mundo andan mujeres perdidas como *Nana*, y adúlteras y parricidas como *Teresa Raquin*, no lo negamos (aunque sí negamos que ésta sea la regla general); pero hay también mujeres celosas como *Filomena* (de *El Sombrero de copa*), y murmuradoras como *Paca* (de *San Sebastián, Mártir*)... Las que no suelen andar por ninguna parte, son hembras de vida airada tan sa-

bihondas como Mad. d'Ange (de *Demi-Monde*). Alejandro Dumas hizo, no obstante, con ese tipo, imaginado por él, una de sus mejores obras. Dejemos, por consiguiente, á Zola y á *Vital Aza* que, con personas de veras, nos ofrezcan dramas y comedias naturalistas; pues naturalistas son en todos conceptos, y en el buen sentido del vocablo, todas las obras de *Vital Aza.*

Dicen algunos, y acaso no les falta razón en esto, que en todas las obras de Vital se echa de menos la nota de la delicadeza y del sentimiento. Para unos, esa deficiencia es indicio de que *Vital Aza* no siente; para otros, sólo revela que el autor de *San Sebastián, Mártir,* no tiene confianza en sus propias fuerzas para atacar esa nota del sentimentalismo. Nosotros nos inclinamos á creer esto último. Que *Vital Aza* no sienta, es inadmisible de todo en todo; *Vital Aza* es poeta, es artista, y como artista y como poeta ha de sentir.

Si los envidiables éxitos alcanzados en el género cómico y festivo, en que tanto brilla (género que no ha sido ni será nunca incompatible con las delicadezas del sentimiento), le hacen temer un descalabro para el caso

en que lleve á sus regocijadas escenas algo de su corazón, ese temor suyo explica suficientemente y, hasta cierto punto, justifica, lo que para algunos es un defecto y puede ser para otros excesiva prudencia.

No faltan, sin embargo, no podían faltar, en las obras de *Vital Aza*, vibraciones de las que llegan por su ternura al corazón del espectador y lo conmueven suave y dulcemente.

Échase de ver que Vital pulsa esa cuerda con temor, con miedo, y siempre muy de prisa, y siempre de paso, como quien ha realizado un acto atrevido, y se retira después para ver, á conveniente distancia, el efecto que produce.

Algunos de esos atrevimientos hay, por ejemplo, en el proceder de Pepito en *Llovido del cielo*; alguno hay también en la conducta de don Justo, en *San Sebastián, Mártir*; más hay aún, y realizado con más valentía, en *El Señor Cura*, obra en que *Vital Aza* pulsa esa cuerda casi nueva en su lira, con más seguridad y con más aplomo y, justo es decirlo, con excelentes resultados.

No es verdad, digan lo que quieran en contra empresarios necios ó comediantes

empíricos, que el público solamente desea que lo diviertan, que le haga desternillarse de risa; calumnian al público los que eso dicen. Y lo dicen varios, lo dicen bastantes, que ni saben de la misa la media en asuntos de teatros; ni, en lo que se relaciona con el arte, ven más allá de sus narices.

El público, el verdadero público de cierta cultura y de gusto delicado, no va al teatro en solicitud de que le obliguen á reir á fuerza de contorsiones grotescas, de tropezones y caídas de payaso, de situaciones bufas, para conseguir todo lo cual es necesario sacar de quicio sucesos y caracteres. Busca y quiere algo más. Si le dan eso sólo, acepta eso sólo; se ríe y sale del teatro diciendo: *¡Qué necedad!* A quien le pregunta sobre lo que ha visto, suele contestar: «¡Psch! aquello es un hatajo de desatinos; pero ¡bah! se pasa el rato... porque uno se ríe á fuerza de oir sandeces y de ver majaderías.»

No pertenece *Vital Aza*, dicho sea en honra suya, á los autores de ese fuste. Todos sus cuadros hacen reir, es cierto, pero hacen pensar también. Hay en ellos esa enseñanza indirecta que puede y debe dar el artista... sin que sea ese su propósito. Quien

diga que en *San Sebastián, Mártir,* no hay mucha doctrina, útil enseñanza y lección provechosa, no ha sabido leer entre líneas en aquella serie de escenas á cual más animadas y á cual más cómicas.

Así, como *Vital Aza* la da, sin presumir de docto y sin echarlas de dómine, llevan al teatro sus enseñanzas *los maestros;* así la da Schiller, haciendo que la flecha de Guillermo Tell atraviese el corazón de Gessler en el momento mismo en que éste dice: *Yo haré...;* así la da también en su trilogia *Wallenstein,* haciendo que Piccolomini reciba la noticia del logro de sus ambiciones en el momento mismo en que acaba de perder el hijo en favor del cual tanto ha intrigado y tanta traición ha cometido.

Así son, así deben ser las enseñanzas en el teatro; el poeta no diserta, el autor no explica; presentar el cuadro, hacer que sus personajes se muevan y digan y hagan lo que lógicamente deben hacer y decir; y *qui potest capere, capiat,* el espectador que recoja la enseñanza, con su pan se lo coma; el que no la recoja, se habrá contentado con divertirse ó esparcir el ánimo honestamente.

Está claro que el teatro de *Vital Aza* no

es de la índole del teatro de Schiller; pero no deja de existir esa analogía en el modo que uno y otro poeta, desde su punto de vista cada uno, tienen de dar la enseñanza.

De todas maneras, un teatro al que prestan vida y esplendor autores como *Vital Aza* (que es uno, pero no es único), no puede ser considerado, en justicia, como teatro decadente.

A. Sánchez Pérez

Diciembre, 1893.



SAN SEBASTIÁN, MÁRTIR

COMEDIA EN TRES ACTOS Y EN PROSA

ORIGINAL DE

VITAL AZA

Estrenada en el teatro de la COMEDIA la noche del 29 de Enero de 1885.

REPARTO

PERSONAJES	ACTORES
GERTRUDIS	Sra. Guerra.
PACA	» Rodríguez.
PAULINA	Srta. Martínez.
LUISA	» Suarez.
INÉS	» Galíndez.
MARIANA	» Cancio.
RAMONA	» García.
BAÑERA	» Arnau.
DON ANICETO	Sr. Mario.
DON CIRIACO	» Rosell.
RICARDO	» Rubio.
DON JUSTO	» Aguirre.
BECERRIL	» Lirón.
DON SECUNDINO	» Tamayo.
JULIO	» Mendiguchía.
ÁNGEL	» Larra.
DON RUFO	» Ballesteros.
BAÑERO	» Martínez.
CAMARERO	» Royo.
BAÑISTA	» Lahoz.

Época actual.—Primer acto, en Madrid. Segundo y tercero, en San Sebastián.

ACTO PRIMERO

Sala modesta.—Puerta foro, derecha del actor. Balcón con tiestos y persianas, foro izquierda.—Puertas laterales, segundos términos.—Sofá y butacas, primer término, derecha.—Una cómoda y espejo, primer término, izquierda.—En el centro de la sala una mesa de comedor, sillas, etc.

ESCENA PRIMERA

GERTRUDIS, PAULINA, DON ANICETO

Gertrudis, poniendo los botones y gemelos en una camisa de caballero. Paulina sentada al balcón y bordando un pañuelo en una almohadilla.



— GERTRUDIS —

ESÚS, y qué mal planchada está esta camisola! Por fortuna, Aniceto no se fija mucho en estos detalles.

ANIC. (Dentro.) ¡Gertrudis!

GERT. ¡Voy!—¿Cómo llevas tu obra, hija mía?

PAUL. Muy bien, mamá. Ya no me falta más que la cabeza del perrito.

GERT. ¿De manera que perderá la apuesta Ricardo?

PAUL. ¡Ya lo creo! ¡Si esto es cuestión de diez minutos!

ANIC. (Dentro.) ¡Gertrudis!

GERT. ¡Voy, hombre, voy!

PAUL. ¿Qué quiere papá?

GERT. Que está esperando la camisa para vestirse. Por cierto, hija mía, que no he visto hombre más destrozón que tu padre. No hace todavía seis años que le compré estas camisolas, y ya tienen los puños completamente rozados.

PAUL. Será en la oficina. ¡Como el pobre escribe tanto!

ANIC. (Asomándose por la segunda derecha, embozado en la toalla.) ¿Pero, mujer, me traes esa camisa?

GERT. ¡Tómala, hombre, tómala!

ANIC. ¡Gracias á Dios! ¡Ah!

GERT. ¿Qué?

ANIC. Díle á la muchacha que disponga en seguida el almuerzo, que se me va á hacer tarde para ir al Ministerio.

GERT. Está bien, no te apures. (Vase don Aniceto.) ¿A qué hora te ha dicho Ricardito que vendría hoy por aquí?

PAUL. A las once y media en punto. Esa es la hora en que termina el plazo de la apuesta. ¡Mira, mira qué adelantado llevo ya el pañuelo! ¡Vaya si le gano la libra de dulces!

ESCENA II

DICHOS.—RAMONA, con una aceitera, por la puerta segunda de la izquierda, que se supone de paso á la cocina.

RAM. Señora...

GERT. ¿Qué hay?

RAM. Que no hay aceite.

GERT. ¿Se hà concluído ya lo que se trajo la semana pasada?

RAM. ¡Señora, si no eran más que dos libras!



GERT. Bueno, tome usted. (Dándole dinero.)

RAM. ¿Cuánto traigo?

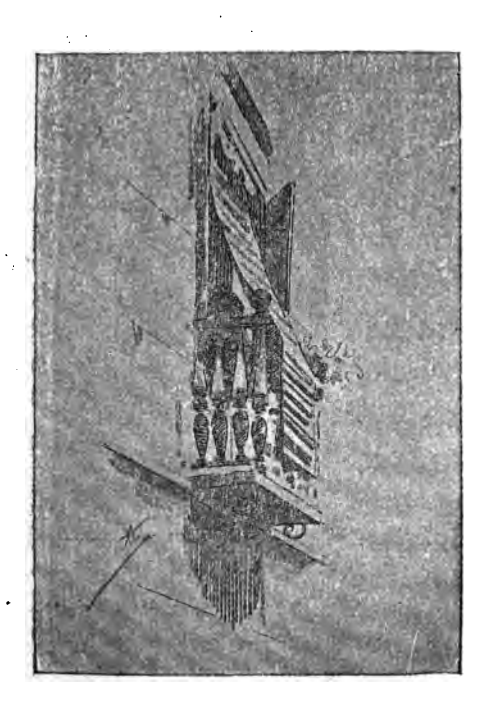
GERT. Pues... un cuarterón. Para ahora tenemos bastante.

RAM. Está muy bien.

GERT. Vuelva usted en seguida, porque el señor ya ha pedido el almuerzo. (Váse Ramona, puerta foro.) ¡Jesús! Lo que se gasta en una casa! Gracias á que yo soy muy económica y me gusta traer las cosas por mayor, que si nó, ¡Dios sabe dónde iríamos á parar!

ESCENA III

GERTRUDIS.—PAULINA.—DON ANICETO.—(Paulina continúa sentada al balcón. Ramona, luégo, cruzando la escena, dirígese puerta segunda izquierda.)



ANIC. ¡Pues, señor, estas corbatas de maquinaria son una calamidad! Nunca me la pongo sin darme tres ó cuatro pinchazos. ¡Modas más ridículas! Vamos. (Al espejo.) ¡Ya está! Oye, Paulina.

PAUL. ¿Qué?

ANIC. Haz el favor de sujetarme este botón de la levita.

PAUL. Perdona, papá, porque estoy muy ocupada. Me falta todavía el hocico. (Sigue bordando.)

ANIC. ¿Eh?

GERT. No distraigas á la niña. Yo te lo sujetaré. (Enhebrando una aguja.)

ANIC. ¿Pero qué hocico es ese?

GERT. El de un perro que está bordando para Ricardito.

ANIC. ¡Ah, vamos!

GERT. Siéntate aquí. (Se sientan los dos á la derecha. Gertrudis le sujeta el botón.)

ANIC. Oye, Gertrudis; aquí para *inter nos*, y á propósito de Ricardito. ¿Crees tú que ese muchacho acabará por casarse con nuestra hija?

GERT. Hombre, si no lo creyese, no hubiera autorizado esas relaciones.

ANIC. ¡Ya! Pero como tú tienes ese prurito de hacer ver á todo el mundo que estamos en una posición muy distinta de la verdadera, y no cesas de hablar de nuestras rentas y de nuestras propiedades, cuando por desgracia no tenemos otra renta ni otra propiedad que mi modesto destino de Oficial

segundo de Administración, me temo que el día en que el chico averigüe que todo esto es una farsa, se llame á engaño y nos deje con un palmo de narices.

ERT. Hijo mío, á los novios hay que pescarlos con habilidad, porque se escaman en seguida. No les pongas más cebo que tu credencial de doce mil reales con descuento, y verás los que pican; pero agrega con cierta maña unos cuantos títulos de papel del Estado, y algunas fincas urbanas y rústicas, y ya verás qué fácilmente se tragan el anzuelo los pobrecitos.

NIC. ¡Sí! ¡Los que se lo tragan!

ERT. Pues tú no puedes hablar. Recuerda lo que te sucedió cuando nos casamos. Me parece que mi mamá sabía manejar la caña.

NIC. ¡No, aquello no era caña! Aquello era pescar á los novios con almadraba, como á los atunes, salva sea la comparación.

ERT. Pues ya has visto cómo, á pesar de creer que te casabas con una millonaria, ni te has arrepentido de tu elección, ni has dejado de vivir tan dichoso con tu mujercita.

NIC. ¡Claro que sí! ¡Como que me casé perdidamente enamorado!

ERT. Pues eso le sucederá á Ricardito. Se casará perdidamente enamorado de Paulina, sin acordarse para nada del estado de nuestros fondos, como tú no has echado nunca de menos los miles de duros de que te hablaba mi mamá.

ANIC. Eso de que no los echara de menos...

GERT. Bien; pero al convencerte de que no existían, no tuviste más remedio que conformarte; porque de lo contrario, hubieras demostrado que te habías casado sólo por el interés.

ANIC. ¡Naturalmente! El que no se conforma es porque no quiere.

GERT. Por supuesto, que las circunstancias son muy distintas. Tú, cuando me hacías el amor, no eras más que un empleadillo, y aquí se trata de un muchacho que cobra una pensión anual de veinte mil reales; que ha concluído su carrera de abogado, y que ahora se ocupa en escribir yo no sé qué Memoria para hacerse doctor.

ANIC. ¡Corriente! Pero insisto en que no veo la necesidad de ..

GERT. Mira, Aniceto, tú serás un excelente oficinista; no habrá, de seguro, quien te aventaje á dictar una comunicación ó á resolver un expediente.

ANIC. Gracias.

GERT. Pero en asuntos de esta clase, convéncete, hijo mío, de que no entiendes una palabra.

ANIC. Gracias.

GERT. Déjame á mí, que yo sé lo que me hago.

ANIC. ¡Sí! Ya sé que en esto, como en todo, no se ha de hacer más que tu voluntad.

GERT. Bueno, basta de discusión y vamos á almorzar. (Se levantan)

ANIC. ¡Sí, sí! No sea que llegue tarde á la oficina.

GERT. ¡Jesús, hombre! ¡No parece sino que si llegas con media hora de retraso te van á dejar cesante!

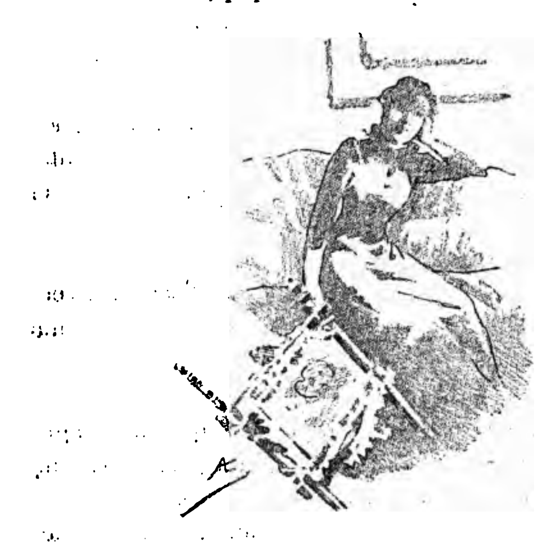
ANIC. A mí me gusta cumplir con mi obligación.

GERT. Voy á ver cómo va eso. (Vase puerta segunda izquierda.)

ESCENA IV

DON ANICETO, PAULINA

PAUL. ¡Ajajá! ¡Ya está concluído! ¿Qué hora tienes, papá?



ANIC. Las once y media menos cinco.

PAUL. ¿Menos cinco? ¡He ganado la apuesta! (Acercándose á don Aniceto con la labor)

ANIC. A ver, á ver esa obra. ¡Muy bien! ¡Precioso bordado!

PAUL. ¿Te gusta de veras?

ANIC. ¡Ya lo creo! ¡Es monísimo este perro de Terranova!

PAUL. Pero, papá, ¡si no es de Terranova, si es de aguas!

ANIC. Es que los de Terranova también son de aguas, hija mía. ¡Anda, anda! Con su collarcito y todo. Y ¿qué letrero es éste? ¿El nombre del perrito? (Leyendo) "Ri-car-do.„

PAUL. El nombre de mi novio.

ANIC. ¡Ya! ¿Y qué es esto que lleva tu novio en la boca? ¿Una lechuga?

PAUL. ¡Papá, por Dios, no digas tonterías! ¡Esto es un ramito de myosotis!

ANIC. Perdona, no lo había conocido.

PAUL. Mira, tú no entiendes estas cosas. Yo te lo explicaré. El perro es el emblema de la fidelidad, y el ramo de myosotis quiere decir: "No me olvides.„ ¿Te has enterado ya? La idea ha sido mía; pero el dibujo es de Ricardo.

ANIC. Sí, ¿eh? Pues ha hecho bien en dedicarse á la abogacía, porque lo que es como dibujante...

ESCENA V

DICHOS, GERTRUDIS con el mantel, las servilletas, los platos, etcétera.

GERT. Niña, ayúdame á poner la mesa. A ver si despachamos en seguida. (Paulina deja la almohadilla sobre una silla y ayuda á Gertrudis á poner la mesa.) Ricardo debe de llegar de un momento á otro, y no quiero que nos encuentre almorzando.

ANIC. ¡Ah! ¡Es claro! ¡Qué diría si nos viera almorzar!

GERT. Lo que no quiero es que vea lo que almorzamos.



ANIC. Tendremos lo de siempre, ¿verdad? Bacalao frito y patatas guisadas.

GERT. No, señor: hoy tenemos bacalao guisado y patatas fritas.

ANIC. Realmente el *menú* es indigno de nuestra posición.

GERT. Mira, hijo mío, cuando asciendas en tu carrera, nos permitiremos otros lujos; pero me parece que con cuarenta y cinco duros al mes, no se pueden hacer muchos altares. ¡Si no hubiera más gastos que los de la comida! Pero nosotras necesitamos vestir bien y calzar bien...

ANIC. ¡Y yo también!

GERT. ¡Tú estás en otro caso, porque los hombres podéis ir de cualquier modo! Pero supongo que no pretenderás que tu señora y tu hija salgan á la calle vestidas de clases pasivas.

ANIC. ¡No! ¡Eso no! Pero tampoco quisiera que sacrificarais el estómago á la elegancia.

GERT. ¡No parece sino que en esta casa no se come!

ANIC. Lo que parece es que se come bastante mal.

GERT. ¡Nada! Desde mañana te encargarás tú de disponerlo todo. Veremos los milagros que haces.

ANIC. Lo que yo haría, seguramente, sería comprar menos trajes y más chuletas.

GERT. ¡Vamos, hombre, no digas sandeces!

PAUL. ¡Este papá tiene unas ideas más antiguas!...

ANIC. ¡Calle! ¿También tú?

PAUL. ¡Ya lo creo! No cambio yo el vestido que pienso estrenar mañana, por nada en el mundo.

ANIC. ¡Ah! ¿Conque hay trajecito nuevo, eh? (Se sientan á la mesa.)

GERT. ¡Naturalmente! ¡No vamos á pasar todo el verano con cuatro trajes nada más! Es preciso que comprendas que aquí se considera á la gente, no por lo que come, sino por lo que viste; que cuando uno se encuentra en la calle con sus amigos, se fija en cómo van, pero no se les pregunta nunca lo que han almorzado. ¡Pues, digo, si se preguntaran esas cosas!

ANIC. ¡Sí! Y sobre todo si se contestara la verdad.

ESCENA VI

DICHOS, RAMONA con el almuerzo.



— RAMONA —

L almuerzo, señoritos.

ANIC. ¡Santa palabra!

PAUL. (Campanilla.) ¡Ay! ¡Llaman! ¡Debe de ser Ricardo!

ANIC. ¡Caracoles!

GERT. (A Ramona.) Mire usted con cuidado por el ventanillo y venga á decir quién es. (Váse Ramona y vuelve en seguida.)

ANIC. ¡Pues era lo que nos faltaba! ¡Que no nos dejáran almorzar!

GERT. No te impacientes, hombre.

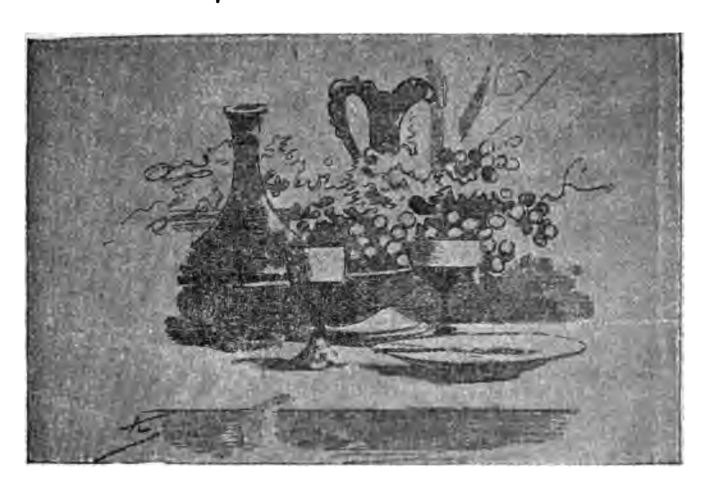
RAM. Es el señorito Ricardo.

GERT. ¿Sí? Pues dígale usted que pase. (Váse Rampona.) ¡Toma! (A Paulina dándole el plato.) Llévate eso á la cocina. (Vase Paulina segunda izquierda.)

ANIC. Pero, mujer...

GERT. ¡Anda, hombre, anda! Levántate de ahí. (Echa vino en los vasos, deshace las roscas de pan y pone en desorden la mesa, como si acabaran de almorzar.)

ANIC. ¡Pues, señor, con estas mujeres no se puede! ¡Me va á fastidiar el tal don Ricardito!



ESCENA VII

DON ANICETO, GERTRUDIS, RICARDO y luego PAULINA

RIC. Señores... (Con una caja de dulces.)

GERT. Muy buenos días, Ricardo.

RIC. ¿Cómo está usted?

GERT. Buena, gracias.

RIC. Señor don Aniceto...

ANIC. ¡Hola, pollo!

RIC. Si no han almorzado ustedes, por mí no lo dejen.

GERT. ¡No! ¡Si precisamente acabamos de hacerlo!

RIC. ¿Y Paulina?

GERT. Ahí la tiene usted.

RIC. (A Paulina.) Ya ves que no he faltado á la hora convenida. ¿Qué tal el perrito?



PAUL. Hijo mío, has perdido la apuesta.

RIC. ¿De veras?

PAUL. ¡Sí, señor! Aquí le tienes ya. (Enseñándole la almohadilla con el pañuelo.)

RIC. ¡A ver, á ver! ¡Oh, precioso! ¡Qué manos tiene esta criatura!

GERT. ¿Verdad que está muy bien?

RIC. ¡Ya lo creo! ¡Si es un perro que está hablando!

GERT. Pues si viera usted lo pronto que lo ha hecho... Verdad es que la pobrecita ha madrugado mucho, y no lo ha dejado de la mano hasta tenerlo concluído. A trabajadora hay muy pocas que la ganen. Eso sí. A mí no me gustan las gentes holgazanas. Por desahogada que sea la posición de una familia, conviene educar á los hijos en la escuela del trabajo y de la laboriosidad.

RIC. Muy bien dicho, sí, señora.

ANIC. (Ya está mi mujer con la caña en la mano.)

GERT. Pero sentémonos.

RIC. Con mucho gusto.

ANIC. (Pero, mujer, no le mandes sentarse...)

GERT. (¡Cállate, hombre!) (Se sientan Gertrudis y Aniceto á la derecha, y Paulina y Ricardo á la izquierda. Don Aniceto lee un periódico.)

RIC. (A Paulina.) ¡Pobrecita! ¿Conque has madrugado tanto por culpa mía?

PAUL. Como que deseaba tenerlo terminado para cuando tú vinieras.

RIC. Pues, toma. Aquí están los dulces prometidos.

(Desatando la caja.)

PAUL. ¿Son de la Mahonesa?

RIC. No, de la *Dulce Alianza*. ¡Ah! Permíteme. Voy á ofrecer a tus papás. (Se levanta.) Señora...

ANIC. ¿Qué? ¿Se marcha usted tan pronto? (Tendiéndole la mano.)

RIC. No, no señor; venía á...

ANIC. ¡Ya! (Vuelve á sentarse.)

RIC. Una yemita de coco. (A Gertrudis.)

GERT. Gracias, Ricardito.

RIC. Don Aniceto, ¿un limoncillo?

ANIC. No: me quitaría la gana de almorzar.

GERT. ¡Ejém!

ANIC. Digo, de comer; no puedo tomar nada entre horas.

RIC. Bueno, bueno. Respeto sus costumbres. (Se come el limoncillo. Durante esta escena comerá varios dulces. Se sienta al lado de Paulina.)

ANIC. (Mirando el reloj.) ¡Dios mío! ¡Las doce menos cuarto!

RIC. (Aparte á Paulina.) ¿Qué quieres tú, feísima?

PAUL. ¿Yo? Lo que tú elijas.

RIC. Nos comeremos entre los dos esta batatita. Toma.

PAUL. Gracias. (Come un poco.)

RIC. ¡Dame ahora un poquito de eso, anda! De lo que has mordido. De seguro que está mucho más dulce.

PAUL. ¡Jesús, hombre! ¡Qué tonto eres! Vamos, ahí va.

RIC. ¡No! Dámelo con tu mano.

PAUL. Pero, ¡por Dios!...

RIC. Si no miran...

PAUL. ¡Vaya! Pues, toma. (Se lo acerca á la boca.)

GERT. ¡Ricardo!

RIC. ¡Eh! (Paulina retira el pedazo de batata que iba á llevar á la boca de Ricardo, y se lo come ella.)

GERT. ¿Cómo va esa Memoria?

RIC. ¿Qué memoria?

GERT. La de usted.

RIC. ¿Qué, se me ha olvidado algo?

GERT. No, hombre: pregunto por la Memoria que el otro día dijo usted que estaba escribiendo para...

RIC. ¡Ah, ya! Pues... pues, trabajando, señora. Se me ha ocurrido elegir un tema tan difícil... (Come un dulce.)

GERT. ¿Y qué tema es?

RIC. Pues... (¿Qué tema diré yo?) "Del derecho considerado bajo el doble punto de vista social y psicológico; estudio de la influencia que ejerce en todos los actos y vicisitudes por que atraviesa la humanidad; importancia de su conocimiento analitico para determinar las bases constitutivas del gobierno de los pueblos, y consideraciones generales acerca de todas las escuelas filosóficas, desde el imperio romano hasta nuestros días." (¡Toma tema!) (Don Aniceto suspende la lectura y le mira asombrado.)

GERT. ¡Eh! ¿Qué te parece? (Aparte á Aniceto.)

ANIC. Hija, lo que me parece es que si el chico no se casa hasta tener terminada esa Memoria, ya podemos armarnos de paciencia.

RIC. (¡Ay, Dios mío! ¡El día en que averigüen que todo esto es una farsa, me van á echar á puntapiés!) ¡Ah! ¡Ya se me olvidaba!

GERT. ¿Qué?

RIC. Que anoche, después de dejar á ustedes, me encontré con los señores de Tejadillo.

GERT. ¿Sí, eh?

RIC. No sabía que eran ustedes amigos.

GERT. Sí, nos visitamos con alguna frecuencia. Nos conocimos hace dos años en Recoletos.

RIC. ¿Son unos señores muy simpáticos, verdad?

GERT. ¡Ah! Mucho.

RIC. Con un carácter tan franco y tan...

GERT. ¡Ah! ¡Ya lo creo! Son inmejorables. Es decir, ella es un poco...

RIC. ¡Sí! Un poco vanidosa.

GERT. ¡Justo! ¡Y con una lengua!...

RIC. ¡Calle usted por Dios! Aquello no es lengua, es una navaja de afeitar.

GERT. Criticando siempre á todo el mundo.

RIC. ¡Es una mujer temible!

GERT. ¿Pues y el marido?

RIC. ¡Otro que tal!

GERT. ¡Hablando á cada momento de sus viajes á América, y contando siempre por pesos!

RIC. ¡Y qué bruto es el pobre señor!

GERT. ¡Completamente negado! (Transición.) Por lo demás, son unas personas muy agradables.

RIC. ¡Ah! ¡Ya lo creo! Y muy simpáticas. Hoy deben venir por aquí.

ANIC. (¿Eh?)

RIC. A despedirse de ustedes. (Come otro dulce.)



GERT. ¡Cómo! ¿Se van á baños?

RIC. Creo que esta tarde salen para San Sebastián.

GERT. Hacen perfectamente. El verano aquí es horrible.

RIC. ¡Dice usted bien! ¡Mire usted que hoy hace un calor de... ¡qué se yo! de una porción de grados!

GERT. ¡Es verdaderamente sofocante!

RIC. ¿Ustedes no piensan salir de Madrid?

GERT. No, nosotros, no. Al menos por ahora.

RIC. (¡Ay, me alegro!)

GERT. Aniceto tiene pendientes no sé qué liquidaciones en la Bolsa, y le es completamente imposible... ¿verdad?

ANIC. ¡Sí! Me es completamente imposible.

GERT. ¿Y usted piensa ir á algún lado?

RIC. ¡No, señora! Basta que ustedes no salgan, para que yo haga el sacrificio de no tomar esta temporada los baños de mar. (No los he tomado en mi vida.) Me bañaré en el Manzanares.

ANIC. Hace usted bien. No hay cosa más sana que los baños de río.

RIC. Pues, mire usted, todos los médicos me aconsejan los de ola.

ANIC. ¡Hola!

RIC. Dicen que soy muy escrofuloso.

ANIC. No los crea usted: eso lo dirán por adularle.

PAUL. (A Ricardo.) ¿De veras te quedas en Madrid?

RIC. ¡Siempre á tu lado!

PAUL. ¿De manera que si nosotros nos marcháramos?...

RIC. (¡No lo quiera Dios!) Si vosotros os marcharais, yo os seguiría hasta el fin del mundo. (Come otro dulce.)

PAUL. ¡Pero, hombre!

RIC. ¿Qué?

PAUL. Que te estás comiendo todos los dulces.

RIC. ¡Ah! ¡Pues, es verdad! Lo hacía distraídamente. Cuando estoy á tu lado, me olvido de todo.

PAUL. ¡Sí! De todo, menos de los dulces. (Le quita la caja.)

ANIC. (Aparte á Gertrudis.) ¡Pues, nada! O le dices que se vaya, ó me marcho á la oficina sin almorzar.

GERT. (Ahora verás) Ricardito. (Levantándose)

RIC. Señora...

GERT. Supongo que usted deseará que le tratemos de confianza.

RIC. ¡Naturalmente!

GERT. Bueno, pues... (Campanilla.) ¡Ay! ¿Quién será?

RIC. De seguro, los de Tejadillo.

ANIC. (¡María Santísima!)

GERT. ¡Ramona, que llaman!

RAM. ¡Ya voy, señora! (Sale puerta segunda izquierda y vase foro. Gertrudis va hacia la puerta del foro.)

RIC. Yo, con permiso de ustedes, me retiro.

PAUL. ¿Te vas ya?

RIC. Sí, pero volveré en seguida.

PAUL. Pues hasta luego.

RIC. Adiós, retemonísima.—Señor Don Aniceto...

ANIC. ¿Se marcha usted tan pronto?
GERT. ¡Sí! Son los de Tejadillo. (Desde el foro.)
RIC. Tienen ustedes visita, y no quiero molestar.
ANIC. ¡Pues, hombre! Si ahora es cuando ya no molesta usted.
RIC. ¿Eh?
ANIC. Digo, que usted no molesta nunca, y menos ahora.

ESCENA VIII

DICHOS, PACA, DON CIRIACO

GERT. ¡Por aquí, por aquí! Ustedes son de confianza. ¿Qué tal, amiga mía? (Besándose.)
PACA. Bien, ¿y ustedes? ¡Jesús, hija, vengo sofocada! ¡Este calor no se puede sufrir!
CIR. Querida Gertrudis...
GERT. Señor don Ciriaco... ¡Usted siempre tan famoso!
CIR. ¡Vamos tirando! (Saluda á don Aniceto.)
PAUL. ¿Cómo está usted, señora?
PACA. Muy bien, ¿y usted, pollita?
RIC. Señores...
PACA. ¡Ah! ¡Que está aquí don Ricardo!
RIC. Sí, señora.. Con permiso de ustedes...
GERT. ¿Nos deja usted?
RIC. Tengo que arreglar algunos asuntos...
GERT. ¡Ah! Es natural. El pobre, con su doctorado, está ocupadísimo. (A Paca.)
PACA. ¡Ya! (Con sorna.)
RIC. Señora... (Despidiéndose de Paca.)

PACA. (Aparte á Ricardo.) Conque el doctorado, ¿eh?

RIC. ¡Por Dios! No me comprometa usted. (Aparte á Paca.)

CIR. (A Paca.) Mujer, no seas imprudente. (Ricardo se despide de don Aniceto y de Gertrudis.)

PACA. Hasta nuestra vuelta, Ricardito.

RIC. Que lleven ustedes feliz viaje. (¡Esta señora me pone nervioso!)

PACA. ¡Pero has visto! (A Ciriaco.)

CIR. (A Paca.) ¡Déjalos. ¡Allá ellos!

PAUL. Hasta luego, ¿eh? (A Ricardo.)

RIC. ¡Sí, vida mia! Señores...

GERT. Adiós, Ricardito.

CIR. Vaya usted con Dios. (Vase Ricardo.)

PACA. Pero, amigo Rodríguez, ¿usted aquí á estas horas? ¡Le creíamos en el Ministerio!

ANIC. ¡No señora! Hoy ya no salgo de casa.

GERT. ¡Este es así! La mayor parte de los días no parece por la oficina.

CIR. ¡Bien hecho! ¡Que trabajen los pobres!

PACA. Veo que ya han almorzado ustedes. (Acercándose á la mesa.)

GERT. Sí, hace un ratito.

PACA. (¡Jesús qué mantel tan ordinario!)

GERT. Pero, siéntense ustedes...

PACA. Un momento nada más. Estamos muy de prisa. (Se sientan todos á la derecha.)

ANIC. (¡Pues, señor, esto es para pegarse un tiro!) (Sentándose junto á don Ciriaco.)

CIR. ¿Quiere usted un trabuco? (Abriendo la petaca.)

ANIC. ¿Eh?

CIR. Un tabaquito.

ANIC. No. Muchas gracias.

CIR. ¡Mire usted que son de á quince pesos!

ANIC. ¿Cada uno?

CIR. ¡No, hombre, la caja!

ANIC. Bueno: me lo guardaré para luego.

CIR. Yo, con permiso de estas damas... (Enciende un puro.)



GERT. Sí, señor: ¡pues no faltaba más!

PACA. Hija, este hombre no cesa de fumar en todo el día. ¡El dinero que derrocha en tabaco!...

CIR. ¡Costumbres de Cuba! No lo puedo remediar. ¡Figúrese usted (A don Aniceto) que al año me gasto en humo la friolera de mil doscientos pesos!

ANIC. (¡Qué atrocidad! ¡El sueldo de un oficial de secretaría!)

CIR. ¡A mí no me duele el dinero!

ANIC. ¡A mí tampoco!

CIR. ¡Claro, hombre: cuando uno lo tiene!...

GERT. Conque de despedida, ¿eh?

PACA. Sí, hija, sí. Esta tarde saldremos para San Sebastián. Iremos en el exprés, porque en

esos trenes de ida y vuelta no va más que la cursilería... ¡Ah! Este calor es insoportable! No comprendo que haya gente que, estando en mediana posición, aguante en Madrid todo el verano. ¿Supongo que ustedes no dejarán de salir?

GERT. ¡Claro que no!

PACA. ¿A San Sebastián también, verdad?

GERT. Sí. A San Sebastián.

ANIC. (¿Qué dice esa mujer?)

PACA. Es lo mejor. Tiene uno la ventaja de estar á un paso de Francia.

GERT. ¡Naturalmente! Todavía esta mañana, hablando del viaje, se empeñaba Aniceto en que habíamos de ir al Sardinero; pero la niña y yo preferimos San Sebastián.

CIR. ¡Sí, hombre! Tienen razón las señoras.

GERT. ¿Lo ves? Don Ciriaco opina como nosotras. No te empeñes en llevarnos á Santander, porque no vamos.

ANIC. Bueno, bueno: no iremos.

CIR. Hombre, que nos veamos en San Sebastián. ¡Aquella playa es hermosísima! Haremos nuestras escapatorias á Bayona, y á Biarritz, y á Burdeos ..

ANIC. ¡Sí! ¡Y á París!

CIR. ¡Sí, señor! Aprobado. A mí me encanta el viajar. Ya ve usted que el hombre que como yo ha estado siete veces en América... Y ¡qué demonio! no hay dinero mejor empleado que el de los viajes.

PACA. Las que piensan marchar un día de éstos,

son las de Cascajares. Es decir, yo no lo creo, porque ya saben ustedes lo farsantes que son; sobre todo, ella, la mamá. ¡Jesús! ¡Qué mujer más antipática! ¡Y qué pretensiones tiene todavía la pobre señora! Estaba ayer, cuando fuimos á despedirnos, con una bata suelta, color de aceituna pasada, y con unos rizos por la frente que parecía el mismo demonio. (Risa general.) Pues, sí. Figúrense ustedes cómo voy á creer yo que se vayan de veraneo, cuando me consta que es una familia que está entrampada hasta los ojos, y que vive con una economía que casi raya en la miseria. Pues ¿y los de Ramírez? ¡Otros que tal! Ahora venimos de verlos.

GERT. ¿También van á baños?

PACA. No: esos dicen que no salen de Madrid porque el médico les ha recetado los baños en casa. ¡Ya ve usted qué atrocidad! ¡Como si hubiera médico capaz de recetar semejante cosa! Lo que pasa es que los pobres no tienen más fortuna que el sueldo de Ramírez, que, como ustedes saben, está en una casa de comercio, con doce mil reales. ¡Naturalmente! Con doce mil reales, ¿qué han de hacer los infelices?

ANIC. (¡Buenos nos está poniendo esta señora!)

PACA. ¡Pero, Dios mío! ¿Por qué han de ser tan farsantes algunas personas? ¿Tienen más que decir que no se van á baños porque no pueden?

ANIC. ¡Dice usted muy bien! No parece sino que

es un delito el quedarse en Madrid. Yo sé de muchas familias muy ricas, y que, sin embargo, no salen nunca á veranear.

PACA. ¡No, eso no! El que no veranea es porque no tiene dinero.

GERT. ¡Justo! A menos que les ocurra lo que nos ocurrió á nosotros el año pasado; que tuvimos que resignarnos á no salir, porque los malditos negocios nos lo impidieron.

CIR. ¡Ah, es claro! Cuando se trata de negocios...

GERT. Por cierto, hija mía, que como tenemos la costumbre de tomar los baños de mar, yo me pasé todo el verano con unas neuralgias terribles.

ANIC. (¡Ave María Purísima!)

PACA. Lo que hay es que muchas familias no se resignan con su suerte. ¿Cómo es posible que ustedes, por ejemplo, si vivieran únicamente del sueldo de Rodríguez, pudieran tirar todos los veranos unos cuantos miles de reales en un viaje de recreo? ¡No puede ser!

GERT. ¡Claro que no!

PACA. De la manera que se han puesto las cosas en Madrid, de seguro que ese sueldo no les da á ustedes para comer.

GERT. ¡Calle usted por Dios! ¿Qué ha de dar? Sin ir más lejos, hoy hemos almorzado poca cosa; una tortillita de espárragos, un poquito de salmón y unas chuletas de ternera. (Don Aniceto bosteza.) Ya ve usted que es

lo menos que se puede tomar. Bueno, pues, ¿qué dirá usted que me ha costado la libra y media de salmon? ¡Cuarenta y cinco reales!

PACA. ¡Ah, es un escándalo!

CIR. Hombre, yo no sé qué es lo que comen esas pobres familias que están mal de recursos.

ANIC. Yo sí lo sé. No comen más que bacalao y patatas. Y sin embargo, viven, sí, señor: ¡y hasta engordan! Es á lo que uno se acostumbra. (Vuelven á reirse todos.)

CIR. Y por supuesto que, para darse buen trato en las comidas, no hay como el extranjero. Siempre recordaré aquellos platos que me servían cuando estuve en los Estados Unidos. Eran todos unas cosas muy raras y que olían muy mal, pero daba gusto el ver cómo las presentaban. ¡Desengáñese usted, aquí no se come!

ANIC. No, señor. (¡Ni se almuerza!)

PACA. (A Gertrudis.) Pues ¿y qué me dice usted de las modistas?

GERT. No me hable usted de eso, porque me pongo nerviosa. Por un trajecito de nada le llevan á una un sentido. Va usted á ver los que recibimos anoche. Niña, haz el favor de traerlos.

PAUL. Voy, mamá. (Vase puerta primera derecha, y vuelve en seguida con los vestidos.)

GERT. No valen nada, ¿sabe usted? Son unos vestidos muy sencillos.

PACA. ¿De playa, eh?

GERT. No, de granadina.

PACA. Digo si son para...

GERT. ¡Ah, sí! Estaba distraída...

CIR. Las señoras, como siempre, hablando de sus trapitos. A nosotros no nos toca más que pagarlos. (**Don Aniceto y don Ciriaco se levantan y se dirigen á la izquierda.**)

PAUL. Aquí los tiene usted.

PACA. ¿A ver? (**Examina los vestidos.**)

CIR. Conque, amigo Rodríguez, ¿qué hay de política?

ANIC. Pues... nada de particular.

CIR. Vamos, no se haga usted el chiquito. Ya nos dijo el otro día Gertrudis que era usted el ojo derecho del ministro. (**Distraídamente se dejará la petaca sobre la cómoda.**)

ANIC. ¡Pché!

CIR. Ya se aprovechará usted de esa amistad para sus jugadas de Bolsa, ¿eh?

ANIC. ¡Pché!

CIR. Vaya, séame usted franco. ¿A que no ha perdido usted nada este mes?

ANIC. ¡No, no he perdido nada! (En esto no miento.)

CIR. ¿Lo ve usted? ¡Por estar en el secreto! A mí la última baja me ha costado algunos miles de pesos.

ANIC. ¿Sí, eh?

CIR. Como que el mes pasado invertí dos millones en *Cubas*.

ANIC. (¡Qué atrocidad! ¿Para qué querrá tantas cubas este hombre?)

CIR. ¿Usted lo tiene en ferros, eh?...

ANIC. ¡Sí, en... en eso!

CIR. ¿Y á qué precio?

ANIC. Pues á... no lo recuerdo: ¡como siempre estoy comprando!... Oye, Gertrudis. ¿A qué precio tengo yo los ferros?

GERT. (Hablando con Paca.) A veinte reales vara.

ANIC. ¿Eh?

CIR. Déjelas usted. Las señoras, cuando hablan de vestidos, no se puede contar con ellas.

ANIC. Pues otro día se lo diré á usted. Ahora no recuerdo á punto fijo.

CIR. ¿Supongo que irá usted á la conversión?

ANIC. ¡Ya lo creo que iré! ¡Pues no faltaba más! (Nada, ¡ya me han hecho á mí farsante también!)

PACA. Pues son preciosos los dos.

GERT. ¿De veras, eh?

PACA. ¡Preciosísimos! (No pueden ser de peor gusto.) Conque, hijas mías... (Levantándose.) No dirán ustedes que la visita ha sido corta. Ciriaco, vamos... (Se levantan todos.)

CIR. Cuando gustes, Paquita.

ANIC. (¡Gracias á Dios!)

PACA. Adiós, Gertrudis.

GERT. Que lleven ustedes feliz viaje.

PACA. Hasta en San Sebastián, ¿eh?

GERT. ¡Pues ya lo creo! ¡Ramona, salga usted á abrir!...

PACA. Adiós, niña. Amigo Rodríguez, hasta dentro de unos días.

ANIC. ¡Sí, señora, sí!

CIR. ¡No me las lleve usted al Sardinero, porque me incomodo! ¡A San Sebastián! ¡A San Sebastián!

PACA. No, no se molesten ustedes. (Ramona se presenta y vase puerta foro. Vanse Paca y D. Ciriaco.)

GERT. No es molestia. (A Paulina.) (Anda, y trae el almuerzo en seguida.) (Vase Paulina puerta segunda izquierda, y vuelve en seguida con uno de los platos del almuerzo. Gertrudis acompaña á Paca hasta el foro.)

ANIC. Vayan ustedes con Dios y que ustedes se diviertan. ¡Jesús, qué familia! Creí que no se marchaban nunca. (Se sienta á la mesa.) Lo que es ahora, ya no me levanto de aquí.

GERT. (Volviendo.) ¡Ea, á almorzar á escape!

PAUL. Aquí está esto. (Se sientan los tres.)

ANIC. ¡Sí, el salmón que dice tu madre! (Se oye dentro la voz de D. Ciriaco.) ¡Caracoles!

CIR. Con permiso de ustedes... (Entrando. Los tres se levantan precipitadamente y cubren con sus cuerpos la mesa, dando la vuelta alrededor hasta el mutis de D. Ciriaco.) He debido dejarme la petaca... Aquí hemos estado... (Mirando en la butaca.) ¡No!... Habrá sido allí... (Va hacia la cómoda.) ¡Pero no se molesten ustedes!

ANIC.
GERT. ¡No... si no es molestia. (Siguen dando la vuelta.)

CIR. ¡Sí, aquí está! (Coge la petaca.) Ustedes dispensen. (Marchándose.)

GERT. ¡Oh, no hay de qué! Vaya usted con Dios, amigo Tejadillo.

CIR. (Junto á la puerta del foro.) (¡Qué mal huele!) Adiós, señores.

ANIC. Vaya usted... (¡con mil demonios!) (Vase don Ciriaco.)

GERT. Creo que no ha notado nada.

ESCENA IX

GERTRUDIS, PAULINA, DON ANICETO y RAMONA



— ANICETO —

IRA á ver si no se han marchado todavía. (A Paulina.)

PAUL. (Desde el foro.) Sí, ya han cerrado la puerta

ANIC. ¡Ramona, Ramona!

GERT. ¿Qué quieres, hombre?

ANIC. ¡Que nos dejen en paz! ¡Ramona!

RAM. Mándeme usted.

ANIC. ¡Eche usted el cerrojo! (Vase Ramona y vuelve en seguida.)

RAM. Ya está.

ANIC. Me alegro. (Se sientan.) Mientras dure el almuerzo, no estamos en casa para nadie, absolutamente para nadie.

RAM. Está muy bien. (Vase segunda izquierda.)

ANIC Hasta se me ha quitado el apetito; y eso que cuando antes nombrabas las chuletas y el salmón, se me abría la boca de una manera... (Come.)

GERT. Pues, querido Aniceto, ya comprenderás que después de lo que hemos hablado, el compromiso es ineludible.

ANIC. ¿Qué compromiso?

GERT. El del viaje.

ANIC. ¿Qué viaje?

GERT. El de San Sebastián...

ANIC. ¿Eh?

GERT. ¡Sí, señor! Supongo que no pretenderás que los de Tejadillo digan de nosotros lo que dicen de los de Ramírez y de los de Cascajares.



ANIC. ¿Y á mí qué me importa?

GERT. ¡Es que si á ti no te importa, á mí sí!

ANIC. Pero, Gertrudis, ¿estás hablando en serio?

GERT. ¡Sí, señor! ¡Muy en serio! ¡Como que no me gusta que nadie se burle de mí! ¡Y de ti! Porque cuando yo, acosada por la necesidad, les hablé de nuestros proyectos de veraneo, tú asentiste enfáticamente.

ANIC. ¿Pero, mujer, había de desmentirte?

PAUL. Tiene razón mamá. Usted les dijo que nos veríamos en San Sebastián.

ANIC. Mira, hija mía, haz el favor de no seguir la escuela de tu madre, porque...

GERT. ¡Sólo faltaba eso; que riñeras á la niña!

ANIC. Esto no es reñir: esto es decir únicamente...

(Entra Ramona con el otro plato del almuerzo.)

GERT. (¡Cállate!)

RAM. ¿Llevo esto?

GERT. Lléveselo usted (Vase Ramona) Pues, sí, señor Necesitamos ir á San Sebastián, aunque no sea más que por ocho días.

ANIC. ¡Pero por los clavos de Cristo! ¿Dónde está el dinero?

GERT. ¡El dinero! ¡El dinero! ¡No parece sino que se trata de miles de duros!

ANIC. ¡Vaya, vaya! Déjame en paz y no me hables de cosas irrealizables.

GERT. Irrealizables, porque á ti se te antoja. ¡Pero es claro! Nosotras no significamos nada. ¿Qué importa que nos pongamos en ridículo? ¿Que la niña pierda quizá la brillante colocación que se le ha presentado?

ANIC. ¡Pero, mujer!...

GERT. Ese es el modo que tienes de corresponder

á nuestro cariño y á nuestra conducta; porque supongo que no dirás que nosotras derrochamos el dinero. Sabes demasiado que somos un modelo de economía y de sobriedad; que nos pasamos la vida sacrificadas en casa; que la pobre niña, apenas si en todo el invierno ha ido diez ó doce veces al teatro, y eso porque la han convidado las del segundo; y que tu mujer, desde que se levanta hasta que se acuesta, no piensa en otra cosa que en trabajar, estudiando siempre la manera de hacer de un duro una peseta, digo, de una peseta un duro; ¡pero es natural, nosotras no merecemos nada, absolutamente nada!

ANIC. ¡Está bien, mujer; está bien! ¡No sermonees más! ¡Haced de mí lo que os dé la gana! ¡Iréis á San Sebastián!

PAUL. ¡Ay! ¿Es de veras? (Muy contenta.)

ANIC. Sí, hija, sí. Podéis disponer el viaje. Ya buscaremos el dinero como Dios nos dé á entender.

GERT. Eso no te preocupe. Con tres mil reales tenemos de sobra. En casa no hay más que veinticinco duros; pero el resto se lo pediré á mi cuñada. Recuerda las veces que se nos ha ofrecido.

ANIC. Sí. Pero como hace más de un año que estáis reñidas, hasta el punto de que, viviendo en la misma casa, cuando os encontráis en la escalera ni siquiera os saludáis...

GERT. Eso no importa; hoy mismo hacemos las

paces. Ya sabes que yo me pinto sola para estas cosas.

ANIC. Pues esta misma tarde podéis tomar el tren.

GERT. ¿Cómo podemos? ¿Acaso pretendes tú quedarte?

ANIC. ¡Naturalmente! Yo no puedo salir de Madrid sin licencia del jefe.

GERT. Pues la pides, y en paz.

ANIC. Mujer, eso no es posible. Ahora en época de elecciones, no me la concederían; y, sobre todo, que á mí no me gusta faltar á mi obligación.

GERT. ¡Jesús! ¡Todo te vuelves dificultades! ¡Di que no quieres que nos marchemos, y se ha concluido!

ANIC. Pero ¡por San Sebastián y por todos los santos marítimos! ¿Qué quieres que yo haga?

GERT. ¡Pues es muy sencillo! ¡Ponerte enfermo!

ANIC. ¿Eh?

GERT. ¡No parece sino que los empleados del Gobierno tenéis la salud asegurada! Con escribir ahora mismo una carta diciendo que estás muy malo, y que el médico te ha prohibido ir á la oficina durante unos cuantos días, están salvados todos los inconvenientes. (Va á la cómoda y coge recado de escribir.)

ANIC. ¿Pero qué va á decir el jefe, que es una persona dignísima, y que me aprecia tanto, si averigua la verdad?

GERT. ¡Anda, anda, y déjate de tonterías! (Dándole papel y recado de escribir.)

PAUL. Sí, papá, sí. ¡Póngase usted enfermo!

ANIC. ¡Me voy á ganar la cesantía; mas ya que lo queréis, sea! (Escribe.) "Señor don Justo Ruiz: Mi respetable amigo y jefe..."



GERT. Dos puntos.

ANIC. (Dos punteras es lo que yo merecía por...) "Perdone usted que no vaya á la oficina, porque..." ¡Vamos á ver! ¿Y qué enfermedad elijo?

GERT. ¡Pues... un ataque cerebral!

ANIC. ¡Pero, mujer, con un ataque cerebral no podría escribir!

GERT. Bueno, pues di otra enfermedad cualquiera. Anda: yo dictaré: "Perdone usted que no vaya á la oficina, porque... porque me siento muy mal."

ANIC. (Escribe.) "Mal."

GERT. "Tengo unos dolores horribles."

ANIC. ¿Dónde?

GERT. En cualquiera parte: ¿á él qué le importa?

ANIC. "Horribles."

GERT. "El médico me ha prohibido salir á la calle..."

ANIC. "Calle."

GERT. "Y asegura que tengo enfermedad..."

ANIC. "Medad."

GERT. "Para unos cuantos días..."

ANIC. "Días."

GERT. Nada más. "Suyo afectísimo, etc."

ANIC. "Suyo afectadísimo, seguro servidor y humilde subordinado que su mano besa, Aniceto Rodríguez."

GERT. Perfectamente. Pon el sobre. La chica llevará la carta al Ministerio.

ANIC. No, que se la lleve á su casa. El jefe va muy tarde á la oficina.

GERT. ¿Lo ves? ¡Y tú siempre con esas prisas!

ANIC. Pero, mujer, yo no soy jefe de nadie (¡ni aun de mi casa!) (Escribe el sobre.) "Señor don Justo Ruiz..."

GERT. ¿Dónde vive?

ANIC. Muy cerca, á dos pasos de aquí. "Plaza de Bilbao, número nueve, entresuelo." Ya está.

GERT. ¡Ramona! (Coge la carta.) (Gracias á Dios, creí que no acabábamos.) ¡Ramona!

ESCENA X

DICHOS y RAMONA



— RAMONA —

EÑORITA...

GERT. Va usted á llevar inmediatamente esta carta á la Plaza de Bilbao, número nueve, entresuelo. (Se la da.)

RAM. Está bien. ¿Tiene contestación?

GERT. No; no haga usted más que entregarla.

RAM. En seguida. (Medio mutis.)

GERT. ¡Ah! Si le preguntan algo, diga usted que el señor está con unos dolores grandísimos

RAM. ¡Ay! ¿Es de veras? ¿Qué le duele á usted señorito?

GERT. No, no es nada. Ande usted y vuelva pronto.

RAM. Voy, voy. (¡No lo entiendo!) (¡Familia más particular!) (Vase foro.)

ESCENA XI

DICHOS menos RAMONA

GERT. Pues, señor, me parece que, una vez decidido el viaje, debemos emprenderlo cuanto antes. Hoy mismo si es posible.

PAUL. Sí, mamá, sí; cuanto ántes mejor. ¡Ay, qué gusto!



GERT. (A Aniceto.) No tienes idea del placer con que sorprenderé en la estación á los de Tejadillo. No hay quien me lo quite de la cabeza. Se me figura que Paca no se ha creído ni una palabra de lo que le decíamos. Sólo por eso soy yo capaz... hasta de ir á ver á mi cuñada. ¡Y ahora mismo voy á bajar!

PAUL. ¿Quieres la mantilla?

GERT. No: ¿para qué? ¡Ah! No te olvides de avisar á Ricardo

PAUL. Ha quedado en volver en seguida.

ANIC. Pero, vamos á ver. ¿Y si resulta que Ricardito no puede ir á San Sebastián?

PAUL. Claro está que puede.

GERT. ¿No le has oído decir antes que le convenían los baños de mar, pero que si nosotros no salíamos haría el sacrificio de privarse de ellos? Pues ya ves si ahora recibirá con gusto la noticia.

ANIC. ¿Y qué le digo yo de aquellas liquidaciones que me impedían marchar de Madrid?

GERT. ¡Jesús, qué hombre! Pues le dices que has dejado el encargo al agente.

ANIC. ¿A qué gente?

GERT. A tu agente de negocios.

ANIC. ¡Ah, vamos! Ignoraba que yo tuviese un agente.

GERT. Vaya, en seguida estoy de vuelta. Mira, niña, vete disponiéndo todo lo preciso para en el caso de que marchemos esta tarde. Y tú (A Aniceto.) saca de la cómoda lo que has de llevar; con dos mudas, lo puesto, el traje de dril y el sobretodo, estás arreglado.

PAUL. Déjelo usted de mi cuenta, que yo me encargo de hacer el equipaje.

GERT. Hasta luego.

PAUL. Hasta luego, mamá.

ANIC. Vete con Dios. (Vase Gertrudis.)

ESCENA XII

DON ANICETO, PAULINA

PAUL. ¡Ay, papá de mi alma! Si supieras lo contenta que estoy. ¡Ir á ver el mar! ¡Yo que no le he visto nunca!



ANIC. (¿Qué dirá el Jefe? ¡Dios mío! ¿Qué dirá el Jefe?)

PAUL. Anda, papá, haz el favor de ayudarme á sacar toda esta ropa. (De la cómoda.)

ANIC. (¡Yo que no he faltado nunca á mi obligación en los veintisiete años de servicio!)

PAUL. Este es tu sobretodo. Lo dejaremos fuera, porque lo llevarás á la mano. (Lo coloca sobre una silla.)

ANIC. (Con el haber que por clasificación le corresponde...)

PAUL. Pero, ¡papá!

ANIC. ¿Qué quieres, hija mía?

PAUL. ¡Que tengas la bondad de ayudarme!

ANIC. ¡Ah, sí! Estaba distraído.



ESCENA XIII

DICHOS, RAMONA

RAM. Ya está entregada la carta.

ANIC. ¿A quién?

RAM. ¡Toma! Pues á un criado que me dijo que el señor se estaba vistiendo para salir. ¿Qué tal señorito? ¿Está usted ya mejor de esos dolores?

ANIC. Sí, ya estoy mejor, gracias.

PAUL. ¡Calla, tonta, si no hay tales dolores; si es una mentira que hemos inventado, para marcharnos de Madrid!

RAM. ¿Que se marchan ustedes?

PAUL. ¡Sí, señora! Probablemente esta misma tarde saldremos para San Sebastián.

RAM. ¿Qué me cuenta usted? (Campanilla.)

PAUL. ¡Ay! Ese debe de ser Ricardo.

RAM. (Pues, señor, cada vez entiendo menos á esta familia.) (Vase por el foro.)

PAUL. ¡Qué alegría va á tener cuando sepa que nos vamos! (Va hacia el foro.)

ANIC. (¡Y que de todo esto tenga yo la culpa por mi excesiva complacencia, por mi falta de carácter!)

PAUL. (Desde el foro.) ¡Calle! ¡Pues no es Ricardo!

ANIC. ¿No? ¿Pues quién es?

RAM. (Desde la puerta del foro.) El señor don Justo Ruiz. (Vase.)



ANIC. ¡María Santísima, el Jefe!

PAUL. ¡Ay! ¡Qué compromiso!

JUSTO. (Dentro.) ¿Dónde está mi buen Rodríguez?

ANIC. ¿Y qué hago yo?

PAUL. ¡Pronto, siéntate!

ANIC. ¿Dónde?

PAUL. ¡En cualquiera parte! ¡Aquí!

ANIC. (Se sienta en la silla en que Paulina había dejado la al-

mohadilla con el pañuelo bordado. Paulina le echa el sobretodo sobre las piernas.) ¡Huy! ¡Huy!

PAUL. ¿Qué es?

ANIC. ¡El perro! ¡Huy!

ESCENA XIV

DON ANICETO, PAULINA, DON JUSTO

JUSTO. ¿Se puede?

ANIC. Sí, señor; pase usted. ¡Ay!

JUSTO. Pero, amigo Rodríguez, ¿qué es eso, hombre, qué es eso?

ANIC. ¡Ay, señor don Justo!

JUSTO. ¿Se siente usted peor? (Se sienta á su lado.)

ANIC. ¡Sí, señor! *¡Me siento* muy mal!

JUSTO. ¿Y dónde le duele á usted ahora?

ANIC. Pues en... en todo el cuerpo,

JUSTO. ¿Siente usted así como pinchazos?

ANIC. ¡Sí, señor! ¡Unos pinchazos horribles!

JUSTO. ¡Vaya, hombre, vaya! ¡Qué demonio! Acabo de recibir su carta, y me dije: voy á ver si se le ofrece algo al pobre Rodríguez.

ANIC. Muchas gracias.

JUSTO. ¿Y desde cuándo está usted así?

ANIC. Pues... desde...

PAUL. Desde anoche.

JUSTO. ¡Caramba, hombre!

PAUL. El médico le ha prohibido salir á la calle.

JUSTO. ¡Es natural! ¡Sería una temeridad! ¿Qué médico le asiste á usted?

ANIC. Pues... el médico de casa.

PAUL. El doctor Martínez.

JUSTO. Esta señorita, ¿es su hija?

ANIC. Sí, señor.

PAUL. Servidora de usted.

JUSTO. Muchas gracias. Parece muy lista.

ANIC. Sí, señor. (Demasiado)

JUSTO. ¡Vaya, hombre, vaya! A ver, á ver ese pulso. (Tomándoselo.) Yo no entiendo una palabra de medicina, pero se me figura que está usted muy nervioso.

ANIC. Sí, señor; mucho.

PAUL. El médico ha dicho que lo menos en quince días no podrá ir al ministerio.

JUSTO. Pues, nada, nada, cuidarse y guardar cama todo el tiempo que sea preciso. En mala ocasión ha venido esto, porque hay mucho trabajo pendiente; pero...

ANIC. Mañana mismo iré á la oficina.

JUSTO. No, señor; se lo prohibo á usted terminantemente.

PAUL. Ya lo ves, el señor, que es tu jefe, te lo prohibe.

JUSTO. Nada, nada, amigo Rodríguez, lo primero es la salud. Si necesita usted algo, ya sabe usted que yo le quiero muy de veras.

ANIC. Por lo mismo, no me gusta faltar.

JUSTO. Vamos, hombre. No diga usted tonterías. Hasta que no esté completamente bueno, no parezca usted por la oficina.

ANIC. Si es que yo ..

JUSTO. Hará usted que me incomode. ¡Pues no faltaba más! Un empleado como usted mere-

ce que se le guarden todo género de consideraciones. Conque, adiós, amigo Rodríguez. (Levantándose.) Aliviarse, y que no sea cosa de cuidado.

ANIC. Muchas gracias. (Tratando de levantarse.)



JUSTO. No, no se mueva usted. (Obligándole á sentarse.)

ANIC. ¡Huy, huy!

JUSTO. Señorita, he tenido tanto gusto...

PAUL. Beso á usted la mano.

JUSTO. Servidor... (¡Pero qué buena persona es este Rodríguez!)

ANIC. Adiós, don Justo. Ofrécele la casa, niña... (Vase don Justo.)

ESCENA XV

DON ANICETO, PAULINA, luego GERTRUDIS

ANIC. (Se levanta, coge la almohadilla, y la tira.) (¡Pero, señor! ¿Qué va á decir este hombre cuando sepa que le he engañado de esta manera?)

PAUL. ¿Lo ves? Todo nos sale á pedir de boca. Hasta el jefe te ha prohibido terminantemente ir á la oficina.

ANIC. ¡Déjame en paz! (Muy incomodado.)

PAUL. ¡Pero, papá!

ANIC. Vais á hacer que estalle, como un cartucho de dinamita.

PAUL. ¡Ay, papá, por Dios! No te pongas así conmigo.

ANIC. ¡Sí, es verdad! Tú no tienes la culpa de lo que me pasa. La culpable es tu madre; mejor dicho, yo; es decir...

GERT. (Entrando.) Ya está resuelto el problema. Mi cuñada Filomena es una infeliz. Me ha dado todo el dinero que tenía en casa. Mil reales justos; el resto ha quedado en remitírmelo en una libranza á San Sebastián. La hice creer que tenías una lesión del hígado, y que el médico había dicho que si

no tomabas los baños de mar, te morías positivamente.

ANIC. (¡Pero qué afán de matarme tiene esta mujer!)

PAUL. ¿A que no sabes quién acaba de salir de aquí?

GERT. ¿Quién?

PAUL. ¡El jefe de papá!

GERT. ¿Eh?

PAUL. No te alarmes. Se ha marchado convencido de que papá necesita guardar cama unos cuantos días.

GERT. ¿Sí?

PAUL. ¡Ya lo creo! ¡Si vieras qué bien hemos representado nuestros papeles!

GERT. ¿Tú también? (A Aniceto.) Así me gusta. ¡Ojalá hubieras sido un farsante toda tu vida! No nos veríamos ahora como nos vemos. Y digo, ¡si te sentarán admirablemente unos días de descanso! ¡Pobrecito de mi alma! ¡Ea! No hay tiempo que perder.—¡Ramona!—Es preciso disponerlo todo en seguida. ¡Vamos, hombre!

ANIC. Voy, mujer, voy.

ESCENA XVI

DICHOS, RAMONA

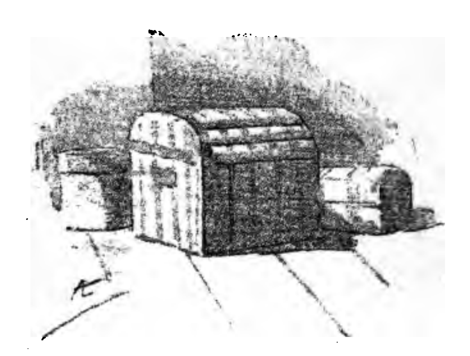
RAM. ¿Llamaban ustedes?

GERT. Ayude usted al señor á traer el mundo grande que está en la alcoba.

ANIC. Vamos por el mundo (¡Dios me dé paciencia!) (Vanse Don Aniceto y Ramona puerta segunda izquierda, y vuelven luego con un mundo, que colocarán en el centro de la escena.)

GERT. (A Paulina.) Los vestidos nuevos dóblalos con cuidado, que irán en la bandeja. Que no se nos vayan á olvidar los sombreros. Vete trayéndome la ropa blanca. (Vase Paulina puerta segunda derecha.) Pero ¡con qué gusto voy á sorprender en la estación á los de Tejadillo! ¡Qué vean que no son ellos solos los que se permiten el lujo de venanear!

ANIC. Aquí está esto. (El baul mundo.)



RAM. ¿Conque por fin se marchan ustedes?

GERT. Sí; pero por quince días, nada más. Cerraremos la casa y dejaremos las llaves á la portera. Usted nos esperará en casa de sus tíos. (Guardando la ropa en el baul.)

RAM. (¡Sí, como no los espere!) (Campanilla.)

GERT. Llaman. Si es el señorito Ricardo, que pase

adelante. (Váse Ramona.) ¡Anda, hombre, dame toda esa ropa! (La que había sacado de la cómoda.) ¡Jesús! ¡No tienes genio para nada!

ANIC. (¡Pues si yo le tuviera!) (Coge toda la ropa.)

PAUL. (Con mucha ropa blanca.) Toma esto, mamá.



ESCENA ULTIMA

DICHOS, RICARDO

RIC. Señores...

GERT. Adelante, Ricardito.

RIC. ¡Qué es eso! ¿Están ustedes de mudanza?

GERT. No, señor; estamos de viaje.

RIC. ¿Eh?

GERT. ¡Esta misma tarde salimos para San Sebastián!

RIC. (¡Caracoles!)

PAUL. Has conseguido lo que querías. Por mí ya no te quedas sin los baños de mar.

RIC. Pero... ¿es de veras... que se marchan ustedes?

GERT. ¡Y tan de veras! Lo hemos decidido hace un momento. ¡Yo soy así! Cuando se me pone una cosa en la cabeza... Desengáñese usted. Este calor es insoportable.

RIC. ¡Sí... sí... que lo es!

PAUL. Anda, y no te descuides. El exprés sale á las seis y media. Arregla tu equipaje y ven luego por aquí. Bajaremos juntos á la estación.

RIC. Vaya, pues, hasta después...

ANIC. Adiós, pollo.

GERT. ¡Hasta luego, Ricardito!

PAUL. ¡Ya verás cómo nos vamos á divertir!

RIC. ¡Sí, mucho! (¡Pero, Dios mío! ¿De dónde voy á sacar yo el dinero?) (Vase.)

PAUL. ¡Ay! ¡Déjame que te abrace, papá de mi alma! ¡Si supieras lo contenta que estoy! ¡Qué gusto! ¡Mañana en San Sebastián!

ANIC. ¡Sí, hija, sí! ¡Mañana en San Sebastián, y pasado mañana en San Bernardino!

FIN DEL ACTO PRIMERO

ACTO SEGUNDO

Playa de San Sebastián.—Telón de marina á todo foro.—Tres casetas de baño con los números 13, 21 y 17. En segundo término derecha, la caseta de descanso.—El baño se supone á la izquierda.

ESCENA PRIMERA

UN BAÑISTA y el BAÑERO



BAÑISTA. (Saliendo de la caseta núm. 21, como acabando de bañarse.) ¡Bañero!

BAÑERO. (Con una escoba y un cubo.) Mande usted, señorito.

BAÑISTA. Toma. (Pagándole.)

BAÑERO. Muchas grasias.

BAÑISTA. Hasta mañana. (Vase primer término derecha.)



BAÑERO. Páselo usted bien y que le haga buen provecho.

ESCENA II

BAÑERO, JULIO y ANGEL, por último término derecha.

ANG. ¿Si se habrán bañado ya las de Molinete?

JULIO. Creo que no. Este lo sabrá. (Por el Bañero.) ¡Chist! ¡Bañero!

BAÑERO. Mándeme usted, señorito.

JULIO. ¿Sabe usted si se han bañado ya las de Molinete?

BAÑERO. ¡Las de Molinete!

JULIO. Sí, hombre. Dos señoritas muy guapas que se bañan todos estos días cuando nosotros.

BAÑERO. ¡Ah! ¡Sí! Dos jovensitas hermanas, y que tienen un padre...



JULIO. ¿Pues cuántos quiere usted que tengan?

BAÑERO. Digo que tienen un padre muy feo y que nunca da propina.

JULIO. ¡Justo! ¡Esas!

BAÑERO. Pues no han venido todavía.

JULIO. ¿Lo ves? Las esperaremos. Muchas gracias. Tome usted. (Buscando en los bolsillos.) Oye, primo, si tienes un pitillo, dáselo.

Ang. ¡Ahí va! Es de los emboquillados. (**Dándole un pitillo.**)

Bañero. Muchas grasias. (**Vase.**)

Julio. Vaya usted con Dios. Déjame los gemelos. Hay allí una chica preciosa.

Ang. ¡A ver! ¡A ver! (**Mira con los gemelos primer término izquierda.**)

ESCENA III

DICHOS y RICARDO, último término derecha con la sábana y traje de baño liados en un portamantas.



Ric. Pues, señor, si esto no le costara á uno

tanto dinero, sería delicioso. ¡Calle! Aquellos son Julio y Angel. ¡Eh, caballeros!

ANG. ¡Ricardo!

RIC ¡Chiquillo! (Se abrazan.)

JULIO. ¿Tú por aquí?

RIC. Hace cuatro días.

JULIO. ¡Pero, hombre, y sin vernos!

RIC. No tiene nada de particular. Como hay tanta gente. .

ANG. ¿Has venido solo?

RIC. ¡No! ¡He venido con ella!

JULIO. ¿Con ella?

ANG. ¡Ay, qué granuja! Algún arreglillo, ¿eh?

RIC. ¡No, señor! ¡Con mi novia! ¡Una señorita! ¡Es un amor por lo fino!

JULIO. ¿Sí?

RIC. ¡Ya lo creo! Luego la veréis. ¡Es encantadora!

JULIO. No sabíamos nada. ¡Como hace tanto tiempo que no nos vemos en Madrid!—El otro día le dije á mi primo: pero, hombre, ¡qué será de Ricardo! ¿Dónde se meterá?

RIC. Pues me he metido á hacer el amor.

JULIO. Y, por supuesto, ¿con buen fin, eh?

RIC. ¡Naturalmente! Es decir, el fin no sé todavía cómo será, porque estoy muy escamado.

ANG. ¿Pues qué pasa?

RIC. ¡Una friolera! Que la muchacha es una gran proporción. Los papás son muy ricos y no tienen más que esa hija.

JULIO. Pues mejor para ti.

RIC. Ya lo creo que sería mejor; pero el caso es que cuando empezó á gustarme esa chica yo creí que su padre no era más que un empleadillo del Gobierno; pero al pedirle relaciones...

JULIO. ¿Al padre?

RIC. No, hombre, á ella, me enteré de que era gente que estaba en muy buena posición; y entonces, por el temor de que me rechazaran, les dije que yo también era rico.

JULIO. ¡Bien hecho!

RIC. Que cobraba todos los años una pensión de veinte mil reales que me señaló un tío mío.

ANG. ¡Ay qué tío!

RIC. Y que había concluído mi carrera de abogado.

ANG. ¿De veras la has concluído?

RIC. ¡Quiá, hombre! ¡Si en Junio me reventaron en las cuatro asignaturas!

JULIO. ¡Es claro! Nos pasamos la vida jugando al billar.

RIC. Lo que es como me hubieran examinado de carambolas... ¡A cualquiera de los del tribunal le doy veinte para treinta!

JULIO. ¡Vaya con Ricardo! ¿Pues sabes que es un compromiso?

RIC. ¡Figúrate! Pero ya estoy resuelto.

JULIO. ¿A decir la verdad?

RIC. ¡Un demonio! ¡A casarme y á vivir sobre el país, es decir, sobre mi suegro! Bastantes sacrificios estoy haciendo por esa fami-

lia. Para salir de Madrid he tenido que empeñar toda la ropa de invierno, y probablemente para volver tendré que dejar aquí la de verano. ¡Ya no me quedan más que siete duros!

ANG. ¡Pues á probar fortuna!

RIC. ¿Eh?

ANG. ¡A la ruleta con ellos!

RIC. ¡Cómo! ¿Permiten jugar aquí?

JULIO. ¡No! No lo permiten, pero lo consienten.

ANG. Anoche me acerté yo un pleno de cinco duros.

RIC. ¿Es de veras?

ANG. ¡Mira! ¡Mira! ¡Aquí están los billetes! (Sacándolos de una cartera.) Uno, dos, tres, cuatro...

RIC. ¡Chico! ¡Qué suerte! Déjame ver uno. (Coge uno.) ¡Ay! ¡Qué hermosura de billetes! "Don Garcilaso de la Vega." ¡Qué fisonomía tan simpática tiene este buen señor!

ANG. Dame, dame.

RIC. Oye, Angelito, préstame á Garcilaso por unos días.

ANG. Lo siento mucho, pero tenemos nuestros compromisos.

RIC. ¡Anda, hombre, después que me has dejado verlo!

ANG. ¡No puede ser! (Se lo quita.)

RIC. Pero, por Dios, entre amigos...

ANG. Entre amigos con verlo basta. (Guarda la cartera.)

ESCENA IV

DICHOS, DON SECUNDINO, primer término derecha

SEC. Señores, muy buenos días.



JULIO. ¡Oh! Don Secundino, ¿qué tal desde ayer?

SEC. Perfectamente.

ANG. ¿Cómo va, don Secundino?

SEC. ¡Hombre, supriman ustedes el *don!* Llámenme, Secundino á secas. Entre compañeros... (A Ricardo.) Beso á usted la mano.

RIC. Servidor de usted.

JULIO. (Haciendo la presentación.) Don Secundino... á secas.

SEC. García, García.

RIC. Tengo mucho gusto...

JULIO. Don Ricardo del Pez.

SEC. ¡Hombre! ¡Pez, Pez! Yo he conocido algunos Peces.

RIC. Lo creo.

SEC. ¿Desciende usted acaso de los Peces de Santander?

RIC. No, señor. Mi familia es toda de tierra adentro. Somos *Peces de río.*

SEC. Pues celebro tanto ..

JULIO. El señor es uno de nuestros primeros Tenorios.

SEC. No lo crea usted; se hace lo que se puede, nada más.

JULIO. ¡Vamos! De sobra sabemos que usted es el terror de los maridos.

RIC. Sí, ¿eh?

SEC. ¡Pche! Algo... algo hay de eso.

RIC. ¿Se conocen ustedes desde Madrid?

SEC. ¡No! Nos hemos conocido aquí. Hace seis días solamente; pero ya somos muy amigos. Es la ventaja de estos baños; á la segunda vez que se ve á una persona, se la trata con entera confianza. Sobre todo yo, que tengo un carácter tan... vamos, tan comunicativo.

JULIO. Especialmente con el bello sexo.

SEC. Hombre, es natural. El sexo bello es una delicia.

JULIO. ¿Qué tal? ¿Hay alguna conquista nueva?

SEC. No sé si debo...

RIC. Cuente usted, cuente usted.

ANG. Sí, hombre; entre compañeros...

SEC. Pues sí, señor. Tengo en planta una conquista de primer orden. ¡Una mujer deliciosa!

JULIO. ¿Casada, eh?

SEC. ¡Naturalmente! Deben ustedes conocerla.

ANG. A ver, á ver...

SEC. Es una chica muy guapa que ayer habrán visto ustedes por aquí del brazo de su esposo, un señor de cierta edad, que tiene facha de militarote.

JULIO. ¡Ah, sí! ¿Uno de bigotazos?

SEC. Justo.

JULIO. ¿Grueso y mal encarado?

SEC. El mismo. Se llama don Indalecio Becerril. Miren ustedes que el apellido... ¡Becerril! Hay hombres que nacen predestinados.

JULIO. ¿Y qué, están ustedes ya de acuerdo?

SEC. Lo estaremos muy pronto. He dado el primer paso. Viven en la misma fonda que yo, en el segundo piso. Comen aparte, porque el marido debe de ser más celoso que un turco. No la deja á sol ni á sombra; pero yo le mandé esta mañana una cartita por un camarero de mi confianza. La cité para la hora del baño. Becerril se meterá en una caseta y ella en otra. Es el único momento en que la pobre se ve libre de su tirano. Así se lo digo en la carta, que es tan lacónica como expresiva. A ver si la recuerdo...

LOS TRES. A ver, á ver...

SEC. "Niña mía.„ Yo llamo siempre niñas á todas las mujeres. A las que son jóvenes no les choca, y las jamonas lo agradecen. "Niña mía: yo la amo á usted.„

JULIO. ¡Bravo!

SEC. "Su esposo es un tirano ..

ANG. ¡Bien!

SEC, "Ya que no podemos hablarnos, confiemos al papel los secretos de nuestros corazones.„

RIC. ¡Magnífico!

SEC. "Cuando usted esté sola en su caseta, tres golpecitos en la puerta será la señal de que aguarda impaciente la anhelada contestación, su apasionado adorador.—S.„

JULIO. ¿Cómo *ese*?

SEC. ¡Mi inicial! El misterio es lo más importante en estos casos.

JULIO. ¡Ay, qué pillo!

SEC. Soy un pillo de playa, ¿no es cierto?

JULIO. ¡Cuando yo te decía que era el terror de los maridos! (A Ricardo.)

RIC. Pero, diga usted: ¿con esa manera de perseguir casadas, habrá usted tenido muchos lances?

SEC. ¡Ah, ya lo creo! ¡Algunos! ¡Que lo diga, si no, esta honrosa cicatriz! (En la frente.)

RIC. Algún sablazo, ¿verdad?

SEC. ¡No! ¡No ha sido sablazo! Esto ha sido un puntapié.

RIC. ¡Un puntapié en la frente!

SEC. ¡Sí, señor! El marido ultrajado me sorpren-

dió debajo de un sofá, y allí... (**Indicando la acción de dar el puntapié.**)

RIC. ¡Ah! ¡Vamos!

SEC. Conque, señores... Hasta luego...

RIC. ¿Va usted á bañarse?

SEC. ¡Quiá! Yo no me baño.

JULIO. (¡Claro! ¡Se desteñiría!) (**Aparte á Ricardo.**)

SEC. Voy á dar una vuelta por la playa. (**Enseñando unos grandes gemelos de campaña que lleva colgados.**)

JULIO. Hasta luego, don Secundino.

SEC. Nada de *don*, hombre, nada de *don*.

ANG. Adiós, Secundino.

SEC. ¡Eso, eso!

RIC. Hasta la vista, compañero.

SEC. ¡Adiós, pollos, adiós! (**Vase por la izquierda.**)

ESCENA V

DICHOS, menos DON SECUNDINO

JULIO. ¡Pobre señor! ¡Qué pretensiones las suyas!

RIC. ¡Me parece que las conquistas que ese haga!

JULIO. ¡Si es más feo que Picio!

ANG. Y con más años que el *Tostado.*

JULIO. Que Matusalén, Angelito.

ANG. Bueno, hombre, es igual.

RIC. ¡Ah! Por allí vienen ella y los papás. (**Mirando hacia el último término derecha.**)

JULIO. ¡A ver, á ver!—Chico, ¿sabes que tienes una novia muy bonita?

RIC. ¡Ya lo creo!

JULIO. Y esa señora, ¿es la mamá?

RIC. ¡Mi futura suegra!

JULIO. Pues, chico, es una suegra que vale cualquiera cosa. ¡Qué joven! ¡Y qué guapa!

RIC. Os presentaré á toda la familia. Haced el favor de no desacreditarme, ¿eh?

JULIO. Descuida. Ya verás qué bombo te damos. (Se retiran hacia la izquierda.)

ESCENA VI

DICHOS, DON ANICETO, GERTRUDIS, PAULINA

GERT. ¡Pensar que á estas horas se estarán achicharrando en Madrid, y nosotros aquí, con este fresco tan delicioso! Desengáñate, Aniceto. No hay vida como esta. (Viendo á Ricardo.) Hola, Ricardito.

RIC. Señores...

GERT. Muy buenos días.

RIC. Estaba aquí con estos amigos.

JULIO. }
ANG. } Señoras... Caballero...

RIC. Don Julio Espinilla y su primo don Angel Espinilla también. Mis compañeros de estudios.

GERT. Muy señores míos.

ANIC. Servidor.

RIC. Don Aniceto Rodríguez, la señora de Rodríguez, y la hija de los señores de Ro-

drígüez. (Va pasando hasta quedar al lado de Paulina.)

PAUL. (¡Sí! ¡Contenta me tienes!) (Aparte á Ricardo.)

RIC. (¿Por qué?)

PAUL. (Porque no nos hemos visto en toda la mañana.)

RIC. (He venido á la Concha creyendo que ya estarías aquí.)

PAUL. (Eso no es verdad.) (Siguen hablando aparte.)

GERT. ¿Conque se conocen ustedes de la Universidad?

JULIO. Sí, señora; hace ya algunos años. Por cierto que Ricardo ha sido siempre el primero en la clase.

GERT. (Ya lo oyes.) (A Aniceto.)

JULIO. Qué inteligencia la suya, ¿verdad?

ANG. ¡Ah! ¡Notable!

JULIO. ¡Y qué constancia en el estudio!

ANG. ¡Y qué soltura de taco!

GERT. ¿De taco?

JULIO. (¡Cállate!) (A Angel.) En fin, señora, ese chico hará carrera, no lo dude usted.

ANG. ¡Vaya si la hará!

GERT. Y ustedes, ¿son jurisconsultos?

ANG. No, señora, nosotros somos primos.

JULIO. ¡Vaya, vámonos! (Saludan á Gertrudis y á don Aniceto.

PAUL. (¿De veras?) (Aparte á Ricardo.)

RIC. (Te lo juro, mujer. Mira, vamos á sentarnos allí.) (Se sientan en el banco de la caseta de descanso.)

JULIO. He tenido tanto gusto...

GERT. Beso á usted la mano.

ANIC. Vayan ustedes con Dios.

JULIO. Adios, Ricardo... Señorita...

RIC. Adios, Espinillas. (Vanse Angel y Julio último término izquierda.)

GERT. Son muy guapos chicos, ¿verdad? (A Aniceto.)

ANIC. ¡Sí, y muy listos! Sobre todo el de las patillitas. (Por Angel.) ¿Qué ha de ser abogado ese muñeco? ¡Digo, á menos que lo canonicen y sea abogado de la tontería!

GERT. ¡Jesús, hijo! No encuentras nada á tu gusto desde que salimos de Madrid. ¡No he visto un hombre más impertinente! ¿Tenemos allí la belleza de este mar?

ANIC. No, señor, ni falta que nos hace. Nos basta con el estanque del Retiro.

GERT. ¿Tenemos allí la alegría de esta playa?

ANIC. No, señor.

GERT. ¿Tenemos allí?...

ANIC. No sigas. ¿Tenemos aquí dinero?

GERT. Eso tampoco lo tenemos allí.

ANIC. Bien, pero aquí nos hace muchísima falta. Y después de todo, ¿qué hemos adelantado con este dichoso viaje? ¡Nada absolutamente! Tu único deseo fue el de sorprender á los señores de Tejadillo, demostrándoles que nosotros no éramos como los de Cascajares; y á los señores de Tejadillo, ni los encontramos en la estación de Madrid, ni parecen por San Sebastián.

GERT. Ya comprenderás que yo no tengo la culpa.

ANIC. Conforme; pero sólo nos falta ahora que mi Jefe se entere de esta excursión, y que

don Ricardito no se case con la niña, para que nuestro viaje sea redondo.

GERT. Mira, Aniceto. No te mortifiques en hacerme reflexiones, porque no tengo gana de música. Aquí, aunque te diesen la gloria, sé que no habías de quererla.

ANIC. ¡Vaya! Pues voy á serte franco. ¿Quiéres que te diga qué es lo único que me ha gustado desde que estamos en San Sebastián?

GERT. ¿Qué?

ANIC. ¡Las comidas de la fonda!

GERT. Déjame en paz. (Vase á la caseta de descanso.)

ANIC. (¡Nada! ¡No hay medio de convencerla! ¡Hablan de Cicerón y de los sabios de Grecia! A cualquiera de ellos quisiera yo verle casado con mi mujer.) (Va á la caseta de descanso.)



ESCENA VII

DICHOS y DON RUFO, INÉS y LUISA por la derecha último término. En seguida ANGEL y JULIO por la izquierda.

INÉS. Anda, papá. A ver si encontramos las mismas casetas de estos días.

LUISA. Hoy debe de estar el baño delicioso.

ANG. (¡Ah! ¡Las de Molinete!) (**Angel y Julio se acercan á saludarlas.**)

JULIO. ¡Gracias á Dios que se las ve á ustedes!

INÉS. Hola, Julio.

LUISA. Adiós, Angelito.

JULIO. Don Rufo...

RUFO. Buenos días, pollos.

JULIO. ¿Qué ha sido de ustedes anoche? Estuvimos esperándolas en la Zurriola.

INÉS. Papá se empeñó en llevarnos por la tarde á Hernani.

ANG. ¿Qué? ¿Ha habido ayer ópera por la tarde?

RUFO. ¡No, hombre! El Hernani de que habla la niña, no es la ópera, sino la famosa población.

ANG. ¡Ah! ¡Ya! ¿Y qué tal? ¿Se han divertido ustedes?

INÉS. Muchísimo; pero volvimos cansadas y nos acostamos tempranito.

RUFO. Es una excursión encantadora. Hemos visitado la tumba del célebre soldado de Carlos primero.

ANG. De Carlos séptimo, querrá usted decir.

RUFO. No, señor, de Carlos primero, el héroe de la batalla de Pavía.

ANG. ¡Ah, sí! Del general Pavía. Le conozco mucho; es visita de casa.

RUFO. (¡Pero qué bruto es este niño!)

JULIO. ¡Caramba! ¡Y qué floridas vienen ustedes!

INÉS. ¿Quiere usted un poquito de heliotropo?

JULIO. Siendo con el significado...



INÉS. ¡Qué malo es usted! (Le da un ramito.)

JULIO. ¡Aquí lo guardaré toda la vida!

INÉS. ¿Qué aroma tiene, verdad?

JULIO. ¡Ah! ¡Delicioso! No hay perfume como el del heliotropo.

LUISA. Yo prefiero el de opoponax.

ANG. Pues á mí el perfume que más me gusta es el de *cieno*.

LUISA. ¡Cómo *cieno*! El de *heno*, querrá usted decir.

ANG. ¡Justo, sí! ¡Ese!

RUFO. (¡Cuando digo que es muy bruto este niño!)

INÉS. ¿Y se han bañado ustedes ya?

JULIO. No: las estábamos esperando.

INÉS. Pues vamos en seguida.

LUISA. Anda, papá.

RUFO. A vuestras órdenes. Andando, pollos.

ANG. ¡Ya verán ustedes cómo nado! ¡Soy un pez!

RUFO. ¡Sí! (¡Un atún!) (**Vanse último término izquierda Inés, Julio, Luisa, Angel y don Rufo.**)

ESCENA VIII

DON ANICETO, GERTRUDIS, PAULINA, RICARDO y luego el BAÑERO. Al final DON SECUNDINO

— ANICETO —



ERO, vamos á ver. ¿Nosotros nos bañamos ó qué? (**Se levantan.**)

GERT. Espera, hombre. ¿No ves que el muchacho de la fonda no ha traído la ropa todavía?

PAUL. ¡Si es lo más perezoso ese chico! Lo que siento es que ésta es la mejor hora de baño.

RIC. ¿Quieren ustedes que yo vaya en un momento?

GERT. No, Ricardito, no se moleste usted.

RIC. ¡Si no es molestia, señora! En dos saltos estoy de vuelta.

PAUL. Sí, vete y dile que la traíga en seguida. ¿Lo veis? Ahora están desocupadas estas tres casetas.

GERT. Las comprometeremos (A Aniceto.) Llama al bañero y dile que os las reserve.

ANIC. ¡Bañero!

GERT. ¡No dejes de darle propina, porque aquí!...

ANIC. Sí, ya sé que aquí hay que dar propina por todo, hasta por respirar. ¡Bañero!

RIC. Pues... hasta después.

GERT. Adiós, Ricardito. Por aquí andaremos. (Vase) Ricardo primer término derecha.)

ANIC. ¡Bañero!

BAÑERO. (Presentándose.) ¿Quién me llama?

ANIC. Yo.—Haga usted el favor de reservarnos estas tres casetas.

BAÑERO. ¿Pero van ustedes á ocuparlas en seguida?

ANIC. En seguida, sí, señor.

BAÑERO. Es que como hay tanto apuro...

ANIC. Ahí va el precio de las tres. (A Gertrudis.) ¿Pagaré también la de Ricardito?

GERT. ¡Es natural!

ANIC. Esto para usted. (Dándole propina.)

BAÑERO. Está muy bien. Muchas grasias. Pueden ustedes ocuparlas cuando gusten. Voy á limpiarlas un poco. (Entra en la caseta número 13.)

GERT. ¿Lo ves? Si no hay como dar propinas para que le traten á uno con amabilidad. ¡Ea! Vamos á dar una vuelta por ahí.

ANIC. Vamos adonde quieras. (Contando el dinero.) Pues, señor, ya no nos quedan más que doscientos noventa reales. (Vanse último termino izquierda.)

SEC. (Viendo á Gertrudis y á Paulina.) ¡Carambita! ¡Pero qué mujeres tan hermosas se ven en esta playa! ¡Si hay para volverse loco! (Mirando hacia último término derecha.) ¡Ah! Allí viene mi adorado tormento. ¡Siempre del brazo de ese hombre! ¿Qué habrá dicho de mi cartita? Ella ya debe sospechar que soy yo (Enciende un puro, y fuma.)

ESCENA IX

DON SECUNDINO, el BAÑERO, BECERRIL y MARIANA, con la sábana y traje de baño en el portamantas.

BEC. ¡Nada! ¡Nada! Que estuviera esto dominado militarmente y fuese yo el gobernador de la plaza, ya verías tú cómo se acababan estos escándalos. ¡Bañero!

BAÑERO. ¡Mándeme usted! (Saliéndo de la caseta número 13.)

BEC. Una caseta para mi señora.

BAÑERO. En este momento están todas ocupadas.

BEC. Pues, hombre, me parece que esa...

BAÑERO. Como si lo estuviera. Un caballero acaba de comprometerla.

BEC. Bueno, pues avise usted cuando se desocupe alguna.

BAÑERO. Está muy bien. (Vase por la izquierda.)

BEC. Sentémonos aquí y esperaremos. (Se sientan Becerril y Mariana en la caseta de descanso.)

SEC. (Nada! ¡No mira! ¿Si no habrá recibido mi carta?

BEC. ¡Esta es otra! (Buscando en los bolsillos, después de sacar un cigarro.)

MAR. ¿Qué te pasa?

BEC. ¡Que me he venido sin fósforos! ¡Ah! ¡Vamos! Ese caballero está fumando. (Se levanta y se acerca á don Secundino, que está fumando vuelto de espaldas. Mariana lee un periódico.)

SEC. Sólo me faltaba que le hubieran dado la carta al marido, y que él supiera que era yo... ¡Me mataba ese bárbaro!)

BEC. ¿Caballero?

SEC. ¿Eh? (Volviéndose asustado.)

BEC. ¿Tiene usted la bondad?

SEC. ¡Con muchísimo gusto! (Dándole lumbre.) (Me parece que no sospecha nada. Me haré amigo suyo.)

BEC. Muchas gracias. (Devolviéndole el cigarro.)

SEC. ¿Conque... tomando el fresco, eh?

BEC. Sí, señor.

SEC. ¡Hoy está un hermoso día de baño!

BEC. ¡Sí, señor! Pero lo que pasa aquí es escandaloso. ¡Es la primera vez que vengo á San Sebastián, pero aseguro á usted que será la última! Aquí hay caballeros que se pasan el día en la playa viendo bañarse á las señoras.

SEC. Sí, sí que los hay. (Ocultando precipitadamente los gemelos de campaña.)

BEC. Los hombres honrados que tenemos en mucho nuestra dignidad y nuestro decoro, no podemos transigir con ciertas cosas.

SEC. ¡Claro que no!

BEC. Y no es sólo en la playa. Hasta en los paseos y en las fondas... ¿Querrá usted creer que esta mañana ha habido un prójimo que, sin más ni más, se atrevió á dirigir una carta amorosa á mi mujer?

SEC. (¡Malo!) Sí, ¿eh?

BEC. ¡Sí, señor! ¡Ya ve usted qué cinismo! ¡A una señora casada! ¡Yo no sé qué se figuran estos trovadores de verano! Porque estas cosas no pasan más que en el verano y en los puertos de mar. Dos años llevo de casado en Palencia, y á nadie se le ha ocurrido jamás una desvergüenza semejante. Por fortuna, yo no soy hombre que se deje engañar fácilmente, y la tal cartita ha venido á mis manos.

SEC. ¡Ya! ¿De manera que la señora?...

BEC. ¡No sabe nada!

SEC. Lo siento.

BEC. ¿Eh?

SEC. ¡Digo que siento mucho que se hayan atrevido á hacer eso!

BEC. Aquí debo tenerla. (Sacando la carta del bolsillo.) ¡Verá usted cuánta insolencia y cuánto desatino!

SEC. (¡Gracias!)

BEC. Es una declaración en toda regla. Y si al menos fuera un muchacho el que... Es de-

cir, ni aun así sería disculpable; pero el criado de la fonda me ha confesado que el autor de esta cartita es un vejete ridículo.

SEC. ¿Sí, eh? (¡Y para esto he dado un duro al camarero!)

BEC. Oiga usted. (Lee.) "Niña mía;" niña ¿eh? "Yo la amo á usted." Y vea usted cómo pone *amo*. ¡Sin hache!

SEC. (¡Qué bárbaro!)

BEC. ¡Mejor le fuera estudiar ortografía! Más abajo le pide una cita... "Cuando esté usted en su caseta, tres golpecitos en la puerta serán la señal de..." ¡No son malos golpecitos los que yo le voy dar en la cabeza con este róten! "Su apasionado adora dor, S." ¿Quién será este *ese*?

SEC. ¡Ah! ¿De manera que usted no sabe?...

BEC. ¡Quiá, hombre! ¡Pues si yo lo supiera!

SEC. (¡Me tranquilizo!)

BEC. Soy teniente de carabineros, con que figúrese usted si yo voy á permitir amores de contrabando. ¡Lo que es como dé con el atrevido, lo trituro! Créame usted. ¡Lo trituro!

SEC. Sí... sí creo que lo triturará usted.

MAR. (Desde la caseta de descanso.) ¿Indalecio?

BEC. ¿Qué se te ofrece?

MAR. Por allí creo que debe de haber casetas desocupadas. (Indica la izquierda.)

BEC. Pues vamos allá. (Dándole el brazo.) Quede usted con Dios. (Vanse Becerril y Mariana último término izquierda.)

SEC. Beso á usted la mano. Y cuidado que ella es guapa. ¡Guapísima! Pero ¡nada! ¡Desisto! Las militaras son muy peligrosas. Tendré que dedicarme á las civiles. (Vase último término derecha.)

ESCENA X

PACA y DON CIRIACO, con sus correspondientes avíos de baño por primer término derecha.

PACA. ¡Ay, Jesús! ¡Gracias á Dios que me veo en esta playa! Creí que no salíamos nunca de Madrid. Sólo á ti se te ocurre ponerte malo en el momento de emprender el viaje.

CIR. Hija mía, no tiene uno la salud en el bolsillo.

PACA. Donde tú no la tienes, es en el estómago.

CIR. ¡Naturalmente! De sobra te lo dije. Mira, Paca, no me sirvas tanta lengua, que va á hacerme daño; mira que la lengua trufada es muy fuerte; pero ¡nada! Me hiciste comer lo menos dos libras, y eso no hay estómago que lo aguante. Ya oiste lo que me dijo el médico: "La cantidad que se ha comido usted es capaz de reventar á un caballo." ¡Yo creí que me moría! Pero, en fin, gracias á Dios, ya estoy aquí tan sano y tan bueno. A mí los viajes me dan la vida. Si quieres, mañana mismo saldremos para Biarritz, ó para Arcachon, ó para... Pero mujer, ¿qué miras con tanta curiosidad?

PACA. ¡Que se me figuraba ver por allí á los de Rodríguez! (Mirando hacia la izquierda.) ¡Sí! Ellos son. Pero ¡has visto qué gente tan farsante hay en Madrid! Si Gertrudis supiera por qué casualidad nos hemos enterado de su verdadera situación...

CIR. Yo, francamente, como es una familia con la que hemos hecho amistad así, sin saber cómo, y tantas veces nos han hablado de sus rentas y de sus fincas, creí que sería cierto.

PACA. Pues ya has oído lo que nos dijo anteayer su cuñada. ¡Y de qué manera tan tonta lo hemos descubierto todo! Mira, mira á don Aniceto: ¡qué cara de aburrido tiene el pobre señor!

CIR. ¡Claro, mujer! La lesión del hígado, por la que el médico le ha recetado los baños de mar. ¡Ja, ja!

PACA. ¡Ja, ja! ¡Pues como esperen más dinero de su cuñada, ya están frescos los infelices! ¡Ja, ja!

CIR. ¡Y pensaban ir al Sardinero! ¡Ja, ja!

PACA. ¡Justo! ¡Y el año pasado, por causa de los negocios, no pudieron salir!

CIR. ¡Y ella estuvo todo el verano con una neu ralgia!

LOS DOS. ¡Ja, ja, ja!

PACA. ¡No! Pues yo no me quedo sin soltar alguna puntada á Gertrudis.

CIR. ¿Para qué? Déjalos.

PACA. No, señor; para que sepan que no tratan

con tontos... ¡Ahí vienen! Ahora verás...
(Se ocultan detrás de una caseta para presentarse de pronto.)



ESCENA XI

DICHOS, GERTRUDIS, PAULINA, DON ANICETO

GERT. Ya debe haber llegado Ricardito. ¡Vamos á ver!...

CIR. ¡Señores!...

GERT. ¡Los de Tejadillo! (Mucha alegría. Se saludan todos con cariño.) Paquita, ¿qué tal?

PACA. Muy bien. ¿Y usted, Gertrudis... niña... señor Rodríguez?...

ANIC. ¡Por aquí estamos todos!

GERT. ¡Cuánto nos alegramos de ver á ustedes! Pero ¿dónde se han metido hasta ahora?

Nosotros estamos aquí desde el jueves. Salimos de Madrid el mismo día que habían ustedes decidido su viaje; como que adelantamos el nuestro por el gusto de que viniéramos todos juntos.

PACA. Hija mía, nos ha sido imposible. Ciriaco se puso algo enfermo, y tuvimos que aplazar nuestra salida. ¡Ya sabíamos que estaban ustedes aquí!

GERT. ¿Sí? ¿Por quién?

PACA. Por las de Villegas, en cuya casa estuvimos anteayer.

GERT. ¡Cómo! ¿Y ellas sabían?...

PACA. No, ellas no sabían nada; pero al hablar de ustedes, una señora que estaba de visita, y á quien yo no conocía, nos dijo que ya habían salido ustedes para Sebastián.

GERT. ¿Dice usted que una señora?

PACA. Sí, hija, sí. Su cuñada de usted.

CIR. (¡Ya la soltó!)

GERT. (¿Eh?) ¡Ah, ya! Filomena. Pues me choca que lo supiera, ¡porque hace lo menos dos años que no nos tratamos!

PACA. ¿No? Pues ella parece que la quiere á usted mucho.

GERT. ¡Sí, es muy buena la pobre! Pero desde la muerte de mi hermano, de su marido, quedamos algo así...

PACA. ¡Por cuestión de intereses!

GERT. ¡Sí, por eso ha sido!

PACA. ¿Y qué tal, don Aniceto? ¿Cómo va ese hígado?

ANIC. ¿Qué hígado?

PACA. ¡Hombre! Su cuñada nos dijo que tenía usted no sé qué lesión...

ANIC. ¿Quién, yo? (¡Ah, ya!)

GERT. ¿De veras les dijo eso? Habrá sido una broma, porque la tal Filomena es más bromista... ¡Ah! Y á propósito, amigo Tejadillo: ¿qué indisposición ha sido esa que nos ha privado del placer de venir con usted?

PACA. Nada, hija. Una indigestión de lengua trufada.

GERT. ¿Sí, eh?

CIR. Sí, señora. ¡Como es un alimento tan fuerte!

GERT. ¡Ah! ¡Ya lo creo! No hay nada más nocivo que la lengua. Sobre todo algunas. (Con intención.)

CIR. ¡Las trufadas!

GERT. ¡Sí! ¡Esas!

PAUL. Aquí está Ricardo.

ESCENA XII

DICHOS y RICARDO.—Primer término derecha, con un gran lío de ropas de baño.

RIC. Ya estoy de vuelta (¡Húy! ¡Los Tejadillos!) Señores...

PACA. ¡Ricardito!

RIC. Perdonen ustedes que no les dé la mano, porque...

GERT. Pero, hijo, ¿por qué no lo ha traído el muchacho de la fonda?

RIC. Estaba muy ocupado, y por no hacerles esperar...

GERT. ¡Pues á bañarse!

RIC. Tomen ustedes.

PAUL. Esto es lo mío. Toma, papá. **(Dando á don Aniceto la sábana y el traje de baño.)**

PACA. **(Aparte á Ricardo, mientras don Aniceto, Gertrudis y Paulina se reparten las ropas de baño.)** ¿Conque también se ha permitido usted el lujo de venir á estos baños?

RIC. Señora, el amor...

PACA. ¡Tunante! ¡Buen negocio va usted á hacer con esa niña!

RIC. ¡Por la Virgen Santísima! Que no se enteren de que yo...

PACA. ¡Calle usted por Dios! ¡Pues si es una boda muy igual!

RIC. ¿Verdad que sí?

PACA. Para una proporción como esa, ¡es usted el único partido!

RIC. Muchas gracias, Paca. (¡Qué simpática es esta señora!)

PAUL. Ricardo, ¿vienes?

RIC. Voy. Con permiso de usted.

PACA. Ciriaco, vamos nosotros á ver si encontramos caseta. Señores...

GERT. Hasta luego, Paquita.

PACA. Adiós, Gertrudis. Rodríguez, que le aproveche á usted el baño.

ANIC. Lo mismo digo.

CIR. ¡Andando! ¡Ya tengo ganas de zambullirme en el agua!

GERT. ¡Vayan ustedes con Dios! (Vanse Paca y Ciriaco ultimo término izquierda.) (¡Ay, qué familia ¡No la puedo tragar!)

PAUL. Hasta luego, mamá. (Metiéndose en la caseta número 21.)

GERT. Adiós, niña. Ricardito, esa otra caseta para usted.

RIC. Con mucho gusto. (Metiéndose en la caseta número 17.)

GERT. Tú, métete en aquélla. (A Aniceto indicándole el número 13.)

ANIC. Está muy bien. ¡Ah! ¡Don Ricardo! ¡Don Ricardito!

RIC. (Abriendo la puerta de la caseta.) Mándeme usted.

ANIC. ¡Esa caseta está ya pagada!

RIC. Muchas gracias. (Cierra la puerta.)

GERT. ¡Pero, hombre!

ANIC. Bueno es que lo sepa. Ya que uno hace un favor, que se lo agradezcan. ¡Vaya! Vamos allá. La misma gana tengo de bañarme, que de tirarme al agua. («Número trece.» ¡Hasta esto es de mal agüero!) (Se mete en la caseta.)

ESCENA XIII

GERTRUDIS, DON JUSTO, el BAÑERO y luego PAULINA

JUSTO. (Por primer término derecha.) (Veremos si por aquí tengo más fortuna. ¡Cuidado si es difícil encontrar caseta!) ¡Bañero!

BAÑERO. Señorito...

JUSTO. ¿Me hace usted el favor de decirme si alguna de estas casetas está vacía?

BAÑERO. No, señor. Todas están tomadas.

JUSTO. ¡Corriente! Esperaré á que se desocupe alguna. Tenga usted la bondad de reservármela.

BAÑERO. Está muy bien. (Vase.)

JUSTO. Es decir, á menos que esta señora...

GERT. No, mil gracias. Yo no me baño.

JUSTO. Hace usted bien. Eso es preferible á estar esperando turno. ¡Jamás creí que hubiera tanta concurrencia!

GERT. Estos baños están siempre animadísimos. Y se comprende. La playa es encantadora, y la temperatura no puede ser más agradable.

JUSTO. Tiene usted razón. ¡Qué distinta de la de Madrid!

GERT. ¡Ah! ¿Es usted también de Madrid?

JUSTO. Sí, señora; llegué anoche y sólo pienso permanecer aquí tres ó cuatro días.

GERT. ¿Nada más?

JUSTO. Nada más. Tengo que regresar en seguida á la corte.

GERT. ¿Y piensa usted tomar únicamente tres ó cuatro baños? ¡Ah! ¡Eso es muy poco! Por Dios, ¿quién viene aquí por menos de un mes? Eso estamos nosotros todos los veranos.

JUSTO. ¿Ustedes?

GERT. Sí; mi esposo, mi niña y yo.

JUSTO. ¡Ah, ya! Ustedes podrán hacerlo, y bien sabe Dios que les envidio con toda mi alma pero yo, señora, tengo mis obligaciones. He venido á San Sebastián con una comisión del servicio. Soy empleado del Gobierno.

GERT. ¿Sí? Mi esposo también ocupa una posición oficial, un alto puesto; es decir, lo ocupa únicamente porque el Ministro puso empeño en que lo aceptara. Es un cargo que le dieron contra toda mi voluntad; porque, como afortunadamente no necesitamos depender para nada del Gobierno...

JUSTO. Sin embargo, señora, tratándose de un destino de importancia...

GERT. ¡Pues, no señor! No sabe usted el disgusto que tuve cuando Rodríguez lo aceptó.

PAUL. (Saliendo de la caseta.) ¡Mamá!

GERT. Con permiso de usted. (Va hacia Paulina.)

JUSTO. (¡Rodríguez, y en puesto elevado! ¿Quién podrá ser?)

GERT. ¿Qué te pasa?

PAUL. Que al ir á vestirme me he encontrado sin la blusa. ¡Se la han dejado en la fonda!

GERT. ¡Pues cómo ha de ser! Te bañarás mañana!

JUSTO. (¿Rodríguez? ¿Rodríguez? ¡Pues no caigo!)

GERT. Ese caballero espera caseta. Se la cederemos. (Se acerca á don Justo, que estará de espaldas.) Ya puede usted bañarse cuando guste.

JUSTO. Señora... ¡Eh! (Reconociendo á Paulina.) ¡Señorita!

PAUL. ¡Caballero! (Aturdida)

JUSTO. ¿Cómo? ¿Es usted?...

GERT. Mi hija.

JUSTO. ¡Su hija!

PAUL. (¡Ay, mamá!) (Aparte á Gertrudis.)

GERT. ¿Qué?

PAUL. (¡Que este señor es el Jefe de papá!)

GERT. (¡Dios mío de mi alma!) ¿Pero á quién se le ocurre dejarse olvidada la ropa? ¡Es un descuido imperdonable! (Hablando precipitadamente.)

JUSTO. ¿Pero, diga usted, señora: esta joven es?...

GERT. ¡Calle usted por Dios! ¡Todos los días nos sucede lo mismo! ¡No se puede con esos criados! ¡Vámonos á la fonda inmediatamente! ¡Estos olvidos me ponen nerviosa! ¡Beso á usted la mano! (¡Qué vergüenza, Dios mío!) ¡Anda, niña!

PAUL. ¿Pero y papá? (Aparte á Gertrudis.)

GERT. ¡Déjame en paz! (¡Buena la hemos hecho!) (Vanse Gertrudis y Paulina corriendo último término derecha.)

JUSTO. Pero, señor, ¿qué familia es ésta? ¡Será posible que!... ¡No! Rodríguez es incapaz de haberme engañado. Sin embargo, esa señorita... ¡Quiá! ¡No puede ser! He debido equivocarme.

ESCENA XIV

DON JUSTO, BECERRIL, MARIANA y el BAÑERO

BEC. ¿Hay ó no hay caseta?
BAÑERO. Sí, señor; aquí tiene usted una. (La número 21.)
JUSTO. (¡Sea lo que quiera, voy á ver si me baño!)
(Se dirige á la caseta que dejó Paulina.)



BEC. Perdone usted. Esta caseta está tomada.
JUSTO. ¿Cómo es eso?
BEC. Es para esta señora.
JUSTO. ¡Ah! Usted dispense. Siendo para la se-



ñora... (¡Nada! Que no voy á encontrar dónde meterme. Pero, hombre, ¿qué Rodríguez será ése?) (Vase primer término derecha.)

ESCENA XV

BECERRIL, MARIANA, BAÑERO, luego DON ANICETO, más tarde RICARDO

MAR. ¿De veras insistes en no bañarte hoy?

BEC. ¡Sí! ¡Hoy no me baño! Tengo mis razones.

MAR. Bueno; pues en seguida estoy. (Se mete en la caseta.)

BAÑERO. ¿La señorita necesita bañero?

BEC. ¡No, señor! Bañera.

BAÑERO. Está bien. Llamaré á una. ¡Antoña! ¡Antoña! (Vase izquierda.)

BEC. Yo no me separo de aquí. Hay que estar con mucho ojo. ¡A ver si se atreve á venir ahora el de la cartita! ¡Lo divido! ¡Vaya si lo divido! (Se oculta detrás de la caseta.)

ANIC. (Saliendo de la caseta en traje de baño, cubierto con la sábana.) (¡Pues, señor, vamos allá! ¡Y que un hombre de mi formalidad se atreva á presentarse en público con este trajecito! ¡Cuidado que está uno hecho un mamarracho! Paulina no ha debido salir todavía...) (Se dirige á la caseta donde está Mariana.)

BEC. (¡Calle! ¡Ese tipo!...)

ANIC. (¿Por dónde andará mi mujer? ¡No la veo!)

BEC. (¡Mira con recelo á todas partes! ¿Si será?...) (Aniceto da unos golpecitos en la puerta de la caseta.) ¿Eh?

ANIC. ¡Niña, aquí estoy ya!

BEC. ¡Caballero! (Sorprendiéndole.)

ANIC. ¿Eh? Servidor de usted.

BEC. ¿Qué hace usted aquí?

ANIC. Pues llamar á mi niña.

BEC. A su niña, ¿eh? Yo le daré á usted las niñerías!

ANIC. ¡Pero, caballero!

BEC. ¡Insolente! ¡Quítese usted de mi vista, ó le divido de un garrotazo!

ANIC. ¡Pero, hombre, no sea usted bruto!

BEC. Conque bruto, ¿eh? ¡Ahora verá usted! (Enarbolando el bastón.)

ANIC. ¡Caracoles! ¡Está loco! (Vase corriendo primer término izquierda.)

BEC. ¡No! ¡Si no se me escapará usted! ¡Cuando salga del baño nos veremos las caras! (Amenazándole con el bastón.) ¡Habráse visto cinismo igual! ¡Atreverse delante de mí! ¡En mis barbas! (Se pasea furioso por la escena.)

RIC. (Saliendo de la caseta envuelto en la sábana.) Se me ha figurado oir á don Aniceto. ¡No! ¡Pues no está! ¿Si habrá salido ya Paulina? (Se dirige á la caseta de Mariana.) ¡Paulinita! (Llamando.)

MAR. (Abriendo la puerta.) ¡Indalecio! ¡Ay! (Da un grito sorprendida al ver á Ricardo.)

RIC. ¡Ay! Usted dispense... (Mariana cierra la puerta.)

BEC. ¡Cómo! ¿También éste? ¿Qué busca usted ahí?

RIC. No... nada... caballero, usted perdone... Creí que...

BEC. ¡Quítese usted de delante! (Levantando el bastón.)

RIC. Ya... ya me quito... (Pero, señor, ¿qué será de Paulina?) (Vase primer término izquierda.)

BEC. ¡El demonio del muñeco! (Llama en la caseta de Mariana.) ¡Mariana! ¡Mariana!

MAR. (Dentro.) ¿Qué?

BEC. ¿Estás ya?

MAR. Sí, ya estoy. (Saliendo en traje de baño, cubierta con una larga capa de hule.) ¿Con quién reñías hace un momento?

BEC. Con nadie, no reñía con nadie.

MAR. ¡Ah, vamos! Creí que reñías con ese...

BEC. ¿Cómo *ese*? ¿Luego tú sabías ya?... (Furioso.)

MAR. Pero, ¡por Dios, Indalecio! ¡No te pongas así! Pregunto si reñías con ese señorito.

BEC. ¡No, no era con ese! ¡Era con otro! (¡No sé por qué se me figura!...)

ESCENA XVI

BECERRIL, MARIANA, BAÑERO, BAÑERA, luego DON ANICETO

BAÑERO. Aquí tienen ustedes á la Antoña. (A la Bañera en vascuence.) ¿Non egon du sera?

BAÑERA. Ocupataba negon señora bachu bequin.

BAÑERO. Esan di sut emen egoteco. (Incomodado.)

BAÑERA. ¡Esai te sela incomodatu guisona. Es iruqui ó rembeste fuero!

BAÑERO. Isillic saure bestela, mas allecobat eran mangot de su. (Amenazándola.)

BEC. ¡Hablen ustedes en castellano! ¡Que nos entendamos todos!

MAR. ¡Pero hombre!...



BEC. Acompáñela usted. (A la Bañera.)

BAÑERO. (¡Guison demoniñúa!) (Vase izquierda último término.)

BAÑERA. Vamos, señorita. Hoy el agua está muy *templado*. Hasia allí que está muy concurrido. (Indica primer término izquierda.)

BEC. ¡No señor! ¡Por ahí no! Vayan ustedes por allí, que no hay nadie. (Ultimo término izquierda.)

BAÑERA. Bueno, señor, vamos.

MAR. (¡Jesús, qué hombre! ¡Qué paciencia necesito!)

BEC. ¡Y que el baño sea corto! ¡Ya lo sabes! (Vanse Mariana y la Bañera último término izquierda. Becerril se pasea por la escena.)

ANIC. (Que sale del baño) (Yo no aguanto más: ¡estoy ya como un carámbano! (Viendo á Becerril.) ¡Caracoles! ¡Ese hombre ahí todavía!) (Echa á correr primer término izquierda.)

BEC. ¿Si la cita de la carta obedecería á algún plan convenido? ¡Yo ya no me fío de nadie, ni de mi mujer! Pero, ¡lo que es conmigo no se juega! Registraré minuciosamente... (Entra en la caseta de Mariana.)

ESCENA XVII

PACA, DON CIRIACO, por la izquierda último término, en traje de baño. Ella cubierta con una larga capa de hule. Él con una sábana. Luego BECERRIL. Después DON ANICETO.

CIR. ¡Andando! El agua es mi elemento. (Canta.)

"Al ver en la inmensa
llanura del mar."

PACA. ¡Calla, hombre, no llames la atención!

CIR. ¡Chica, á mí estos aires de zarzuela y estos aires marinos me vuelven loco! ¡Ea, ea! Al agua, patos. (Canta.)

"Las aves marinas
con rumbo hacia acá."

(Vanse Paca y Don Ciriaco primer término izquierda.)

BEC. (Saliendo de la caseta.) No: aquí no hay nada.

Pero, sin embargo, no estoy tranquilo. Aquella caseta es la de él. (La caseta número 13.) ¡Si yo pudiera!... ¡Sí, ahora que no mira! ¡Lo que es como encuentre aquí algo sospechoso, lo decomiso! (Entra en la caseta de don Aniceto.)

CIR. ¡Bañero! (Con la capa de Paca.—Canta.)

"Siguiendo envidioso
su vuelo fugaz..."

¡Bañero! ¿Dónde dejo yo esta capa? (Canta.)

"Suspiros del alma..."

Pero, bañero! (Canta.)

"Mandaba á su hogar."

(Vase último término izquierda.)

ANIC. No, ahora no está. ¡Gracias á Dios! ¡Canario con el hombre! ¡Si está loco, que lo encierren ó que lo traigan á la playa con camisa de fuerza! ¡Achís! (Estornuda.) ¡Claro, ya lo he pillado! ¡Y todo por ese bárbaro! (Al abrir la puerta de la caseta.) ¡Dios mío, él! (Huye por el primer término izquierda.) Pero, señor, ¿me voy á pasar el día en el agua?

BEC. (Saliendo de la caseta.) Tampoco aquí. ¡Ni un papel, ni una tarjeta, nada! ¡Y esa chica sin salir del baño todavía! (Desde el foro izquierda.) ¡Mariana, Mariana! ¡Vamos, mujer! (Baja y se pasea por la escena.) ¡Dichosos baños de mar! ¡Yo te aseguro que no volverás á tomarlos en tu vida!

ANIC. (Cubierto con la capa de hule de Paca.) ¡Achís! (Estornuda.)

BEC. Dios le ayude á usted. (Vase último término izquierda.)

ANIC. ¡No me ha conocido, no me ha conocido! ¡Bendita sea la Paca de doña capa, digo la capa de doña Paca! ¡Gracias á Dios que me veo aquí! (Se mete en la caseta y cierra la puerta.)

ESCENA XVIII

EL BAÑERO, que habrá entrado en escena momentos antes; GERTRUDIS y PAULINA por la derecha primer término. Luego RICARDO. Más tarde DON ANICETO.

GERT. ¡Calla, por Dios! Ahora veremos si se ha marchado. ¡Bañero!

BAÑERO. ¡Señora!

GERT. ¿Sabe usted si el caballero del número 13 se ha bañado ya?

BAÑERO. Me parese que ha entrado en la caseta ahora mismo.

GERT. Gracias. (Va á la caseta.) ¡Aniceto, Aniceto!

ANIC. (Dentro.) ¿Qué?

GERT. Acaba pronto, que estamos esperándote. (Baja.)

PAUL. Ahora sale Ricardo.

RIC. (Envuelto en la sábana y tiritando.) Señoras... ¿Ustedes aquí? ¿Cómo no te has bañado?

PAUL. Porque me has dejado la blusa en la fonda.

RIC. ¿Sí? ¡Cuanto lo siento! Está el agua tan deliciosa...

GERT. Algo fría, ¿eh?

RIC. ¡Muy ca... ca... caliente! ¡Lo mismo que el ca... ca... caldo! (Dando diente con diente.)

GERT. Pero, criatura, que está usted tiritando; vístase usted.

RIC. Hasta luego, ¿eh?

PAUL. Sí, hasta luego.

RIC. ¡Qué saludables son estos baños de ola! (Se mete en su caseta.)

GERT. Si tu padre supiera lo del Jefe, se pondría furioso, y con razón.

PAUL. Descuida, que yo no le diré ni una palabra.

ANIC. Ya estoy. (Saliendo de la caseta á medio vestir.) Vámonos á la fonda en seguida.

GERT. Pero, ¡Aniceto!

PAUL. Papá, ¡por Dios!

ANIC. Dejadme ahora. Ya me vestiré luego. ¡A casa! Aquí estoy expuesto á que me den una paliza.

GERT.
PAUL. ¿Eh?

ANIC. ¡Vamos, mujer, vamos!

BEC. ¡Mariana, anda, mujer! (Dentro.)

ANIC. ¡Cielos, la voz del loco!

GERT. ¿Qué loco?

ANIC. ¡A escape! ¡A casa! (Se dirigen primer término derecha.)

ESCENA ÚLTIMA

DICHOS, DON JUSTO, por la derecha primer término. BAÑERO. DON CIRIACO

JUSTO. Veremos si ahora... (Al ver á don Aniceto.) ¡Eh!

ANIC. ¡María Santísima! ¡El Jefe!

GERT. ¡Dios mío de mi alma! (Vanse corriendo, último término derecha, don Aniceto, Gertrudis y Paulina.)

RIC. (Desde la caseta.) ¡Espérenme ustedes!

CIR. ¡Eh, don Aniceto! La capa, hombre, la capa!

JUSTO. ¿Y era éste el empleado de elevada posición? ¡Pobre Rodríguez!

(Telón rápido.)

FIN DEL ACTO SEGUNDO

ACTO TERCERO

Habitación de una fonda en San Sebastián. Puerta al foro. Un biombo dispuesto en ángulo recto, y que arranca desde la izquierda de la puerta del foro, hasta el primer término del mismo lado, donde estará la entrada del dormitorio que limita esta división. Tres camas, dos á la derecha y otra detrás del biombo.—Un lavabo con espejo, primer término izquierda. Dos perchas.—Dos sillas.—Un baul mundo abierto y arrimado á la cara anterior del biombo. Una mesita de noche entre las dos camas de la derecha.



ESCENA PRIMERA

GERTRUDIS y PAULINA

PAUL. ¿Pero de veras insistes en que nos marchemos hoy?

GERT. (Guardando la ropa en el mundo.) Sí, hija, sí. Después del desdichado encuentro de esta mañana, no podemos permanecer aquí ni un día más. ¡Y gracias á que el Jefe se me figura que no ha visto á tu papá!

PAUL. Pues yo creo que sí le ha visto.

GERT. Yo también lo creo; pero no nos conviene decirlo. Aniceto está que no le llega la camisa al cuerpo. ¡Jesús, qué dichoso viaje! ¿Por qué se nos habrá ocurrido salir de Madrid? — Ve dándome toda esa ropa. (Paulina va descolgando de las perchas algunos vestidos, que colocará sobre la silla de la izquierda, mientras Gertrudis hace el equipaje.)

PAUL. ¿Pero qué es de papá, que tarda tanto en volver?

GERT. Ha ido á la estación telegráfica á ver si por casualidad está detenida allí la contestación al parte que puse esta mañana á tu tía Filomena. Como en el correo de hoy no recibamos ese dinero, no sé de qué modo nos las vamos á arreglar.—¡Ah! No te olvides de avisar á Ricardito. El pobre no sabe que hemos decidido regresar á Madrid inmediatamente.

PAUL. Ahora mismo voy á ponerle cuatro letras. Pero, señor, ¿dónde estará el recado de escribir?

GERT. Se lo habrán llevado á otra habitación. Por lo visto, en esta fonda no tienen más que un tintero para todos los huéspedes, y somos cuarenta. En la mesa de noche debe de estar el lapicero de papá, y el papel y los sobres en la caja de mi capota. (Las cajas de las capotas estarán sobre la silla de la derecha.) ¡Anda, mujer, anda! Date prisa..

PAUL. Voy, voy. (¡Jesús qué nerviosa está hoy mamá!) Vamos, aquí está todo. ¿Y qué le digo?

GERT. ¿Pues qué has de decirle? Que nos marchamos esta misma noche en el exprés.

PAUL. Está muy bien. ¡Ay, qué fonda esta! No tiene una ni donde escribir una carta. Bueno, aquí mismo. (Escribe sobre la mesa de noche.) "Querido Ricardo: los papás han decidido que nos marchemos esta misma noche en el exprés. Supongo que nos acompañarás. Date por avisado." ¿Avisado se pone con b ó con v?

GERT. Con lo que te dé la gana. ¡Qué preguntas tienes!

PAUL. En la duda, lo pondré con b. "Abisado." "Tuya siempre, Paulina." "Postdata: Perdona las faltas de ortografía, porque te escribo con lápiz." ¡Ajajá! ¡Ya está! (Tira del cordón de la campanilla. Pone el sobre.) "Para don Ricardo del Pez. Fonda de la Estrella."

¡Ay, qué lástima! ¡Qué torcido me ha salido este sobre!

GERT. ¡No te importe! Más torcido nos ha salido el viaje.

ESCENA II

DICHOS y el CAMARERO

CAM. ¿Llamaban las señoras?

PAUL. ¡Sí! Que lleven en seguida esta carta á la fonda de la Estrella.

CAM. Está muy bien. (Medio mutis.)

GERT. ¡Ah! Oiga usted.

CAM. Señora...

GERT. Pida usted la cuenta. Esta noche nos marchamos.

CAM. ¡Tan pronto ya!

GERT. ¡Sí, señor; tan pronto!

CAM. Lo siento mucho. (Medio mutis.)

GERT. ¡Ah! Diga usted.

CAM. Señora...

GERT. ¿Ha venido ya el correo?

CAM. Según. ¿De dónde esperaban ustedes carta?

GERT. Hombre, ¿y á usted qué le importa?

CAM. Perdone usted, señora. Pregunto si la esperan de Francia, porque ese correo no se reparte hasta por la noche.

GERT. No, no es de Francia; es de Madrid de donde yo la espero.

CAM. Pues la correspondencia de Madrid se ha repartido hace dos horas.

GERT. ¿Sí? ¿Y no había nada para nosotros?

CAM. No, señora; ni una carta siquiera.

GERT. Bueno, pues que lleven esa en seguida.

CAM. Con su permiso. (Vase.)

ESCENA III

GERTRUDIS, PAULINA, luego don ANICETO. **Más tarde** el CAMARERO

GERT. ¡Sólo nos faltaba ahora que la tal cuñadita hiciese una de las suyas! ¡Qué compromiso, Dios mío! Sin dinero no podemos marcharnos. ¡Por Dios, hija, quítate de en medio! ¡Ay, qué maldita habitación! ¡No puede una revolverse!

PAUL. (¡Ay, pero cómo está!)

ANIC. ¡Ya estoy de vuelta! (Entra jadeante.)

GERT. ¿Ha habido contestación?

ANIC. Mujer, déjame tomar aliento. He venido á escape (Va á sentarse en la silla de la izquierda.)

GERT. No, no te sientes ahí, que vas á chafar los vestidos.

ANIC. ¡Ah! Dispensa. (Se dirige á la otra silla, donde estarán las cajas de los sombreros.)

GERT. ¡No! ¡Ahí tampoco!

ANIC. Bueno, mujer, bueno.

GERT. Pero ¿en qué quedamos? ¿Ha habido ó no habido contestación?

ANIC. Sí, señor. ¡La ha habido!

GERT. A ver, á ver. El parte que yo le puse no

podía ser más expresivo: "Continúa dolencia; urge dinero; espero impaciente."

ANIC. ¿Sí, eh? Pues oye la respuesta. (*Lee.*) "Farsa conocida. Dinero imposible. Espera sentada."

GERT. ¡Oh, qué villanía! ¡Esa es una contestación que no tiene nombre!

ANIC. ¡Sí que lo tiene! "Filomena" ¡Aquí está bien claro!

GERT. ¡La única solución que nos quedaba! ¿Y qué vamos á hacer ahora?

ANIC. ¿Qué? ¡Fastidiarnos!

GERT. ¡Pero, hombre! ¡Por la Virgen Santísima! ¿Y lo tomas así con esa calma?

PAUL. Tiene razón mamá; me parece que la cosa es para apurarse.

ANIC. ¡Pues, no, señor! ¡Yo estoy curado de espantos! ¿No queríais salir de Madrid? ¡Aquí tenéis ahora las consecuencias! ¿No estábáis diciendo siempre que aquella temperatura era insoportable y que aquí estaríamos mucho más frescos? ¡Pues ya estamos frescos!

GERT. ¡Ay! ¡Bendito San Sebastián!...

ANIC. ¡No! Si el verdadero San Sebastián, el mártir, lo soy yo. ¡Bueno se habrá puesto el Jefe al encontrarse conmigo en la playa!

GERT. Afortunadamente creo que no te ha visto

ANIC. No, ¿eh? ¡Apenas!

GERT. ¡No, señor! De haberte visto, te hubiera llamado.

ANIC. ¡Sí! ¡Pillo! ¡Eso es lo que me habrá llamado! No te quepa duda.

GERT. ¡Pero, Dios mío! ¿De dónde vamos á sacar el dinero para pagar la fonda y los billetes de vuelta?

ANIC. Pues, hija mía, no lo sé. Como no quieras que se lo pidamos á los de Tejadillo...

GERT. ¡No! ¡Eso no! Sería tanto como confesarles la verdad de nuestra situación.

ANIC. Este es el resultado de tu maldita costumbre de mentir.

GERT. ¡Aniceto!

ANIC. ¡De tus ridículas farsas, sí señor!

GERT. Creo que no es ésta la ocasión más oportuna para ese género de reflexiones, sino para que pensemos en el modo de salir de la apurada situación en que nos encontramos.

ANIC. Eso, piénsalo tú; mejor dicho, vosotras, ya que vuestra es la culpa de todo lo que nos sucede.

GERT. Sí, ¿eh? Pues ya que tomas el asunto con tanta indiferencia, es necesario que tengas entendido que el único responsable de lo que nos pasa eres tú.

ANIC. ¡Yo!

GERT. ¡Sí, señor, tú! Si hubieras tenido carácter y no nos hubieses dejado salir de Madrid, no nos veríamos ahora como nos vemos.

ANIC. ¡Pero, mujer!

GERT. Este es el resultado de tus condescendencias y de tus debilidades.

PAUL. ¡Mamá, por Dios!

GERT. Pero, no importa... No hay necesidad de que tú te molestes en lo más mínimo. Yo sabré vencer sola todos los obstáculos. Lo que sí quiero que conste, y por eso lo repito, es que el único responsable de lo que pueda ocurrirnos, eres tú, tú, y sólo tú.

ANIC. ¡Pero, mujer!

GERT. ¡Sí, señor! ¡Tú!

ESCENA IV

DICHOS.—RICARDO

RIC. ¿Se puede?

GERT. (¡Ay! ¡Ricardo!) Pase usted adelante.

RIC. Si acaso molesto...

GERT. No, de ninguna manera.

RIC. Creí que discutían ustedes.

GERT. No, no era discusión. Le estaba contando á Aniceto una reyerta que tuvo esta mañana la vecina del cuarto de al lado con su marido.

RIC. ¡Ah! ¡Ya!

ANIC. ¿Y qué contestó él?

GERT. ¿Quién?

ANIC. El marido.

GERT. ¡Pues, nada! ¡Se calló!

ANIC. ¡Es claro! Hay cosas á las que no sabe uno qué contestar.

PAUL. ¿Has recibido mi carta? (A Ricardo.)

RIC. En este momento. Por eso he venido en seguida.

GERT. Pero, siéntese usted, Ricardito.

RIC. Gracias, señora. (Buscando una silla desocupada.) (¿Dónde querrán que me siente?)

GERT. ¡Ah! Es verdad que no hay silla. Pero, niña, por Dios, recoge esos vestidos. (Paulina coloca los vestidos sobre la cama de la izquierda.) Hijo, perdone usted; pero en estas fondas parece que le tienen á uno por compromiso.

RIC. Pues ustedes no pueden quejarse. ¡Esta es una gran habitación! ¡Si vieran ustedes la mía!... Duermo en el último piso, con las criadas.

GERT. Pero, hombre...

RIC. No; quiero decir que me han dado la alcoba que en época normal ocupa la cocinera de la casa. ¡Pobrecilla! ¡La compadezco! Es un cuartito muy chiquito y muy oscurito, con vistas al *jardín*, es decir...

ANIC. ¡Ya!

RIC. No tengo más silla que mi maleta, y me paso las noches haciendo equilibrios, porque á una de las patas de la cama le falta lo menos cuarta y media para llegar al suelo.

GERT. ¡Qué atrocidad! Pues ande usted, que, en cambio, ya le cobrarán bien caro el hospedaje.

RIC. (Eso de que me lo cobren, me parece un poquito difícil.)

GERT. Ya sabrá usted, por la carta de Paulina, que esta noche, *probablemente*, saldremos para Madrid.

RIC. Sí, señora; ya lo sé.

GERT. La noticia le habrá cogido á usted de sorpresa.

RIC. (¡Lo que me ha cogido es sin dinero!)

GERT. Rodríguez acaba de recibir un telegrama de su agente de negocios, diciéndole que es urgente su presencia en Madrid, para no sé qué asuntos graves de la Bolsa, y no tenemos más remedio que marchar en seguida.

RIC. Lo comprendo.

ANIC. (¡Vamos! ¡Esta mujer es incorregible!)

PAUL. Anda. Toma asiento. (A Ricardo, ofreciéndole la silla.)

RIC. No; la silla para ti, yo me sentaré en cualquiera parte. Aquí, encima del baúl. (Se sientan: Paulina en la silla y Ricardo sobre el baúl, que estará abierto, primer término izquierda. Hablan aparte. Don Aniceto y Gertrudis se sientan sobre la primera cama de la derecha.)

ANIC. (Aparte á Gertrudis.) Pero, mujer, ¿es posible que en estas circunstancias hables todavía de mis negocios bursátiles?

GERT. ¡Naturalmente! Como que preparo el terreno. En cuanto lleguemos á Madrid le suelto el toro.

ANIC. ¿Cómo el toro?

GERT. ¡Sí, señor! Haré que formalice sus relaciones con la niña, y á la primera oscilación que tenga la Bolsa... ¡zás!

ANIC. ¿Qué?

GERT. ¡Has quebrado! Veremos si el chico se atreve entonces á retirarme su palabra.

ANIC. ¡Está visto que contigo no se puede! (Siguen hablando.)

PAUL. (Aparte á Ricardo.) Sí, señor. ¡Me tienes muy incomodada!

RIC. Pero... ¿por qué? ¡Si yo te quiero más que á mi vida!

PAUL. Hoy te encuentro así... muy preocupado, y eso me prueba que debes...

RIC. ¿Eh?

PAUL. Que debes de tener otro amor por ahí, y no quieres volver con nosotros.

RIC. ¿Que yo no quiero?...

PAUL. No, señor, no.

RIC. ¡Calla, tonta! ¡Si lo que á mí me preocupa es el no poder pagar .. las muchísimas atenciones que os debo!

PAUL. Pues con que me des tu cariño, me considero sobradamente pagada.

RIC. Sí, ¿eh? (¡Ay, si yo pudiera pagar en la misma moneda al dueño de la fonda!...)

ESCENA V

DICHOS y el CAMARERO

CAM. (Desde la puerta del foro.) ¿Dan ustedes su permiso?

ANIC. ¿Qué es eso?

CAM. La cuenta que antes me ha pedido la señora.

GERT. Venga. (Se la da.)

ANIC. A ver, á ver...

GERT. ¡Qué atrocidad! (Leyendo.) "Por habitación,



servicio y comida, durante quince días, á ciento veinte reales...„

ANIC. ¿Cómo quince días? ¡Si no hace más que cinco que estamos aquí!

CAM. La señora ha comprometido la habitación por una quincena, á razón de dos duros cada uno.

GERT. Porque creíamos poder estar aquí todo ese tiempo.

CAM. Eso no es cuenta nuestra.

GERT. Pero como hoy tenemos precisión de marchar...

CAM. Eso es cuenta de ustedes.

ANIC. ¡Ya! Pero estos precios...

CAM. Son los de tarifa.

ANIC. Es que esto ya no es Tarifa. ¡Esto es Ceuta! (Siguen hablando.)

RIC. ¡Anda! ¡Un beso nada más! (Aparte á Paulina, cogiéndole una mano.)

PAUL. ¡No! ¡Por Dios!

GERT. (Al Camarero.) Retírese usted. Ya nos arreglaremos con la señora de la casa. (Vase el Camarero.)

RIC. Ahora que no miran. (Al volverse para besar la mano de Paulina, se rompe la bandeja del mundo y se hunde Ricardo.)

PAUL. ¡Ay!

ANIC. ¿Eh?

GERT. ¿Qué es eso?

ANIC. ¡Don Ricardo!

RIC. No... No es nada... Es que... (Le ayudan á salir del baul.) (¡Caracoles!)

GERT. ¿Se ha hecho usted daño?

RIC. No... no, señora... El susto nada más.

GERT. Esto es que se ha roto la bandeja.

RIC. (Lo que me parece que se ha roto es alguna costilla.) ¡No te rías! (A Paulina.)

PAUL ¡No puedo remediarlo! ¡Si ha sido una caída tan... tan inesperada! ¡Pero te ha estado bien empleado! ¡Anda! ¡Por atrevido! (Siguen hablando.)

ANIC. (Leyendo la cuenta.) ¡Mil ochocientos reales! Es

decir, mes y medio de paga. ¡Chica, yo no puedo pasar por esto!

GERT. Ni yo tampoco. Más de cinco días no los pago, aunque lo mande el gobernador de la provincia.

ANIC. Pero... ¿y con qué vas á pagar, aunque solo sean esos cinco días?

GERT. No, no es eso solo. También necesitamos dinero para el viaje. Pero... ¡Ah! ¡Qué idea!

ANIC. ¿Qué?

GERT. ¡Ya sé á quién se lo vamos á pedir!

ANIC. ¿A quién?

GERT. ¡A Ricardito!

ANIC. Pero, mujer, ¿tú crees que él?...

GERT. Yo supongo que no habrá venido solamente con lo preciso. Con mil quinientos reales tenemos bastante. Ya ves que no se trata de ninguna cantidad exagerada. Mil quinientos reales los tiene cualquiera.

ANIC. Cualquiera, menos nosotros.

GERT. Tú te encargarás de pedírselos.

ANIC. ¿Quién? ¿Yo?

GERT. ¡Sí, señor! ¡Tú!

ANIC. ¿Pues no decías antes?...

GERT. No me parece decoroso que yo sea la que... Eso es más natural en ti... Después de todo, se trata de una persona que es casi de la familia, que será muy pronto nuestro yerno.

ANIC. Pues por lo mismo. Para asuntos de esta clase, la suegra es la más á propósito.

GERT. ¡Mira, Aniceto! ¡Tengamos la fiesta en paz!

No me vengas con evasivas, porque estoy muy nerviosa.

ANIC. Bueno, bueno. Está bien. No te sulfures. Yo se lo pediré; pero ¿cómo le digo que?...

GERT. ¡Pues es muy sencillo! Le dices que has recibido una letra de Madrid contra una de las principales casas de San Sebastián; pero que han cometido la torpeza de ponerla á quince días vista, y te es imposible esperar el vencimiento, en vista del telegrama que exige tu inmediata presencia en la corte.



ANIC. Vamos. ¡Eso no está mal pensado!

GERT. (Os dejaremos solos. Saldré con Paulina á dar unas vueltas por ahí.) ¡Niña!

PAUL. ¡Mamá!

GERT. Con permiso de Ricardito, vamos á salir un momento á hacer unas compras.

PAUL. Como gustes, mamá. Voy á ponerme el sombrero. (Entra en el biombo.)

GERT. ¿Conque esta noche á Madrid? ¿Supongo que usted nos acompañará? (A Ricardo.)

RIC. Sí, señora, sí.

GERT. (Poniéndose el sombrero.) Me alegro muchísimo.

RIC. (No hay remedio. Yo le pido dinero á don Aniceto.)

PAUL. Cuando gustes, mamá.

GERT. Pues vamos.

RIC. Vamos.

GERT. No. ¡Si volveremos en seguida! Espérenos usted aquí con Aniceto. Ustedes tendrán que hablar...

RIC. Con mucho gusto. (¡Ni que me hubieran conocido la intención!)

PAUL. Hasta luego, papá.

ANIC. Adiós, niña.

GERT. (A Aniceto.) (Si ves que puedes sacarle dos mil reales, no le pidas mil quinientos.) Ricardito, hasta después.

RIC. Vayan ustedes con Dios. (Vanse Gertrudis y Paulina.)

ESCENA VI

DON ANICETO y RICARDO

ANIC. (¡Pero de qué comisiones me encarga mi señora!)

RIC. (¡No sé si me atreveré!)

ANIC. Siéntese usted, don Ricardo. Mejor dicho, sentémonos. (Quita las cajas de los sombreros y se sienta.)

RIC. Bueno, nos sentaremos. (Se dirige á coger la silla.)

ANIC. No. ¡En el baúl no!

RIC. Iba por la silla. (Coge la silla en que se había sentado Paulina.)

ANIC. ¡Ah! ¡Ya! (Se sientan los dos. Pausa corta.) Conque, ¿qué tal, cómo vamos?

RIC. Bien, gracias, ¿y usted?

ANIC. Bien, gracias. (Pausa.) (¡Pero, señor! ¡Si yo no sirvo para estas farsas!)

RIC. (¿Qué inventaré para que no sospechen?)

ANIC. ¿Quiere usted un pitillo?

RIC. Bueno, venga.

ANIC. Son de á treinta y cinco.

RIC. Yo fumo siempre de la Madrileña. (Don Aniceto enciende su pitillo.)

ANIC. ¿Un fosforito?

RIC. No. Antes usted.

ANIC. No. ¡Si yo ya he encendido!

RIC. Gracias. (Enciende su pitillo. Pausa.)

ANIC. ¿Conque... conque... conque usted siempre de la Madrileña?

RIC. Sí, señor. La costumbre.

ANIC. Claro; cuando uno tiene la costumbre de las madrileñas... digo, de la Madrileña... (¡Nada! No voy á encontrar la manera.)

RIC. (¡Sí! Esta idea me parece la mejor.) (Pausa.)

ANIC. Y... ¿qué tal?... ¿cómo vamos?

RIC. Bien, gracias, ¿y usted?

ANIC. Bien, gracias. (Pausa.) Conque de salud bien, ¿eh?

RIC. Sí, señor. Muy bien.

ANIC. (¡Nada! No hay remedio.) ¿Y cómo está usted de fondos? (Ya me tiro á fondo.)

RIC. ¿De fondos?

ANIC. Sí. ¡De dinero!

RIC. ¡Pues... muy bien!

ANIC. (¡Me alegro!)

RIC. Es decir... estoy bien, y estoy mal.



ANIC. ¿Eh?

RIC. (¡Sí! ¡Esto es lo mejor!) Esta mañana he recibido una letra de mi apoderado

ANIC. (¡Magnífico!)

RIC. Como deseo marchar con ustedes, he ido á cobrarla hace un momento...

ANIC. (¡Nos hemos salvado!)

RIC. Y me encontré con que la letra viene á ocho días vista.

ANIC. ¿Eh?

RIC. Y se niegan á hacerla efectiva antes del vencimiento.

ANIC. (¡Caracoles!)

RIC. Por eso deseaba que ustedes me hicieran el favor de adelantarme...

ANIC. ¡Nosotros!

RIC. ¡Sí, señor!

ANIC. ¡Pero, hombre, si á nosotros nos sucede lo mismo que á usted!

RIC. ¿Eh?

ANIC. ¡Que necesitamos dinero!

RIC. ¿Acaso otra letra?

ANIC. ¡Justo! ¡Una letra á quince días vista!

RIC. Hombre, ¡qué casualidad!

ANIC. ¡Sí que lo es! (¡Estamos aviados!)

RIC. (¡Qué lástima! ¡Qué buena idea se me había ocurrido!)

ANIC. (¡Pero qué talento tiene mi mujer! ¡Se le ha ido á ocurrir lo mismo que le pasa á este pobre chico!)

ESCENA VII

DICHOS, el CAMARERO y DON SECUNDINO

SEC. (Dentro.) Déjeles usted, sentiré molestarles.

ANIC. ¿Eh? ¿Quién será?

CAM. Señorito...

ANIC. ¿Qué hay?

CAM. Un caballero que viene pidiendo habitación, y á quien le he dicho que ésta quedaría desocupada hoy mismo, desea ver si le conviene; si ustedes lo permiten...

ANIC. ¡Sí! ¡Que pase, que pase!

CAM. Muchas gracias. Entre usted. (Desde el foro.)

ANIC. (¡Ojalá le convenga! Eso menos tendremos que pagar nosotros.)

SEC. Señores...

RIC. (¡El caballero de esta mañana!)

ANIC. Pase usted adelante.

SEC. Con su permiso...

RIC. Señor de García, ¿cómo vamos?

SEC. ¡Hola, pollo! ¿Usted por aquí?

ANIC. ¡Qué! ¿Se conocen ustedes?

SEC. Sí, señor; ¡muchísimo! ¡Desde esta mañana! ¡Cuánto celebro!... Puede usted retirarse. (Al Camarero.) Los señores son amigos. (Vase el Camarero.)

ANIC. Tome usted asiento. (Dándole su silla.)

SEC. Gracias. (Se sienta.)

RIC. Don Aniceto, tome usted. (Dándole la suya por detrás de don Secundino.)

ANIC. (Va á sentarse.) ¡Ah! Pero yo no consiento, don Ricardito. (Le devuelve la silla por delante de don Secundino.)

SEC. ¡Oh! De ningún modo. (Coloca la silla detrás de don Aniceto.)

RIC. Tome usted, tome usted. (A don Secundino.) Yo me sentaré aquí, en el baul.

ANIC. ¡Sí! Pero, ciérrele usted, don Ricardito. (Se sientan los tres.)

SEC. ¿Conque se marchan ustedes esta noche?

ANIC. Sí, señor; es muy probable.

SEC. Y á Madrid, ¿eh?

ANIC. A Madrid, si Dios quiere.

SEC. Pues lo celebro. Los amigos son para las ocasiones. Van ustedes á hacerme un favor.

ANIC. ¡Usted dirá!

SEC. Necesito mandar un dinero...

ANIC. ¡Ah, sí, señor! Con muchísimo gusto. Todo lo que usted quiera.

SEC. Se trata de poco, de unos tres mil reales.

ANIC. ¿Tres mil reales? ¡Basta!

SEC. ¿Cómo basta?

ANIC. Digo que basta... que sea usted amigo del señor, para que yo cumpla gustosísimo el encargo.

SEC. Pues aquí tengo la carta para la persona que me los pide: un pariente mío, empleado en la estación del Norte; no tiene usted más que entregársela á cualquier mozo.

ANIC. ¡Venga, venga! (Coge la carta.) Se lo manda usted en billetes, ¿eh?

SEC. ¡No, si no le mando nada!

ANIC. ¿Eh?

SEC. Ahí le digo que los tres mil reales que me pide con tanta urgencia, no podré remitírselos hasta dentro de unos días. (Se levantan los tres.)

ANIC. ¡Ah, ya! Pues, don Ricardito, haga usted el favor de encargarse de esta carta, porque á mí, con la cuestión del equipaje, podría olvidárseme. (Se la da.)

RIC. Bueno, como usted guste.

ANIC. (¡Está visto que hoy nadie tiene dinero!)

SEC. Pues, señor, decididamente esta habitación no me conviene: es demasiado grande.

ANIC. ¡Y muy cara!

SEC. El precio no me importaría; pero yo deseo estar solo; tener un cuartito...

RIC. ¿Un cuartito chiquitito? ¡El mío! Ese de seguro que le conviene á usted. No vale gran cosa, pero es el único vacante. Vamos á verlo.

SEC. Pero, ¿cómo? ¿Usted no vive aquí?

RIC. No, señor; yo estoy en otra fonda, en la de "La Estrella." Vamos allá. Tratan admirablemente, ya verá usted.

SEC. ¡Andando! Ya que es usted tan amable... He tenido tanto gusto... (A don Aniceto.)

ANIC. Servidor de usted.

RIC. Hasta luego, don Aniceto. (A don Secundino.) ¡No, señor! Usted delante. (Lo que es como pueda, le pego un sablazo á este caballero.) (Vanse.)

ESCENA VIII

DON ANICETO, solo.

ANIC. Pues, señor, ¿dónde voy á buscar ahora el dinero que necesitamos? En Madrid no me faltarían amigos que me lo adelantasen... Yo podría escribir y esperar á que me lo remitiesen... Pero ¡quiá! de ninguna manera. Lo que urge es estar en Madrid inmediatamente, antes de que vuelva don Justo... Gertrudis dice que no me ha visto. ¿Quién sabe? Puede que tenga razón.

PACA. (Dentro.) Dígales usted que somos de confianza.

ANIC. (¡Dios mío, los de Tejadillo! ¡No quiero ni verlos!) (Se oculta detrás del biombo.)

ESCENA IX

DICHO, PACA, DON CIRIACO y EL CAMARERO

CAM. No sé si habrán salido... ¡Señoritos, señoritos! No, no están; pero pueden ustedes pasar á esperarles. No tardarán en volver. (Vase el Camarero.)

PACA. Sí, les esperaremos.

CIR. Pero, mujer, ¿para qué? ¡Ya los veremos por ahí!

PACA. No, señor. Ya has oído al Camarero. Piensan marcharse esta noche.

CIR. Bueno, pues que se marchen.

PACA. No será sin que antes me oiga Gertrudis cuatro cosas bien dichas. La indirecta que me soltó esta mañana en la Concha, no se la perdono.

ANIC. (¿Eh?) (Asomándose por el biombo.)

PACA. Créeme, Ciriaco. Aquello de la lengua se me ha indigestado. (Se sientan.)

CIR. A quien se le ha indigestado la lengua, ha sido á mí.

PACA. ¡A los dos! Pero yo te aseguro que no ha de quedarles gana de volver á darse importancia delante de nosotros. ¡Yo les bajaré los humos! ¡Vaya con los señores de Rodríguez! ¡Hablándonos siempre de sus rentas y de sus negocios de Bolsa!

CIR. ¡Justo, de los ferros! ¡Poco tono que se daba don Aniceto, diciéndome que iría á la conversión!

PACA. Adonde va ir el pobre señor es al limbo.

ANIC. (¡Vaya, menos mal!)

PACA. Pues, anda, que con lo de Ricardito no se van á llevar mal petardo.

ANIC. (¿Eh?)

CIR. Al pobre muchacho le están engañando como á un chino.

PACA. No te apures, que el niño no se ha quedado corto. Les ha hecho creer que tiene concluída su carrera de abogado, cuando todavía le faltan dos años para licenciarse.

ANIC. (¡Ah, pillo!)

CIR. En cambio es un muchacho que está muy bien de intereses.

PACA. ¡Ya lo creo! Muy bien. Cuatro mil reales al año, que es la pensión que le señaló su tío Policarpo.

ANIC. (¡Cómo cuatro mil!)

PACA. Me parece que con esa renta ya puede el chico echarse á dormir y no pensar en otra cosa.

CIR. Poco es; pero comparado con la dote que darán á la niña los señores de Rodríguez... ¡Je! ¡je!

PACA. ¡Naturalmente! Como que los infelices no tienen ni un céntimo. Apuradillos han de andar para marcharse.

CIR. Por lo mismo, no creo prudente estarles esperando. Dada su situación, es lo más probable que nos pidan dinero. (Levantándose.)

PACA. Pues con que ellos te lo pidan y tú no se lo des, se ha concluído la cuestión.

ANIC. (¡Oh alma generosa!)

CIR. ¡No! ¡No tengas cuidado! Ya conoces mi sistema. A mí me gusta tener muchas relaciones y muchos amigos; pero las amistades y relaciones que han de costarle á uno el dinero... ¡zás! ¡Las borro de la lista!

ESCENA X

DICHOS y don JUSTO

JUSTO. Señores...

ANIC. (¡Dios mío! ¡El Jefe!)

PACA. (¿Quién será este caballero?)

JUSTO. ¿No es esta la habitación de don Aniceto Rodríguez?

CIR. Sí, señor; esta es.

JUSTO. ¡Gracias á Dios! Tres horas hace que ando de fonda en fonda preguntando por él.

PACA. Pues han salido todos, pero no tardarán en volver. Nosotros les estamos esperando.

JUSTO. ¿Son ustedes amigos?

CIR. ¡Sí, señor; muy amigos!

ANIC. (¡Mucho!)

JUSTO. Pues voy á pedir á ustedes un favor. Yo no podré esperarles, porque tengo muchísimo que hacer. Aconsejen ustedes á Rodríguez que se vuelva á Madrid inmediatamente: su permanencia aquí podría acarrearnos un disgusto.

PACA. ¿Sí, eh? ¿Pues qué pasa?

JUSTO. No, nada grave. Una ligereza suya, que yo como jefe le disculpo.

PACA. ¡Ya! ¿Conque usted es?...

JUSTO. Sí, señora: soy su jefe inmediato; mejor dicho, su amigo, y como tal lamento que su salida de Madrid, sin el competente permiso, llegue á noticias del director.

PACA. ¡Ah! ¿Conque el bueno de Rodríguez?...

JUSTO. Comprendo su situación y sospecho los móviles que le habrán impulsado ..; pero ruego á ustedes que, como personas de su intimidad, le expresen mi deseo, haciéndole ver la inconveniencia de este viaje.

PACA. ¡Descuide usted, que nosotros se lo diremos bien claro! (A Ciriaco.) ¿Pero has visto qué

familia? ¿Conque es decir que no sólo son farsantes, sino que por satisfacer su exagerada vanidad, se exponen á perder hasta el único recurso que les queda: un destino en el Ministerio? ¡Le aseguro á usted que con esta gente no se puede; Gertrudis, sobre todo, es inaguantable! Mejor dicho, son tal para cual.

CIR. Rodríguez no hace más que lo que á ella se le antoja.

PACA. ¡Es un dominguillo!

CIR. ¡El pobre tiene poco de aquí! (En la frente.)

ANIC. (¿De dónde dirá?)

PACA. Yo, en su caso de usted, y para darles una lección, ya sé lo que había de hacer.

CIR. ¡Como que se lo tiene bien merecido!

JUSTO. Señores, perdónenme ustedes... Veo que he cometido una indiscreción...

PAC. y CIR. ¿Eh?

JUSTO. He invocado su apoyo en bien de esta familia, á la que yo creí que ustedes dispensaban su amistad; pero...

PACA. ¡Cómo! ¿Duda usted de que los tratemos?

JUSTO. ¡No! Ya veo que los tratan ustedes... con bastante dureza.

ANIC. (¡Bien!)

PACA. ¡Pues qué! ¿Le parece á usted regular que una gente que sólo vive de un miserable sueldo?...

JUSTO. Por lo mismo, señora; porque necesitan del sueldo para vivir, es por lo que yo he venido á demostrarles mi verdadera amistad.

ANIC. (¡Bravo!)

PACA. ¡Usted no conoce á Rodríguez!

CIR. ¡No lo conoce usted!

JUSTO. Perdonen ustedes; tengo la certeza de que ha salido de Madrid contra toda su voluntad, y víctima sólo de una excesiva complacencia.

ANIC. (Presentándose.) ¡Sí, señor! ¡Eso ha sido!

PAC. y CIR. ¿Eh?

JUSTO. ¡El aquí! (Pasa al lado de don Aniceto.)

CIR. (¡Dios mío! ¡Nos estaba oyendo!) (Aparte á Paca.)

ANIC. ¡Ay, don Justo de mi alma! ¡Déjeme usted que le abrace! ¡Usted me conoce, sí, señor! Usted sabe que yo soy incapaz de faltarle... (¡Muchas gracias, muchas gracias!) (Abrazándole.) ¡Oh, señores de Tejadillo... tanto bueno por aquí!

CIR. Ignorábamos que estuviera usted... El Camarero nos había dicho...

ANIC. ¡Sí! Pues ahí estaba... durmiendo la siesta. Me despertaron las últimas palabras del señor... (Por don Justo.)

CIR. ¿Será cierto? (A Paca.)

ANIC. ¡Cuánto me alegro de que hayan venido ustedes en esta ocasión! Cuando uno se encuentra como yo, en una situación aflictiva y desesperada, necesita de alguien á quien confiar sus pesares. ¿Y á quién mejor que á usted, mi respetable jefe, y á ustedes, mis cariñosísimos amigos?...

JUSTO. (¡Pero hombre!...) (Aparte á don Aniceto.)

ANIC. (Déjeme usted. ¡Necesito desahogarme!) Ustedes me creen rico, ¿no es verdad?

CIR. Sí...

PACA. ¡Sí, señor!

ANIC. ¡Pues bien! ¡Es preciso que ustedes lo sepan! ¡Yo no tengo un cuarto!

PACA. ¿Que no? (¡Sorpréndete, hombre!) (A Ciriaco.)

CIR. ¡Qué me cuenta usted!

ANIC. Yo no soy más que un humilde empleado... No tengo otros bienes de fortuna que la modesta paga con que el Gobierno recompensa mis escasos servicios... Si hemos venido á San Sebastián, aparentando una posición que desgraciadamente no tenemos, ha sido sólo por... por... En fin, por lo que el señor (Por don Justo.) decía hace un momento; ¡pero basta ya de farsas humillantes! Comprendo la necesidad de volver á Madrid, pero me falta... ¿por qué no he de decirlo? ¡Me falta dinero!

CIR. (¿No te lo decía yo?) (A Paca.)

ANIC. Y ésta es la verdad, mi querido don Justo. Confío en usted únicamente...

JUSTO. (¡Pobre Rodríguez!) ¿Qué necesita usted?

ANIC. Mil quinientos reales. Yo prometo reembolsarle mensualmente...

JUSTO. ¡Calle usted por Dios! ¡Ahí va eso! (Dándole un billete.)

CIR. (¡Me he librado del sablazo!)

JUSTO. Ya me lo devolverá usted cuando pueda ó cuando quiera.

ANIC. ¡No sabe usted lo dichoso que me hace!

¡Dios mío! ¡Dos mil reales! ¡Vean ustedes! ¡Así se portan los verdaderos amigos!

CIR. Oiga usted, amigo Rodríguez. (Reconviniéndole cariñosamente.) Me choca mucho que estando en esa situación, y conociéndonos como nos conocemos, no me haya usted pedido ese dinero.



ANIC. Perdone usted, señor de Tejadillo; por lo mismo que le conozco á usted, es por lo que no he querido pedírselo.

CIR. Pues me parece que entre amigos...

ANIC. ¡Sí, señor! Pero yo sigo mi sistema: á mí

me gusta tener muchas relaciones y muchos amigos...

PACA. / CIR. (¿Eh?)

ANIC. Pero las amistades y relaciones que no han de costarle á uno más que disgustos... ¡zás! las borro de la lista.

CIR. ¡Oiga usted! ¡Eso es decir!...

ANIC. ¡Esto es decir que lo sé todo, que lo he oído todo! ¡Que conozco sus hermosos sentimientos, que sé lo mucho que ustedes nos aprecian y... que si no lo digo, reviento!

CIR. ¡Señor don Aniceto!

JUSTO. ¡Rodríguez, por Dios!

ANIC. ¡No! (A don Justo.) Déjeme usted. ¡Si ya empiezo á tener carácter!

PACA. No le hagas caso... ¡Vámonos de aquí! (A Ciriaco.)

CIR. ¡Oiga usted! ¡Nos veremos las caras!

ANIC. ¡No, señor! ¡Lo que yo quiero es que no nos volvamos á ver en la vida!

PACA. Queden ustedes con Dios.

CIR. ¿Pero has visto qué gentuza? (A Paca. Vanse Paca y Ciriaco.)

ANIC. ¡Vayan ustedes enhoramala!

ESCENA XI

DON ANICETO, DON JUSTO y en seguida RICARDO



JUSTO. ¡Pero, hombre, no se ponga usted así!

ANIC. ¡Ay, mi señor don Justo! ¡Usted no sabe la saliva que yo vengo tragando hace mucho tiempo! ¡Necesitaba este desahogo! ¡Créame usted!

RIC. (Desde el foro.) (¡Caramba! ¡Y qué mal humorados van los de Tejadillo! ¡Ni me han saludado siquiera!) Señores...

ANIC. (¡Aquí está éste!) Acérquese usted. El novio de la niña. Don Ricardo del Pez...

RIC. Servidor...

ANIC. (¡Un buen pez!) Un joven muy aprovechado.

RIC. Gracias.

ANIC. Ya está escribiendo el discurso para recibirse de doctor, y todavía le faltan dos años para hacerse licenciado.

RIC. ¿Eh? (Asombrado.)

ANIC. ¡Sí, señor, sí!

RIC. Advierto á usted que...

ANIC. A mí no me advierta usted nada. ¡Lo sé todo!

RIC. (¡Dios mío! ¡Los de Tejadillo!)

ANIC. ¡Es usted un farsante, un mentiroso!

RIC. Pero...

ANIC. ¡Qué! ¿Pretenderá usted todavía hacerme creer que piensa doctorarse?

RIC. ¡Sí, señor! Pienso doctorarme en cuanto apruebe... los dos cursos que me faltan. No son más que dos cursos... Yo pensaba haber terminado antes, pero el tribunal... Usted no sabe lo que es el tribunal. ¡Aprieta de un modo!

ANIC. ¡El cuello es lo que yo debía apretarle á usted, por embustero!

RIC. Por la Vírgen Santísima; si es que yo...

ANIC. ¿Negará usted también que es falso lo de la pensión de su tío?

RIC. No, perdone usted. Lo de la pensión es cierto.

ANIC. ¡Cómo! ¿Es cierto que cobra usted veinte mil reales?

RIC. Sí, señor. Cobro veinte mil reales... cada cinco años. Me la pagan por quinquenios.

ANIC. Pero ¿ha oído usted qué descaro? (A D. Justo.)

JUSTO. (¡Perdónele usted!) (A don Aniceto.)

RIC. Yo hubiera deseado desde un principio decir á ustedes la verdad; pero el temor de que me rechazaran... y el tener que renunciar al amor de Paulina, á la que amo con toda mi alma y desinteresadamente... se-lo juro á usted, ha sido la causa de que yo...

ANIC. ¡Ya! ¡De manera que usted me asegura que en esos amores no ha venido buscando el interés!

RIC. ¡Quiá! ¡No, señor!

ANIC. Ha hecho usted muy bien, porque no lo hubiera encontrado.

RIC. ¿Eh?

ANIC. ¡Sépalo usted! ¡Nosotros no tenemos nada, absolutamente nada!

RIC. ¿Es de veras? (Muy alegre.)

ANIC. Sí, hijo, sí. Somos pobres, muy pobres; más pobres que usted, que al fin tiene un tío que le pensione.

RIC. De modo que las fincas y los negocios de Bolsa...

ANIC. ¡Mentira, todo mentira!

RIC. ¡Cuánto me alegro! ¡Ay, don Aniceto de mi alma! Déjeme usted que le estreche contra mi corazón. ¿Conque es decir que ya no rechazarán ustedes mis relaciones con Paulina? ¡No sabe usted lo dichoso que me hace! ¡Pero, es claro. si no podía ménos de suceder! Si nunca falta un roto para un descosido...

ANIC. ¿Cómo un roto?... (Se oye dentro la voz de Gertrudis.) ¡Ahí está ya mi mujer! ¡Esa es la culpable de todo!

ESCENA FINAL

DICHOS, GERTRUDIS y PAULINA

ANIC. (Yendo hacia el foro.) ¡Venga usted acá, venga usted acá!

GERT. ¿Qué, has conseguido el dinero?

ANIC. Sí, ya lo tenemos; míralo.

GERT. ¿Lo ves? Bien te lo decía yo... Ricardito, muchísimas gracias.

RIC. (¿Por qué me dará las gracias esta señora?)

ANIC. No, si este dinero no es suyo. Me lo ha dado el señor...



GERT. (¡Dios mío! ¡El Jefe!)

JUSTO. Señora...

GERT. (Aparte á don Justo.) (¡Ay, caballero, yo le suplico á usted!...)

JUSTO. (A Gertrudis.) (Descuide usted, señora. Nos hablamos ahora por primera vez.)

ANIC. Conque, hijas mías, hasta aquí hemos llegado. Esta misma noche saldremos de San Sebastián. A Madrid, á nuestra casita, á vivir con modestia, á trabajar sin descanso, y á no soñar nunca en imitar á los que tienen una posición más elevada que la nuestra. ¡Nada, nada! ¡Que tome baños de mar el que los necesite! Nosotros, á Dios gracias, tenemos una salud á prueba de bacalao frito, ¡A Madrid, á Madrid! ¡El Manzanares nos espera! Desengáñate, Gertrudis; estos viajecitos de recreo, y estas excursiones de verano, se han inventado únicamente para los enfermos, para los ricos y para los tontos.

FIN DE LA COMEDIA

Vital Aza

LLOVIDO DEL CIELO

COMEDIA EN DOS ACTOS Y EN VERSO

ORIGINAL DE

VITAL AZA

Estrenada en el Teatro de la COMEDIA la noche del 10 de Mayo de 1879, en el beneficio del primer actor Sr. Mario.

REPARTO

PERSONAJES	ACTORES
CONSUELO	Srta. Fernández.
DOÑA PAZ	Sra. Valverde.
DON CLETO (1)	Sr. Mario.
PEPITO	» Romea.
PEPE	» Aguirre.
DON MANUEL	» Ballesteros.
DOMINGO, criado negro	» Rubio.

La acción en Madrid.—Época actual.

(1) Este personaje es tuerto del ojo izquierdo.

ACTO PRIMERO

Habitación de pobre aspecto, que sirve de estudio de pintor. Puerta al foro y laterales. Ventana primer término derecha (1). Un sillón viejo y roto, primer término derecha. Algunas sillas de paja. Varios cuadros arrimados á las paredes. Dos caballetes con lienzos colocados como si recibieran la luz de la derecha. Una mesa, etc. Entre la ventana y la puerta derecha estará colgado un retrato de caballero pintado al óleo.



(1) Del actor.

ESCENA PRIMERA

CONSUELO, PEPE y PEPITO

Al levantarse el telón aparecen Consuelo cosiendo, primer término izquierda, Pepe y Pepito pintando en sus lienzos respectivos. Los tres cantan durante un momento cualquiera canción.

PEPITO. ¡Pepe!
PEPE. ¿Qué quieres, Pepito?
PEPITO. ¿Acabas?
PEPE. Ya pronto acabo.



PEPITO. ¡A ver, á ver!

(Dirigiéndose á ver el cuadro de Pepe, que será el del caballete de la izquierda.)

¡Chico! ¡Bravo!

¡Es un cuadro muy bonito!

PEPE. ¡No! ¡no tanto!

PEPITO. Es la verdad.

PEPE. Celebro que así lo veas.

Mas tu cariño...

PEPITO. No creas

que me ciega la amistad,

¡Pues si eso salta á la vista!

¡Y así lo verá cualquiera!

Decir lo contrario fuera

negar que eres un artista.

PEPE. Gracias, tocayo.

PEPITO. ¡Es precioso!

¡Nombre y gloria te dará!

Consuelo, venga usté acá,

convenza usted á su esposo.

PEPE. ¡Hombre, por Dios, no exageres!

CONS. ¡A ver! (Levantándose y yendo á ver el cuadro.)

PEPITO. ¿Tengo yo razón?

PEPE. ¡Vamos, dame tu opinión!

¡Sepamos!

CONS. ¿Mi opinión quieres?

Nunca en pintura he entendido.

PEPITO. ¿Tiene algún defecto? ¡A ver!

CONS. ¿Qué defecto ha de tener

siendo obra de mi marido?

Juzgo con el corazón,

no sé si hay faltas ó sobras;

para mí todas tus obras
son la misma perfección.

PEPITO. ¿Lo ves?

CONS. ¡Vales un Perú!

PEPE. No me juzga así tu madre.

PEPITO. En cambio, para tu padre
no hay un pintor como tú.

PEPE. ¡El pobrecillo me adora!
Pero mi suegra ¡ay de mí!

CONS. ¡No hables de mi madre así!
Su carácter...

PEPE. ¡Me encocora!
¡Sus sermones son injustos!

CONS. ¡No hagas caso!

PEPE. ¡Así lo paso!
¡Pues si yo la hiciera caso
me hubiera mu.rto á disgustos!
¡Qué deliciosa mamá!
Viene, me insulta, se irrita;
toma luego su copita
con bizcochos, y se va.

CONS. ¡Cierto que riñe por todo!
Mas te quiere...

PEPE. ¡Tontería!
¿Me quiere? Pues, hija mía,
lo disimula de un modo...
que, la verdad, más quisiera
que me odiara.

CONS. ¡No, por Dios!

PEPE. Mas queriéndonos los dos,
¿qué importa que no me quiera?
¡Tan sólo tu amor deseo!

¡Mi Consuelo! (Abrazándola.)

CONS. ¡Hombre! (Indica á Pepito.)

PEPE. ¡Pepito...
perdón si me extralimito!

PEPITO. ¡Abrazarse! ¡Nada veo!
(De espaldas me volveré.
En casos como el presente,
cuando el amigo es prudente
hace como que no ve.)

PEPE. Bendigo esta dulce calma.

CONS. ¡Pepe!

PEPE. ¡Consuelo querida! (Abrazándose.)

CONS. ¿Me quieres?

PEPE. ¡Con alma y vida!
¿Y tú á mí?

CONS. ¡Con vida y alma!

PEPE. ¿Eres feliz á mi lado?

CONS. ¿No he de serlo con tu amor?

PEPE. ¡Otro abrazo!

PEPITO. (Pues, señor,
ya va siendo demasiado.)

PEPE. Si en la vida transitoria,
siempre á tu cariño fiel,
halla gloria mi pincel,
para ti será esa gloria.
¡Nada quiero para mí,
hacerte feliz ansío,
gloria y fortuna, bien mío,
todo, todo para ti!
¡Para ti, que en dulces lazos
haces mi vida dichosa;
para ti, mi amada esposa!

PEPITO. ¡Hombre, basta ya de abrazos!
PEPE. ¡Perdona!...
PEPITO. ¡De un modo creces!...
PEPE. Tú nos has dado permiso.
PEPITO. Cierto; pero no es preciso
abrazarse tantas veces.
¡Eso, chico, es abusar!
CONS. Tiene razón...
PEPE. ¡Otro! (Yendo á abrazarla.)
PEPITO. ¡No! (Impidiéndolo.)
¡Hombre, comprende que yo
no tengo á quien abrazar!
CONS. ¡Si es que éste es lo más meloso!...
PEPITO. ¿Ese, verdad? (Con sorna.)
CONS. ¡Ya se ve!
PEPITO. Sí que es mucho, pero usté
no lo es menos que su esposo.
PEPE. ¡Dar fin á mi obra deseo!
Trabajar es menester.
¡Ay, si yo logro vender
este cuadro!
PEPITO. ¡Ya lo creo!
PEPE. Con él saldremos de apuros,
á Ortiz se lo llevaré.
PEPITO. Pues es claro; y pídele
lo menos cuarenta duros.
PEPE. ¡Dios mío! ¡Yo desvarío!
¡Fuera una venta feliz!
¡Que Dios ilumine á Ortiz!
¡Ilumina á Ortiz, Dios mío!
CONS. Yo te doy mi enhorabuena,
véndaslo caro ó barato,

hoy voy á poner un plato
extraordinario en la cena.

PEPE. ¡Soberbio!

PEPITO. ¡Idea admirable!

CONS. ¡Festejaremos la noche!
¡Bien merece este derroche
un artista tan notable!

PEPE. ¿Derroche dices?

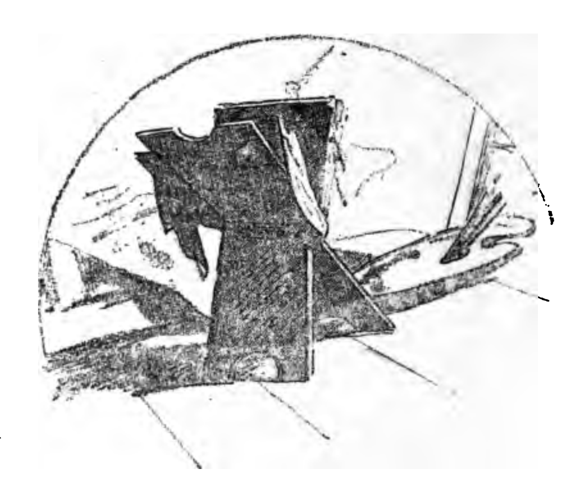
CONS. ¡Sí tal!

PEPE. ¿Luego hay fondos? Yo creia..

CONS. ¡Hay dos duros todavía!

PEPITO. Figúrate, un capital.

CONS. Dos duros, que una mujer
que los recursos conoce,
los hace trocarse en doce.



PEPITO. (¡Ay, si eso pudiera ser!)

CONS. Voy á preparar el fuego.

¡Vamos á cenar aquí
que ni en Lhardy!

PEPITO. (Ni en Lhardy.
¡Ilusiones!)

CONS. Hasta luego. (Vase primera puerta izquierda.)

ESCENA II

PEPE y PEPITO

PEPE. (¡Qué mujer! ¡Es lo más buena!...) (Pintando.)

PEPITO. (¡Pero qué felices son!



Ella es un ángel del cielo;
él un bendito de Dios,
y yo un hombre que no tiene
más renta que el buen humor,
y que aborrece el trabajo
con todo su corazón!)

(**Se sienta cómodamente en el sillón, saca un pitillo y fuma.**)

Fuí rico; quedé muy joven
sin familia y sin tutor,
y dueño de la fortuna
que mi padre me dejó,
me lancé inexperto al mundo
con humos de gran señor,
y en bromas y en francachelas,
y en perpetua diversión,
tal tute le di al dinero,
que ¡paf! ¡se me evaporó!
Creía sinceramente
que tener medio millón
era tener los tesoros
de Creso: ¡qué craso error!
En dos años y tres meses
ni un ochavo me quedó.
Vivía en un entresuelo,
junto á la Puerta del Sol,
y hoy vivo aquí, en este cuarto,
que es cuarto quinto, interior.
Antes iba de paseo
en magnífico landó,
y hoy, si quiero pasearme
en coche, tomo un simón;

aunque no siempre lo tomo,
pues según dice el doctor,
conviene á mi *economía*
el ejercicio, y me voy
ejercitando las piernas
por esas calles de Dios.
Pero, en fin, todo en el mundo
tiene su compensación.
Cuando ni un cuarto tenía,
la suerte me deparó
á ese amigo, á quien le debo
todo lo que tengo y soy.
Él ha sido para mí
hermano, padre y tutor,
y aunque el infeliz está
tan tronado como yo,
vamos pasando la vida
con santa resignación.
Seis años hace que somos
inseparables los dos.
¡Seis años, en que arrostré
con denodado valor
las inclemencias del tiempo
y de la alimentación!
Yo creo que esto me absuelve
de mi conducta anterior.
Mas ¡qué diantre! ¡Ancha es Castilla!
Cuando Pepe se casó,
teníamos ahorrados
catorce reales, y hoy
tenemos cuarenta; luego
¡estamos mucho mejor!...

¡Y aquel que no se consuela
no tiene perdón de Dios!

PEPE. ¡Ajajá! Ya he terminado.
¡Pepito! ¡San se acabó!

PEPITO. ¡Me alegro!

PEPE. ¿Qué tal tu obra? (Viéndole sentado.)
¡Pero, chico, por favor!
¿Te estás con esa cachaza
y tumbado en el sillón?

PEPITO. (A cualquier cosa llamamos (Levantándose.)
sillones.) La verdad, yo...

PEPE. Eres lo más perezoso...

PEPITO. ¿Qué quieres? Esta es cuestión
de temperamento.

PEPE. ¡A ver
(Yendo á ver el cuadro de Pepito, segundo término derecha.)
tu paisaje! ¡Hombre, por Dios!

PEPITO. ¿Qué pasa?

PEPE. ¡Que es imposible
esta salida del sol!
¡Vaya un color de naranja!

PEPITO. ¿Pues cómo ha de ser? ¿Limón?
¡Corriente! ¡Verás qué pronto
lo cambiamos de color!

PEPE. ¡Nunca ha sido así el crepúsculo
matutino!

PEPITO. Chico, yo,
como ni una vez siquiera
he visto salir el sol,
lo pinto así, de memoria.

PEPE. ¡No estudias; eres atroz!

Es preciso que madrugues

PEPITO. ¿Yo madrugar? ¡Eso no!

PEPE. ¡Entonces no eres artista!

PEPITO. ¡Pues claro que no lo soy!
Crees que somos iguales,
y estás, Pepe, en un error.
Tú tienes genio, entusiasmo,
y sobra de inspiración:
sólo te falta dinero
para ser un gran pintor.

PEPE. ¡El dinero! ¡Esa es la clave!
¡Si yo fuera rico!

PEPITO. O yo;
pues siéndolo yo, lo eras
tú también.

PEPE. ¡Con cuánto ardor,
en un espacioso estudio
pintaríamos los dos!

PEPITO. No; pintarias tú solo:
yo estaria de mirón.

PEPE. ¡Pondría en práctica todos
mis ensueños de pintor!
Podría pintar mi cuadro:
El juicio de Salomón.

PEPITO. ¡Sí! Lo pintarás el día
del juicio, que lo que es hoy...

PEPE. ¡Grande! ¡Diez metros lo menos!
¡Iría á la Exposición!
¡Esto no es pintar, no es nada!

PEPITO. ¿Lo ves? ¡Tú tienes amor
al arte, y yo no le tengo
la más mínima afición!

Has visto en mí condiciones
que no existen. Soy pintor,
como pudiera ser sastre
ó boticario.

PEPE. ¡Eso no!



Has hecho algunos paisajes
muy bonitos. Don Ramón,
el vecino del tercero,
ya lo has visto, te compró
dos cuadros.

PEPITO. ¡Sí, buenos eran!

PEPE. Y te ha encargado otros dos.

PEPITO. Justo. Y los paga á doscientos
reales. ¡Pobre señor!
No le arriendo la ganancia.
Y es mucha su obstinación.
¡Encargarme dos crepúsculos!
¡Vamos, la puesta del sol,
menos mal; pero la aurora!
¡Hombre, por amor de Dios!
No acierto con los efectos,
por más vueltas que le doy.

PEPE. Nada, mañana madrugas;
le urge el cuadro á don Ramón.

PEPITO. La madrugada en Madrid
debe ser horrible, atroz.

PEPE. Pues vete al campo. Esta tarde
tomas el tren.

PEPITO. ¡Por favor!

PEPE. Te vas á Pinto y mañana...

PEPITO. Sí. Mañana pinto el sol
de Pinto. ¡Qué bien pintado
saldrá pintándolo yo!

PEPE. No hablemos más: si consigo
vender el cuadro, te doy
el dinero que tú quieras
para hacer la expedición.
Mas siento pasos.

PEPITO. Será
tu padre.

PEPE. Es mi suegra.

PEPITO. ¡Horror!

(Se dirige cada cual á su lienzo respectivo.)

ESCENA III

DICHOS y DOÑA PAZ



— PAZ —

UENAS tardes.

— PEPE —

(Con sequedad.) Buenas tardes.

— PAZ —

¡Qué atrocidad! Ciento tres
escalones. ¡Es horrible!
No puedo tenerme en pie.
(Se sienta en el sillón. No ha reparado en Pepito. Pepe tararea y da los últimos toques al cuadro.)
¡Qué casa! ¡Pobre hija mía!
¿Dónde está Consuelo? (A Pepe.)

PEPE. (Distraído.) ¿Qué?
PAZ. ¡Pregunto que dónde está
Consuelo!
PEPE. ¡Allá dentro!
PAZ. ¡Bien!
Estará la pobrecita
en la cocina tal vez.
¡Hijita de mis entrañas!
Pero es claro, yo bien sé

quién tiene la culpa.

Pepe. (¡Dios me dé paciencia!)

(Sigue tarareando cada vez más fuerte.)

Paz. Tener
que vivir de esta manera,
ella, que estando en Jerez,
y siendo su padre alférez
de cazadores del Rey,
tenía en su tocador
un piano de alquiler.
Y ahora... ¡Pobre hija mía!
¡Pero, hombre, cállese usted!
¡La música me revienta!

Pepe. ¡Corriente, me callaré!

Pepito. (¡Pobre Pepe! ¡No comprendo
cómo aguanta á esta mujer!)

Paz. ¿Cuándo muda usted de cuarto?

Pepe. Pues cuando compre un hotel
en la Castellana.

Paz. ¡Ya!

Pepe. Cualquiera que le oiga á usted
creerá, sin duda, que vive
en un palacio, cuando es
lo cierto que usted, señora,
vive en la calle del Pez
en un piso cuarto, con
entresuelo. Conque á ver.

Paz. ¡Oiga usted; yo vivo así (Levantándose.)
por higiene!

Pepe. Sí. ¡Ya sé! (Con sorna.)

Paz. ¡Necesito luz y aire!

Aborrezco la estrechez!
¡Y aquí no hay aire!

PEPE. ¿Que no?
(Pues no lo sabe usted bien.)

PAZ. ¡Ay, si yo hubiera sabido
lo que me iba á suceder!
¡Vaya un genio!

PEPE. ¡Justo, sí;
para genios, el de usted!...

PAZ. ¡Yo tengo el que me acomoda!
Así soy, y así seré.
¡Sépalo usted! (Muy incomodada.)

PEPITO. ¡Doña Paz! (Reconviniéndola.)

PAZ. ¡Ay, que estaba aquí también
Pepito! (Muy amable.)
(¡Qué guapo chico!)
Al entrar no reparé...
¿Qué tal?

PEPITO. Vamos bien; mil gracias.

PAZ. (¡Y qué simpático es!)
(Pepe, durante lo que sigue, se quita la chaqueta y se pone el gabán, disponiéndose para salir á la calle.)

PEPITO. ¡Señora, está usted injusta
con su yerno!

PAZ. Injusta, ¿eh?

PEPITO. Sí, señora; si este cuadro
es precioso. (Acercándose los dos.)

PAZ. Podrá ser;
pero no lo creo así.

PEPITO. Bueno, pues créalo usted.
Es *El paso del mar Rojo.*

PAZ. ¿Qué paso?

PEPITO. El milagro aquel...
¡Ya ve usted: hace milagros!

PAZ. ¡Pues más le valiera hacer
dinero!

PEPITO. ¡Pero, señora!

PAZ. ¡Vaya una pintura! ¿Quién
es éste de la batuta? (Viendo el cuadro.)

PEPITO. ¡Señora, Moisés!

PAZ. ¿Moisés?
Pues parece un director
de orquesta.

PEPITO. (¡Qué estupidez!)
(Yéndose hacia su caballete. Pepe coge su cuadro.)

PEPE. Sea bueno ó malo, tengo
quien me lo pague muy bien.

PAZ. ¡Lo celebro!

PEPE. ¡Muchas gracias!
Adiós, chico, hasta después. (A Pepito)
Voy á ver á Ortiz. ¡Te quedas
en las garras de Luzbel!

PEPITO. Vete tranquilo. Hasta luego.

PEPE. ¡Abur! (A doña Paz.)

PAZ. ¡Páselo usted bien!
(Vase Pepe por el foro.)

ESCENA IV

PEPITO y DOÑA PAZ

PEPITO. (¡Nada! ¡No sale! ¡Corriente!)
(Sigue pintando y cantando.)

PAZ. (¡Es muy guapo! ¡Lo repito!) (Se acerca.)

¡Caramba con don Pepito!
Canta usted perfectamente.
¡Músico y pintor!

PEPITO. Sí, ¿eh?

PAZ. ¡Su genio salta á la vista!
¡Tiene usted alma de artista!

PEPITO. ¡Cómo me conoce usté!

PAZ. ¿Que si le conozco?

PEPITO. ¡Ya!

PAZ. (¡Si él me conociera á mí!)
¡Tiene usted mucho de aquí! (Indica talento.)

PEPITO. ¡Sí! ¡Y usted mucho de acá! (El corazón.)

PAZ. ¿Conque de acá? ¡Qué pillín! (Con zalamería.)

PEPITO. (¿Eh?)

PAZ. ¡Qué tunante!

PEPITO. Señora...
(¿A qué salimos ahora
conque yo le hago tilín?)

PAZ. (¡De gozo el alma me llena!
¡Si yo llegara á casarme!)

PEPITO. (¡Ay qué modo de mirarme!
¡Esta mujer no está buena!)
(Separándose y yéndose á pintar.)

PAZ. Vamos, ¿le estoy estorbando?

PEPITO. No, no, señora; si es que...

PAZ. Por mí no lo deje usté.
¡A ver qué está usted pintando!
(Pepito coge el cuadro y se lo enseña.)
¡Ay! ¡Qué paisaje! ¡Me agrada!
¡Es muy bonito, Pepito!

PEPITO. ¿Le parece á usted bonito?
(¡Justo! ¡Loca rematada!)

PAZ. ¡Qué bien está así, de frente,
la carretera!

PEPITO. (¡Dios mío!)
¡Señora, si eso es un río!

PAZ. ¡Justo! Está perfectamente.
¡Ay, qué flores!

PEPITO. ¿Cuáles?

PAZ. Esas.

PEPITO. (¿Flores?)

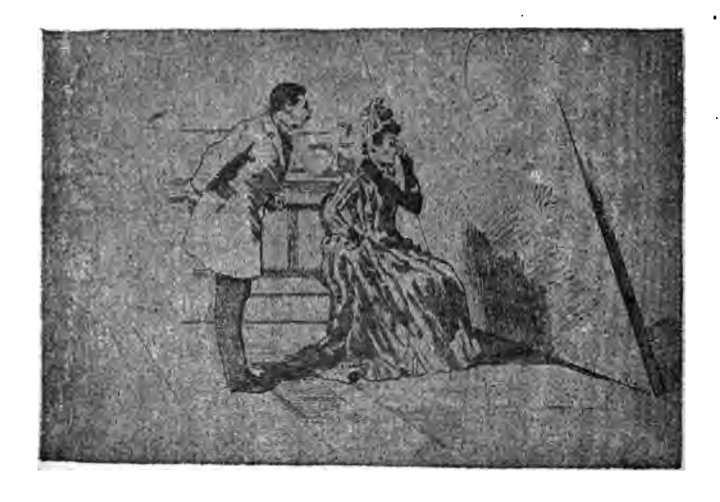
PAZ. ¡Qué hermosos colores!

PEPITO. (¡Pues no dice que son flores
y estoy pintando camuesas!)

PAZ. ¡Y esta choza es hermosísima!
¡Todo, todo está acabado!
¡Pinta usted más que el Tostado!

PEPITO. (¡Ave María Purísima!)
(Coloca el cuadro sobre el caballete.)
¿Que si pinto?

PAZ. A no dudar.



PEPITO. (¡Me voy á dar tono ahora!)
¡Cierto! ¡Yo pinto, señora,
hasta el aire!

PAZ. (¡Ya es pintar!)

PEPITO. Y tal sello de verdad
sé en mis cuadros imprimir,
que no es fácil distinguir
si es pintura ó realidad.
Ya sabe usted lo malsanos
que son los pantanos, ¿eh?
Pues cierto día pinté
en mi casa unos pantanos,
y cuantos seres vivientes
a ver el cuadro acudían...
¡Asómbrese usted! Salían...

PAZ. ¿Cómo?

PEPITO. Con intermitentes.

PAZ. ¡La ocurrencia es peregrina!
¿Y cómo ha salvado usté?

PEPITO. Porque á prevención tomé
el sulfato de quinina.

PAZ. ¡Pero, hombre!...

PEPITO. ¡Que yo no miento!
Hallándome en Alcalá
pinté unos viñedos: ¡ah!
¡Qué cuadro aquel! ¡Qué portento!
En fin, señora, tal era
la verdad, que ¡oh maravilla!
le entró al cuadro...

PAZ. ¿La polilla?...

PEPITO. ¡No señor! *¡La filoxera!*

PAZ. ¿Es usté andaluz?

PEPITO. Nacido
en Velez-Málaga. Allí
se murió mi abuela.

PAZ. ¡Sí!
(Ya lo había conocido.)

PEPITO. Con el pincel en la mano
llegaré á empañar el brillo
de Rafael, de Murillo,
de Goya y de Alonso Cano.
¿Quién fué el Greco? ¡Un pobre loco!
Pues, y Zurbarán, ¿quién fué?
¿Quién fué Rúbens?

PAZ. ¡No lo sé!

PEPITO. ¿Quién fué Velázquez?

PAZ. Tampoco.

PEPITO. Le elogian muchas personas.
¡Velázquez! ¡Qué mamarrachos!
¿Qué ha pintado? ¡Unos borrachos!
¡Eso es ser un *pintamonas!*

PAZ. Dice usted bien.

PEPITO. (¡Ay, qué horror!
¡Me asusto de que lo crea!)
¡Que el mundo ingrato no vea
lo que vale este pintor!

PAZ. Ya alcanzará usted la gloria.

PEPITO. (¡Sí! ¡La gloria perdurable!)
¡Sepa usted que lo notable
es que pinto de memoria!
Tengo yo aquí en mi cabeza
—de obras manantial fecundo—
¡cuanto ha creado en el mundo,
la sabia Naturaleza!

Adonde quiera que vaya
mi imaginación, yo veo
con los ojos del deseo
aquí un bosque... allí una playa...
á este lado unas colinas...
acá una choza... allá un templo...
Al verla usted—por ejemplo—
estoy mirando unas ruinas.

Paz. ¡Yo una ruina!

Pepito. ¡Si es la mente
la que ve tales antojos!
¡Lo que miran estos ojos,
señora, es muy diferente!

Paz. ¿Sí, eh?

Pepito. ¿Dudar ha podido?

Paz. Y en mí esos ojos, ¿qué ven?

Pepito. Ven la delicia, el Edén,
el Paraíso... (perdido.)
¡Son sus ojos mi ideal,
y ese talle mi alegría!
¡Me va usté á servir un día
de modelo!

Paz. ¿Yo?

Pepito. ¡Sí tal!

Paz. ¡Qué gana de bromear!
¿Y para qué?

Pepito. ¡La estoy viendo;
para una Venus, saliendo
de las espumas del mar!

Paz. ¡Yo de Venus! ¡Qué rubor!
¡Fuera una idea atrevida!

Pepito. ¡La copiaré á usted vestida!

PAZ. Comprenda usted...
PEPITO. ¡Sí señor!
Son muy justos sus temores.
Mas, cálmese, ¡qué tontunal
Sólo pienso pintar una
Venus en paños menores.
PAZ. Siendo así... (Con zalamería.)
PEPITO. (¡Vaya unas muecas!
PAZ. ¡Creí que era usted capaz!
¡Ay, Pepito!
PEPITO. ¡Ay, doña Paz!
PAZ. Llámeme usted Paz á secas.
PEPITO. Pues bien, Pasa seca, ya
que cuento con el modelo,
voy á continuar. Consuelo
esperándola estará. (Se dirige al caballete.)
PAZ. ¿Hasta después?
PEPITO. ¡Sí señora!
PAZ. (¡Es muy simpático!) Voy
á tomar algo, que estoy
desfallecida. Hasta ahora.
(Vase puerta primera izquierda.)

ESCENA V

PEPITO, y luego DON CLETO

PEPITO. Si hiciera con suegras una
exposición el Gobierno,
de fijo que esta señora
se llevaba el primer premio.

CLETO. Muy buenas tardes, Pepito.
(Entra con un trozo de queso envuelto en un papel.)



PEPITO. Felices, señor don Cleto.
¿Cómo por aquí á estas horas?
CLETO. Estamos de desestero,
y me dije: voy á ver
á mi chico y á Consuelo.
Hijo, cuando coge uno
un día así, de bureo,
es preciso dedicarlo
á la familia. ¿No es eso?
PEPITO. Dice usted bien, ¡sí señor!
CLETO. ¿Qué quiere usted? Yo no tengo

más afección en el mundo
que á mis hijos; digo, miento,
que á usted le quiero también.

PEPITO. Gracias.

CLETO. Sí, señor; le quiero
muchísimo. Casi tanto
como á Pepe.

PEPITO. ¡Le agradezco!...
(Yendo á abrazarle.)

CLETO. No se arrime usted; pudiera
mancharse.

PEPITO. ¿Con qué?

CLETO. Con esto.

PEPITO. Vamos, algún regalillo.

CLETO. ¡Pche! Son dos libras de queso
de Villalón: como sé
lo que le gusta á Consuelo,
se lo traigo para postre.
¡Pruébelo usted! ¡Si es muy tierno!

PEPITO. ¡A ver, á ver!
(Lo prueba.) ¡Exquisito!

CLETO. ¿Verdad?

PEPITO. ¡Vaya si está fresco!
(Volviendo á coger otro poco.)

CLETO. No le eche usted más pellizcos,
¡carambita!

PEPITO. ¡Si es muy bueno!

CLETO. Me ha costado siete reales.

PEPITO. ¡Pobre! ¡Se gasta el dinero!...

CLETO. Hombre, ¡pues si yo soy rico!
Cobro diez reales de sueldo,
pago seis de pupilaje;

de lavado y plancha, medio;
en vestirme, casi nada.
Ya ve usted, este sombrero
lo compré el año sesenta,
y parece que está nuevo;
no muy nuevo, pero, en fin,
limpiándolo, hace su efecto.
Yo no voy nunca al café,
yo no fumo, yo no bebo;
de modo que todavía
me suele sobrar dinero.
Pero ¿en dónde está mi hijo?

PEPITO. Ha salido hace un momento.
Fué á vender un cuadro.

CLETO. ¿Cuál?
¿El del *Paso del mar Negro*?

PEPITO. Del mar Rojo.

CLETO. Justo, sí;
negro ó rojo, no recuerdo.
¡Precioso!

PEPITO. ¡Se lo ha llevado
á Ortiz!

CLETO. ¿A Ortiz? ¡Buen sujeto!
¿No es aquel que vende cromos
en la calle de Toledo?

PEPITO. El mismo.

CLETO. ¡Buena persona!
Lo comprará.

PEPITO. Así lo espero.

CLETO. Vamos, ¿no es verdad que Pepe
es un artista de mérito?
¡Si ya desde chiquitín

pintaba cada muñeco
que daba gloria mirarlos!
¡Pues si ese chico es un genio!
No es que me ciegue el cariño
de padre, pero comprendo
que cuadros como los suyos
no los hay en el Museo.
Oiga usted: todos los días,
cuando voy al ministerio,
me quedo así, contemplando
el cuadro que tiene expuesto
hace dos años en casa
de don Bruno, el confitero,
ya sabe usted, aquel cuadro
de *Romea* y de *Julieto.*
Está en el escaparate
cubierto así con un velo,
entre un plato de merengues
y un flan como este sombrero.
Haciéndome el distraído
ante el cuadro me detengo
y oigo lo que los curiosos
suelen exclamar al verlo.
Pues, mire usted, casi toda
la gente dice que es bueno.
Pero esta mañana, un pollo
muy delgaducho y muy feo,
se acercó al escaparate
y empezó á torcer el gesto.
Yo le miré, y él entonces
me dijo: "¡qué malo es eso!„
¿Cómo malo, señor mío?

le repliqué descompuesto;
y me respondió: "si á usted
le gusta el flan, buen provecho."
Creí que hablaba del cuadro,
y hablaba .. (Riéndose.)

PEPITO. ¡Pobre don Cleto!

CLETO. ¡Ya sabe Pepe que yo
soy su defensor acérrimo!

PEPITO. ¡Feliz él, que tiene padre!

CLETO. ¡Es verdad!

PEPITO. Yo no le tengo...

CLETO. ¡Ya lo sé! Pero, hijo mío,
¡conform dad! ¿Y habrá muerto
muy joven?

PEPITO. Mírelo usted (Indica el retrato.)
Es su retrato perfecto.
Obra de Pepe, y copiado
de un medallón muy pequeño.

CLETO. (Yendo á ver el retrato.)
¡Obra de Pepe! ¡Admirable!
¡Es un retrato soberbio!
¡Y qué parecido! Yo
no le he conocido, pero
de seguro se parece
muchísimo!

PEPITO. ¡Ya lo creo!
¡Pobre padre!

CLETO. ¿Usted tendrá
parientes?

PEPITO. ¡Sí que los tengo!
Mi tío Manuel, ¡un hombre
millonario!

CLETO. ¿Sí?

PEPITO. Y soltero.

CLETO. ¿Le heredará usted?...

PEPITO. No sabe
si estoy vivo ó si estoy muerto.
Y además, no me conoce.

CLETO. Escríbale usté al momento.
¿Dónde está?

PEPITO. Cerca. En la Habana,
donde tiene cinco ingenios.
Don Roque Llanos, amigo
de mi padre, me ha propuesto
escribirle.

CLETO. ¡Dice bien!

PEPITO. Pero yo no sé si debo...

CLETO. Si debe usted, será poco,
algún piquillo...

PEPITO. No es eso.
Digo si debo escribirle;
aunque, á la verdad, prefiero
esperar á que regrese.
No ha de tardar mucho tiempo,
según Llanos.

CLETO. Francamente,
si le nombra su heredero,
no se ande usted con escrúpulos.

PEPITO. ¿Yo escrúpulos? ¡No por cierto!
Pero ya verá usted cómo
ni viene, ni yo le heredo.

CLETO. Vaya, hasta después, Pepito.
me voy á ver á Consuelo.

(Se dirige á la puerta primera izquierda.)

PEPITO. Está con su madre.

CLETO. (Volviéndose en seguida.) ¿Sí?
Entonces la veré luego.
Créame usté; á doña Paz
la tengo aquí; yo no puedo
remediarlo. ¡Qué señora!
¡Ya ve usted cómo es mi genio!
¡En fin, no me incomodé
cuando me dejaron tuerto!

PEPITO. ¡Hola! ¿Conque le dejaron?...

CLETO. ¡Hace mucho!

PEPITO. ¿En algún duelo?

CLETO. ¿Cómo duelo? ¡No, señor!
¡Si esto fué con un tintero!

PEPITO. ¿De veras?

CLETO. No; de metal,
de este tamaño lo menos.
Me lo tiró á la cabeza
mi jefe.

PEPITO. (¡Qué majadero!)

CLETO. Y todo porque escribí
haber con *v*. ¡Qué! ¡Si llego
á descuidarme y lo pongo
con *hache*, me deja ciego!

PEPITO. ¡Pobre señor!

CLETO. ¡Pues así
soy más feliz!

PEPITO. No comprendo...

CLETO. Hombre, sí; de esta manera
todas las cosas que veo
me entran siempre por el ojo
derecho.

PEPITO. (¡Vaya un consuelo!)
CLETO. ¡Y claro está! De este modo
todo me parece bueno;
todo, menos doña Paz;
pues, hijo, como soy Cleto,
que el día menos pensado
á esa señora le pego.
PEPITO. ¡Es insufrible!
CLETO. ¡Insufrible!
¡Ay! ¡Que viene, santo cielo!

ESCENA VI

DICHOS y CONSUELO

CLETO. ¡Pero si es Consuelo!
CONS. ¿Usted
por aquí? ¡Cuánto me alegro! (Abrazándole.)
CLETO. Toma. (Le da el queso.)
CONS. ¿Qué?
CLETO. Para que veas
que no me olvido.
CONS. ¡Qué bueno!
¿Para qué se ha molestado?
CLETO. ¡Si tengo un placer inmenso!
¿Qué no haría yo por ti?
¿Y tu madre?
CONS. Está allá dentro
tomando un poco de vino
con bizcochos.
CLETO. ¡Ya! ¡El histérico!
(¡Siempre viene á tomar algo,

pero á regalar, ni esto.)

CONS. ¿Conque sabe usted que Pepe?...

CLETO. ¡Lo sé!

CONS. ¿Sí? Ya viene. Siento pasos. ¡Él es!

CLETO. Recibámosle.

CONS. ¡Vendrá loco de contento!

(Se dirigen los tres hacia el foro. Pepe se presenta muy triste y con el cuadro.)

ESCENA VII

DICHOS y PEPE



CONS. ¡Pepe!

PEPE. ¡Me lo ha rechazado!

CLETO. ¡Es posible!

PEPE. Sí, señor.

PEPITO. ¿Qué ha dicho Ortiz?

PEPE. Un horror.
Que me lo hubiera comprado
si, aun faltando á la verdad
y en vez de hebreos con mantos,
hubiera puesto unos cuantos
toreros.

PEPITO. ¡Qué atrocidad!

CONS. Su idea me maravilla.

CLETO. ¡Qué bruto!

PEPITO. Sí que lo es.
¡Figúrese usté á Moisés
al frente de una cuadrilla!

PEPE. Le pedí poco dinero;
mas, nada, Ortiz...

CLETO. ¡Qué infeliz!
Siempre dije yo que Ortiz
era un simple, un majadero.

PEPITO. ¡Anímate, no seas tonto!
Acabaré mi paisaje.
(Me voy á poner el traje
de campaña.) Vuelvo pronto.
(Vase segunda derecha.)

CLETO. ¡Paciencia!

CONS. ¡Haber despreciado
milagro tan conocido!

PEPE. El milagro hubiera sido
que me lo hubiera comprado.

CLETO. (Contemplando el cuadro, que habrá cogido momentos antes.)

¡Si aquí el genio se remonta!
Lo venderás, sí, señor.
¡Pues si este cuadro es mejor
que *Doña Juana la Tonta!*
¡No aceptarlo! ¡Me incomodo!
¿Y que era malo te dijo?
¡Como si él tuviera un hijo
que pintara de este modo!
¡Qué comerciante! ¡Qué trepe
su ignorancia merecía!
¡Hombre, yo no compraría
más cuadros que los de Pepe!

PEPE. ¿Qué quieres? ¡Siento una pena!... (A Consuelo.)

CONS. Ortiz es un mentecato.

PEPE. Oye.

CONS. ¿Qué?

PEPE. Suprime el plato
extraordinario en la cena.

(Pepito se presenta con un quitasol y un sombrero de alas anchas. Por debajo de la americana se verán los faldones de la levita. En la mano la caja de pintor.)

PEPITO. Abur.

PEPE. ¿Te vas?

PEPITO. Mi destino
á que madrugue me invita.
Mañana haré una visita
al lucero matutino.

PEPE. Pero...

PEPITO. Cuenta por seguros
los diez duros de mi obra.

¡Chico, el dinero nos sobra!
¿Quién nos tose con diez duros?
Adiós.

CLETO. (¡Qué buen chico!)

PEPE. Espera.
¿Te vas sin un cuarto?

PEPITO. ¡Quita!
(Empeñaré la levita
ó viajaré en la perrera.) (Vase foro.)

ESCENA VIII

DICHOS, menos PEPITO

PEPE. Premiado pensé ver hoy
mi afán... y...

CLETO. ¿Qué duda tiene?

PAZ. ¡Consuelo! (Dentro.)

CONS. Mi madre viene.

CLETO. ¡Que nada sepa! (Coloca el cuadro en el caballete.)

PEPE. Me voy.

CLETO. (¡Pobrecillo!)

CONS. (Acompañando á Pepe.) ¿Eres capaz
de desmayar? ¡Qué inocente!
(Vanse puerta segunda izquierda.)

CLETO. ¡Doña Paz! Seré prudente.
Tengamos la fiesta en paz.

ESCENA IX

DON CLETO y DOÑA PAZ



PAZ. ¡Jesús qué casa!

CLETO. (¡Qué modos
tiene esta señora!)

PAZ. (Viendo á don Cleto.) ¿Qué?
¡Hola! ¿También aquí usté?

CLETO. ¡Sí, por aquí estamos todos!
Les he venido á traer...

PAZ. ¡Algún regalo, de fijo!

Por querer tanto á su hijo
lo está usté echando á perder.

CLETO. Yo protejo á los muchachos
en lo que puedo.

PAZ. ¡Bobada!
¡No les faltaría nada
si él no hiciese mamarrachos!

CLETO. ¡Señora!

PAZ. Tiene interés
en ser pintor sin valor.

CLETO. ¿Que no vale?

PAZ. (Viendo el cuadro.) No, señor.
¡Calle! ¿Ya ha vuelto Moisés?
¿Lo está usted viendo?

CLETO. ¡Le ruego
que no hable así!

PAZ. Y él creía
venderlo.

CLETO. (Conteniéndose.) (¡Nada, que el día
menos pensado, le pego!)

PAZ. ¿Qué ha de llegar á ser rico
con estas cosas? ¡Qué horror!

CLETO. ¡Señora!

PAZ. ¿Qué?

CLETO. ¡Por favor,
no hable usted mal de mi chico!
(Muy incomodado.)

PAZ. ¡Es claro! ¡Si es un padrazo
que siempre al hijo defiende!
¡Pinta un cuadro, no lo vende,
y encima le da un abrazo!
¡Y quiere que no me enoje!

Usté es un tonto y no ve...

CLETO. Bueno; de mí diga usté
todo lo que se le antoje.

PAZ. No, si yo no tengo gana
de reñir. Aunque usted quiera.

CLETO. ¡Corriente!

PAZ. Pero me altera
tener que venir mañana
y hallar esta casa así,
tan pobre, y ver que mi niña...
¿Y quiere usted que no riña?

CLETO. Bueno. Ríñame usté á mí.

PAZ. ¡Pero no! Ya son las cuatro.
¡Me voy! Mi furia contengo.
No quiero reñir, que tengo
que ir esta noche al teatro.
¡Esta boda me asesina!
¡Qué desgraciada mujer!
Pero... ¡abur! Voy á comer
á casa de una vecina. (Vase foro.)

ESCENA X

DON CLETO y CONSUELO



— CLETO —

I siempre riñendo está;
me pone fuera de mí.

— CONSUELO —

¿Se ha marchado mi mamá?

CLETO. Sí, hija mía... (Y ojalá
que no vuelva por aquí.)
(Vase puerta segunda izquierda.)

ESCENA XI

CONSUELO, y luego DON MANUEL

CONS. Por más que diga mi madre
que somos muy desgraciados,
la verdad es que con él
soy feliz, porque le amo. (Se sienta á coser.)

MAN. (En el foro, con una carta en la mano.)
(¡Esta es la casa, no hay duda!
¡Bien dice el amigo Llanos!

¡Qué miseria! ¡Pobre chico!
¡Calle! ¡Una joven! Sepamos.)
Señorita...

CONS. ¡Caballero!...
(¿Quién será?)

MAN. (¿Se habrá casado?)
Venía... con el propósito
de... de ver algunos cuadros.

CONS. Sí, señor; con mucho gusto.
Llamaré á mi esposo.

MAN. (¡Vamos!
¡Se ha casado! ¡Y es bonita!)

CONS. Pronto sale.

MAN. Aquí le aguardo.

CONS. ¡Pepe! (Vase puerta segunda izquierda.)

ESCENA XII

DON MANUEL, solo

MAN. Le diré que soy
cualquiera, un aficionado
á la pintura. ¡Eso es!
Pero... ¡qué veo! ¡Mi hermano!
(Viendo el retrato.)
¡Pobre Antonio! Si á su muerte
su fortuna ha derrochado
su hijo, disculpa tiene
sobrada en sus pocos años,
y hoy bien merece el perdón,
pues trabaja y es honrado.
¡Nada! ¡Nada! Cuánto tengo

será suyo. Sólo trato
de que él no sepa quién soy.
Seré para él un extraño.
Que no atribuya al cariño
lo que es premio á su trabajo.
Ya viene. ¡Qué ganas tengo
de abrazarle! Sin embargo,
procuraré dominarme.

ESCENA XIII

DICHO, PEPE y CONSUELO

PEPE. Caballero...
MAN. (¡Es el retrato
de su padre!) Vengo á ver
si me conviene algún cuadro.
PEPE. (¡Dios mío!) Tome usté asiento.
(Le da una silla.)
CONS. Siéntese usted. (Le ofrece otra.)
MAN. (Sentándose.) (¡Y es muy guapo!)
PEPE. (¿Quién será?) (A Consuelo.)
CONS. (Yo no lo sé.) (A Pepe.)
MAN. (¡Si no podría negarlo!
El mismo aire de familia!)
Pues... soy muy aficionado
á cuadros, ¡y los de usted
me entusiasman!
PEPE. (¡Chica!) (A Consuelo.)
CONS. (¡Bravo!) (A Pepe.)
PEPE. Muchas gracias.
MAN. Es lo cierto.

¿Tiene usté alguno? Veamos.
(Pepe indica el de Moisés.)

PEPE. No sé si éste... Es regular.



MAN. ¿Cómo regular? (Levantándose y yendo á mirarle.)
PEPE. (Asustado.) ¿Es malo?
MAN. ¡Al contrario! Es excelente.
PEPE. ¿De veras?
MAN. ¡Queda comprado!

PEPE. Mujer, tráele el sillón.

MAN. No, deje usted. Abreviando.
Compro este cuadro y aquél,
y aquellos dos.
(Indica tres de los que están arrimados á la pared.

CONS. y PEPE. ¿Eh?

MAN. Los cuatro.

PEPE. ¡Caballero!...

MAN. Por lo pronto... (Saca una cartera.)

PEPE. ¡Ay! ¡A mí me va á dar algo! (A Consuelo.)

MAN. Tome usted. (Dándole un billete.)

CONS. (A Pepe.) (¡Ya te lo dió!)

PEPE. ¿Qué es esto?

MAN. (¡Pobre muchacho!)
Cuatro mil reales.

CONS. (¡Dios mío!)

PEPE. ¡Cuatro mil! Es demasiado...

MAN. Guárdelo usted.

PEPE. Yo le ruego
que me permita...

MAN. Un abrazo. (Abrazándole.)

PEPE. ¡Sí, señor! ¡Y diez, y ciento!

MAN. (Qué ganas estoy pasando
de decirle: «soy tu tío.»
Pero ¡no!)

PEPE. (Me es muy simpático
este señor.) (A Consuelo.)

MAN. Ya que usted
tiene mérito sobrado...

PEPE. No, señor; mérito, no,
pero me sobra entusiasmo.

MAN. Este cuarto es muy pequeño.

PEPE. Mucho, sí, señor.

MAN. Yo, en cambio,
tengo una casa magnífica.
Soy solo, me sobra espacio;
por consiguiente, mañana...

CONS. y PEPE. ¿Qué?

MAN. Se vendrán á mi lado.

PEPE. ¡Cómo!

MAN. Es mejor para mí
y para ustedes.

PEPE. (¡Dios santo!)

MAN. De este modo, usted hará
lo que le vaya encargando,
y yo...

PEPE. Pero...

MAN. ¡Nada! ¡nada!
¡Apriete usted, y acordado! (Abrazándole.)
Mañana á las ocho en punto...

PEPE. Pero...

MAN. Calle de Serrano,
veinticinco.

PEPE. ¿Y á quién debo?...

MAN. Pregunte usted... por... don Pancho.
¡Ea! ¡Adiós! y hasta mañana.
¡Nada de cumplidos! ¡Vamos! (Vase)

PEPE. Disponga usted de nosotros. (Desde el foro.)
¡Tenga usté mucho cuidado!
Que está oscura la escalera
¡Consuelo! (Abrazándola.)

CONS. ¡Pepe!

PEPE. ¡Un abrazo!

ESCENA ULTIMA

PEPE, CONSUELO y DON CLETO

PEPE. ¡Padre! ¡Venga usted acá! (Muy contento.)
CLETO. ¿Qué pasa?
CONS. ¡Que venga usté!...
PEPE. ¡Ya somos felices!
CLETO. ¿Eh?
PEPE. ¡Que somos felices ya!
CONS. Que ha venido un caballero...
PEPE. ¡Que ya tengo un protector!
CLETO. ¿Un protector?
PEPE. ¡Sí, señor!
¡Y ya tenemos dinero!
CLETO. ¿Dinero?
PEPE. ¡Sí! ¡Ya soy rico!
CLETO. ¡Chico!
PEPE. ¡Otro abrazo!
CONS. ¡Qué suerte!
PEPE. ¡Apriete usted! ¡Fuerte!
CONS. ¡Fuerte!
CLETO. Pero, ¡chica! Pero, ¡chico!
PEPE. ¡Somos dichosos!
CLETO. ¡Despacio!
¡Yo no entiendo lo que pasa!
CONS. Que dejamos esta casa.
PEPE. Que tendremos un palacio.
CLETO. ¡Estás loco!
PEPE. ¡Qué he de estar!

Mire usted... ¡cuatro mil reales!
(Dándole el billete.)

CLETO. ¿Cómo? ¡Cuatro mil!...

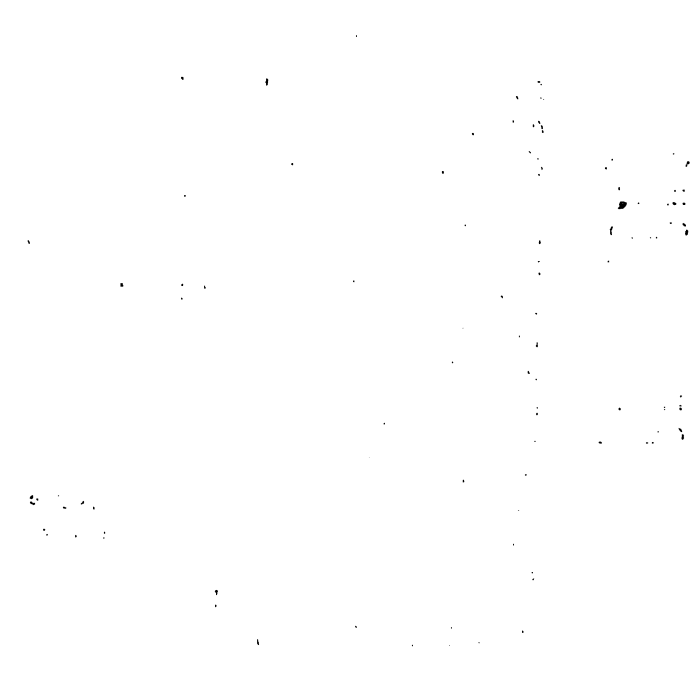
PEPE. ¡Cabales!

CLETO. ¡Yo me voy á desmayar!
¡Hijo de mi corazón!
¿Luego tú?... ¡Si yo no miento!
¡Si tienes mucho talento!
¡Al fin me dan la razón!

PEPE. ¡Padre! ¡El porvenir promete!

CLETO. Lograréis el bien que ansío!
¡Hijo! ¡Consuelo!
(Abrazándolos.)—Consuelo pasa al lado de Pepe y se abrazan contentísimos, mientras don Cleto dice aparte, mirando el billete:)
(¡Dios mío!
¿Si será falso el billete?)

FIN DEL ACTO PRIMERO



ACTO SEGUNDO

Sala lujosamente amueblada. Puerta al foro y laterales. Sofá, butacas, sillas, etc. Velador con recado de escribir y timbre.

ESCENA PRIMERA

DON MANUEL

MAN. Las diez y media. Ya pronto
debe venir mi sobrino.



Si ayer no encuentro en la Bolsa

á Llanos, mi buen amigo,
y no me cuenta el estado
lastimoso de Pepito,
me hubiera vuelto á la Habana
dejando á ese pobre chico
en tan triste situación.
Por fortuna, lo he sabido
á tiempo, y aunque mañana
me marche, le dejo escrito
á Llanos lo que ha de hacer
cuando me ausente.—¡Domingo!
(Toca el timbre.)

ESCENA II

DICHO, y DOMINGO, con librea.



DOM. ¿Niño Manuel, me llamaba?
MAN. ¡Qué torpeza! Ya te he dicho
que no me llames Manuel,
sino Pancho, que es preciso
que mis sobrinos no sepan...
DOM. Es que yo había creído
que como estábamos solos...
MAN. Bueno; pues en ti confío.
DOM. Crea su *mersé* que nadie
sabrá por mí...
MAN. ¿No ha venido
la nueva sirviente?
DOM. Está en sus labores.
MAN. ¿Has dicho
á la modista que vive
arriba?...
DOM. Tiene el aviso
y en seguida bajará
con los trajes que ha pedido.
MAN. ¡Corriente! Pues cuando lleguen...
DOM. ¿Los trajes?
MAN. No; mis sobrinos,
pásame al punto recado.
DOM. Esté su *mersé* tranquilo.
(Vase don Manuel puerta primera derecha.)

ESCENA III

DOMINGO

DOM. Amo Manuel es el hombre
más bueno que he conosido,
y para guardar secretos

no hay nadie como Domingo.

(Suena la campanilla.)

Pero llaman... ¡Ellos son!
Voy á ver. Justo, los mismos.
¡Pasen aquí sus mersedes!

(Mirando por el foro.)

ESCENA IV

DICHO, PEPE y CONSUELO

Pepe viene cargado con los cuatro cuadros.



PEPE. ¿Está don Pancho?
(Desde el foro y con marcada timidez.)

CONS. (¡Un negrito!)

DOM. Pero pasen adelante.

PEPE. Gracias.

DOM. ¿Quieren ver al niño
Pancho?

PEPE. ¿Al niño? ¡No, señor
¡Al papá!

DOM. ¡Si no tiene hijos!
¡Si niño Pancho es el amo!

PEPE. ¡Ah! ¡Vamos!... Pues, sí, venimos...

DOM. Tomen luneta. (Indica que se sienten.)

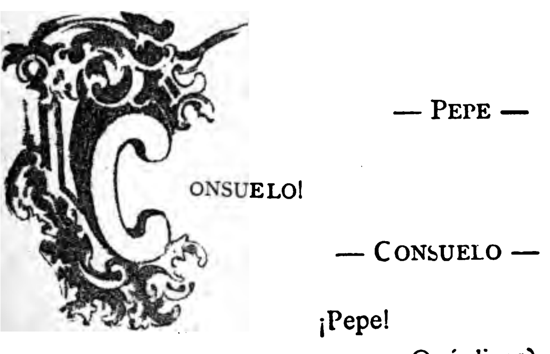
PEPE. Mil gracias.

DOM. Me voy á pasarle aviso.
(Vase puerta primera derecha.)

ESCENA V

PEPE y CONSUELO

Breve pausa, durante la cual miran asombrados el lujoso decorado.



— PEPE —

CONSUELO!

— CONSUELO —

¡Pepe!

PEPE. ¿Qué dices?

CONS. Que me están dando deseos...
PEPE. ¿De qué?
CONS. De reirme.
PEPE. ¡Tonta!
CONS. ¿Y es para nosotros esto?
PEPE. ¡No, mujer, no pidas tanto!
Te contentarás con menos.
¡Ha venido ese señor
como LLOVIDO DEL CIELO!
¡Y tendremos un lacayo!
CONS. Digo, digo. ¡Si no puedo
contenerme! (Riéndose.)
PEPE. ¡Qué chiquilla!
CONS. ¡Tú con lacayos!
PEPE. Lo cierto
(Sin poder permanecer serio.)
es que también me dan ganas
de reirme.
CONS. Ya te veo
con tu bata y con tu gorro.
pasear así muy serio.
Va usté á ser insoportable,
señor don José.
PEPE. (Yendo á dejar los cuadros sobre una silla.)
¡Consuelo!
CONS. ¡Hombre, no dejes ahí
los cuadros!
PEPE. Aquí los dejo.
(Yendo á dejarlos en el suelo.)
CONS. Que vas á manchar la alfombra.
PEPE. Pero, mujer, si es que quiero
abrazarte, y además

tienen muchísimo peso
estos cuadros: sólo en uno
traigo cuatro mil hebreos.
¡Estoy que no puedo más!

CONS. Don Pancho sale. ¡Silencio!

ESCENA VI

DICHOS y DON MANUEL, luego DOMINGO

MAN. ¡Oh, sobrí!. . Digo, señor
artista! ¡Señora!... ¡Veo
que ha cumplido la palabra!

CONS. Nosotros... obedecemos...

PEPE. Le traigo á usted estos cuadros.

MAN. Esa obediencia celebro.

CONS. Este, la verdad, temía...
pero yo le dije: ¡necio!
Cuando ese señor lo manda ..

MAN. ¡Bien dicho!

PEPE. Traigo estos lienzos...

MAN. (¡Es simpática esta chica!)
Pues nada de cumplimientos.
¡Aquí todos somos unos!

CONS. ¿Lo ves, hombre?)

PEPE. (Lo que veo
es que si no me los quitan
los voy á tirar al suelo.)

MAN. ¿Conque éste?... ¡Mas, calle! ¡Viene
con los cuadros!

PEPE. ¡Justo! Vengo...

MAN. ¿Para qué se ha molestado?

PEPE. ¡No es molestia, nada de eso!

MAN. (Llama.) ¡Domingo!

DOM. (Saliendo.) ¿El amo llamaba?

MAN. Coge esos cuadros y llévalos
á mi despacho.

DOM. ¡Está bien!

(Vase con los cuadros primera puerta derecha.)

PEPE. (¡Ay, gracias á Dios!)

MAN. (Se sientan los tres) ¡Sentémonos!

PEPE. Es usted para nosotros
la Providencia. No tengo
palabras con qué expresar...

MAN. ¡Hombre! ¡Déjate!... ¡Ah! Le ruego
que me perdone, si yo
le hablo de tú.

PEPE. ¡Sí por cierto!
¡Hábleme usted como quiera!

CONS. ¡Y á mí! Lo agradeceremos...

MAN. Decís bien; vosotros sois
muy jóvenes, y bien puedo...
Entre parientes...

PEPE. ¿Eh?

MAN. Digo, entre paréntesis, creo
que, como somos desde hoy
una familia... podemos
sin cumplidos...

PEPE. ¡Sí, señor!

MAN. (¡Si me descuido, lo suelto!)
En resumen, cuanto veis
es vuestro. (Se levantan los tres.)

CONS. y PEPE. ¿Cómo?

MAN. Que es vuestro.

Ordenad como si fuérais
aquí los únicos dueños.
Si algo queréis, lo pedís.

CONS. (¿Lo ves, hombre?) (A Pepe.)
PEPE. (¡Ya lo veo!)
MAN. Mira, tu estudio será
este salón. (Puerta primera izquierda.)
PEPE. Voy á verlo.
MAN. Compra cuanto te haga falta,
y no repares en precios.
¡Yo pago!
PEPE. Trabajaré
sin descanso ni sosiego.
MAN. No, no tanto; yo no soy
exigente.
PEPE. ¡Al fin ya puedo
pintar mi gran cuadro!
MAN. ¿Cuál?
PEPE. Mi *Juicio*.
MAN. ¿Qué estás diciendo?
¿Tu juicio?
PEPE. El de Salomón.
MAN. ¡Ah! ¡Vamos!
PEPE. ¡Aquí le tengo!
MAN. ¿Dónde?
PEPE. En la cabeza.
MAN. ¡Ya!
PEPE. Mañana mismo lo empiezo.
Voy á disponer mi estudio
¡No quiero perder el tiempo!
(Vase primera puerta izquierda.)

Yo, la verdad, me reía;
ya ve usted, ¡me tuteaba!
Y es que nuestro amor marchaba
más de prisa que el tranvía.
Me llamó "rosa de Abril:"
en sus ojos me miré,
y yo "tonto" le llamé
frente al cuartel de San Gil.
En la calle de Ferraz
nuestro diálogo animamos:
eterno amor nos juramos,
y él, con empeño tenaz,
"déjame estrechar tu mano."
me dijo.

MAN. Sí. ¡Y tú, de fijo
accediste!

CONS. Me lo dijo
de tal manera, que en vano
quise oponerme. ¡Le amaba
y mi mano abandoné
entre las suyas. ¡Si usté
viera cómo la apretaba!
"Déjame comerla á besos,"
me dijo. ¡Si estaba loco!
Tanto me opuse, que á poco
si me deshace los huesos.

MAN. ¿Y la besó?

CONS. No, señor.
Entonces, no. ¡Me negué!

MAN. ¿Por rubor?

CONS. No tal; porque
nos veía el cobrador.

Pero, al fin, le dije: "¡besa!„
durmiendo estaba mamá,
y en esto llegamos á
la calle de la Princesa.
¡Yo no me pude oponer,
sentí en el alma aquel beso!
Mas ¡ay! junto al Buen Suceso,
¿qué había de suceder?

MAN. ¿Qué?

CONS. Se detuvo el tranvía;
con dolor nos separamos,
pero antes...

MAN. ¿Qué?

CONS. Nos citamos
para vernos otro día.
Amor que es firme no pasa.
Nos vimos, y, claro está,
se presentó á mi mamá
y ella le ofreció la casa.
¡Nos queríamos de un modo!
No mediaban intereses.
Y, en fin, que á los cuatro meses
nos casamos. ¡Esto es todo!

MAN. ¡En corto viaje ha nacido
tu amor! (Levantándose.)

CONS. ¿Corto? Sin embargo...

MAN. (¡Digo! ¡Si llega á ser largo,
lo que hubiera sucedido!)

CONS. ¡Pero si no nació allí
nuestro amor!

MAN. ¿Que no? ¡Qué escucho!

CONS. ¡Nos conocíamos mucho!

MAN. ¡Ah, vamos!
CONS. ¡Claro que sí!
¡Apenas si paseó
mi calle de noche y día!
Lo que sucedió aquel día
fué que se me declaró.
MAN. Y sois felices, ¿verdad?
CONS. ¿Si lo somos? ¡Ya se ve!...
y queriéndonos usté,
¿qué mayor felicidad?
MAN. Dices bien, lo he declarado;
con alma y vida os protejo.
Hija mía, yo soy viejo
y el día menos pensado...
CONS. ¿Usté viejo? Si aparenta...
MAN. ¡Sesenta años!
CONS. No, señor.
MAN. Bien: te agradezco el favor
y sigo con mis sesenta.
CONS. Pues yo, don Pancho, creí...
MAN. ¡Tú sí que en la flor estás!
¡Y qué guapa! ¡Ya verás
qué trajes!
CONS. ¿Eh?
MAN. Para ti
los compré.
CONS. ¡Que me incomodo!
MAN. Déjame á mí.
CONS. Vamos, no.
MAN. Si yo quiero.
CONS. ¡Si es que yo
no quiero... de ningún modo!

MAN. Mujer, siendo tú la dueña
de esta casa, francamente...
CONS. No quiero trajes.
MAN. ¡Corriente!
CONS. Pero, en fin, si usted se empeña...
MAN. ¡Claro! Pepe es un artista
muy notable, y su mujer
necesita... Voy á ver
si ha llegado la modista.
CONS. Pero...
MAN. ¡Déjate, tontuela!
¡Adiós, que estás en tu casa!
(Vase por el foro izquierda.)

ESCENA VIII

CONSUELO, luego PEPE, más tarde DON CLETO

CONS. ¡Yo no sé lo que me pasa!
Y nos pondrá carretela,
de seguro. ¡Qué locura!
¡Yo en carretela! Ya, ya.
¡Para que diga mamá
que no vale la pintura!
PEPE. ¡Chica, qué estudio! Es grandioso.
Tiene vistas á un jardín.
¡Y vaya un jardín! En fin,
es un estudio precioso.
—¿Y mi padre? Yo no sé
cómo no viene...
CONS. A mamá
la he escrito y pronto vendrá.

PEPE. ¡Que venga! Yo le diré
lo que somos. Que reniegue,
como siempre, si es su gusto.
¡Pues, digo, chica, y el susto
de Pepito, cuando llegue!
¡Va á tener un alegrón! (Suena la campanilla.)
Llaman. ¿Quién será?

CONS. Mamá.

PEPE. ¡Mi padre! Venga usté acá. (Desde el foro.)
Pase usté á mi habitación.

CLETO. ¿Se puede entrar? (Con mucho temor.)

CONS. Pase usté.

CLETO. ¿No hay nadie?

PEPE. Solos estamos.
Sepa usted que aquí mandamos
en absoluto.

CLETO. Sí, ¿eh?
¡Je, je!

PEPE. ¡Si hay para adorarle!
¡Qué ganga, qué protector!

CLETO. ¿En dónde está ese señor?
Tengo ganas de abrazarle.
¡Qué lujo! Si no me atrevo
á estar aquí. ¿Qué dirán?
¡Y eso que llevo el gabán
de ceremonias! ¡El nuevo!
¡Je, je! ¡Si estoy que no *cabo*,
digo, quepo en mí de gozo!
¡Vaya un pintor, vaya un mozo!
¡Chico, *breva!* ¡Digo, bravo!
Esto se llama vivir.
Esto se llama ganar.

Con tal modo de *subar*,
¿dónde vamos á *parir*?
¿Lo veis? Si ya no consigo
dar pie con bola. Si hoy
estoy... ¡no sé cómo estoy!
¡Si no sé lo me digo!
¡Bien, hijos, bien! ¡Así os quiero!
¡Ricos! Me está dando gana
de asomarme á una ventana
y decir al mundo entero:
¡Señores: Pepe, mi chico,
ha encontrado un protector;
no hay otro artista mejor,
ni hay otro chico más rico!

PEPE. Pero, padre ..

CLETO. ¡Es la verdad!
¿Y tú el misterio prefieres?
Pues, no señor; sepan que eres
una notabilidad.

CONS. Dice bien. Es conveniente.

CLETO. Justo. ¡Y caigan los que caigan!

CON Voy á decir que le traigan
un vaso de agua. (Toca el timbre)

CLETO. (Riéndose.) ¡Inocente!
¡No temas, no me desmayo!
Estoy bien.

CONS. ¡Si ya lo sé!

PEPE. Lo pide para que usté
conozca á nuestro lacayo.

CLETO. ¿Sí? Pues que venga al instante.
¡También lacayos! Me alegro.

ESCENA IX

DICHOS y DOMINGO

DOM. ¿Me llama? (Desde el foro.)



PEPE. (A Cleto, indicando á Domingo.)
(¿Qué tal?)
CLETO. ¡Un negro!
Esto sí que es elegante.
CONS. Un vaso de agua... (A Domingo.)
DOM. En seguida.
CONS. Para el señor. (Indica á don Cleto.)
DOM. Voy vivito.
(Vase. Los tres le siguen con la vista hasta que desaparece por el foro.)
CLETO. Buena casa, y con negrito.

¡Os vais á dar la gran vida!

PEPE. Don Pancho me ha dicho ya
que compre lo necesario,
que él paga.

CONS. ¡Si es millonario!

CLETO. Claro que lo pagará.

PEPE. Mañana mismo comienzo
mi gran cuadro.

CLETO. Sin tardar.

PEPE. Voy á salir á comprar
las doce varas de lienzo.

CLETO. ¿Doce varas?

PEPE. Sí, señor.

CLETO. ¿Y en doce varas te paras?

PEPE. ¿Pues qué?...

CLETO. Compra veinte varas;
cuanto más grande, mejor.
¡Tú en esta casa! ¡Je, je!
¡Quién pudiera presumir!
(Se presenta Domingo con el vaso de agua.)
¡Si nadie puede decir
de este agua no beberé!

DOM. ¿Que no la bebe? Si está
muy limpita; es de la fuente.

PEPE. No dice eso.

CLETO. (¡Qué ocurrente!)

DOM. ¿Me la llevo?

PEPE. Déjala.

(Domingo deja el vaso de agua sobre el velador, y vase por el foro.)

CLETO. Me hace gracia ese negrito.
Creía... ¡Y qué feo es!

PEPE. Yo me voy; hasta después.
(Abraza á don Cleto y á Consuelo, y vase por el foro.)

CLETO. ¡Veinte varas! ¡Cuidadito! (Desde el foro.)

CONS. Don Pancho dirá que sí
á todo. ¡Es muy singular!
¡Si hasta ha mandado á comprar
varios trajes para mí!

CLETO. ¿De veras?

CONS. Dice que artistas
como Pepe...

CLETO. Dice bien.
¿Quién sabe? Será también
protector de las modistas.

ONS. No quiere ponernos tasa.
Es muy bueno ese señor.

CLETO. ¡Pero, chica, por favor!
¡Yo quisiera ver la casa!

CONS. No conozco... Pero, en fin,
si usted quiere, bajaremos
al jardín.

CLETO. ¿Esas tenemos?
Pues vámonos al jardín
á respirar la fragancia.

CONS. Le preguntaré...
(Va á tocar el timbre. Don Cleto la contiene y le toca él.)

CLETO. No, no.
Deja que le llame yo.
Me gusta darme importancia.
Hoy voy á enorgullecerme.

DOM. ¿Llama *su mersé*?

CLETO. (¡Je, je!
¡Y me llama *su mersé* (Riéndose.)

Si no puedo contenermel)

(Intenta dirigirse á Domingo, pero la risa se lo impide.

Díselo tú. (A Consuelo.)

CONS. Deseamos

ir al jardín.

DOM. Por allí.

(Indica la puerta segunda izquierda.)

CONS. ¿Por aquella puerta?

DOM. ¡Sí!

CLETO. (¡Yo, su *mersé!*)

CONS. ¿Vamos?

CLETO. ¡Vamos!

(Vanse Cleto y Consuelo riéndose y mirando con asombro á Domingo, puerta segunda izquierda.)

DOM. ¡Que siente bien el paseo! (Suena la campanilla.)

¿Llaman? Veré qué se ofrese.

¡Si hoy en la casa parese

que estamos de jubileo! (En el foro.)

PEPITO. ¡Soy su amigo y confidente! (Desde dentro.)

DOM. Preguntan por don José. (Desde el foro.)

Pase, pase su mersé. (Domingo se retira.)

ESCENA X

PEPITO, más tarde DOMINGO

PEPITO. "¡Ah de casa! ¡Buena gente!„

(Desde la puerta y cantando.)

¿Qué es eso? ¿No hay nadie aquí?

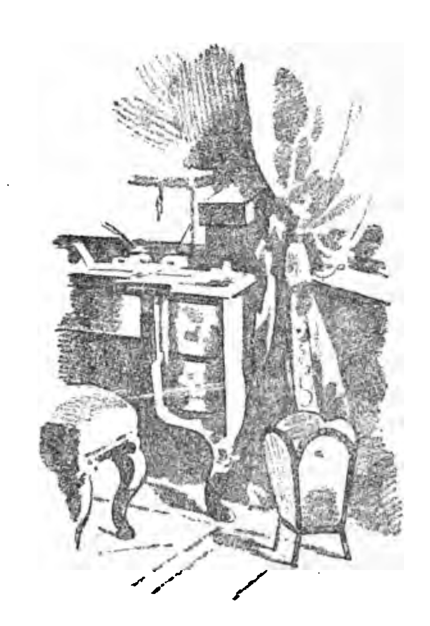
¿En dónde está ese pintor

y dónde ese protector

que no me protege á mí?

Llego hace poco á mi casa,
é iba á subir la escalera,
cuando dice la portera:
"¿No sabe usted lo que pasa?
¡Es un caso extraordinario!„
¿Qué pasa? le pregunté.
"¡Pues, nada, que á don José
le ha salido un millonario!„
Yo lo dudé, lo confieso;
pues aunque mi amigo vale,
un millonario no sale
como si fuera un divieso.
Pero yo me convencí.
¡Un don Pancho es el Mecenas!
¡Señor! Tú que ves mis penas,
mándame otro Pancho á mí.
¡Yo le sabré contentar!
¡Yo haré dichosa su vida!
Yo haré todo lo que pida,
todo. . menos trabajar! (Se sienta en una butaca.)
El que trabaja es un loco.
Mi antigua vida recuerdo.
¡Pero, canastos! ¡qué pierdo (Levantándose.)
mi dignidad! ¡Poco á poco!
Si Pepe halló un protector
que su mérito ha premiado,
¿puedo yo estar á su lado
como siempre? ¡No señor!
cuando era pobre, ¡corriente!
fuí su leal compañero;
pero hoy que tiene dinero,
el caso es muy diferente.

Pepe de fijo que no
querrá acceder, ¡claro está!
Pero don Pancho dirá
que qué pito toco yo.
¡Y tendrá razón sobrada!
No toco pito ninguno.
¡Y pecara de importuno
siguiendo aquí! ¡Nada, nada!
¡La solución es sencilla!
Que sólo á Pepe proteja.
A mí el deber me aconseja
que me vuelva á la guardilla.
Allí viviré del modo
que el Señor me dé á entender.
¡Esto es lo que debo hacer!



¡La dignidad ante todo!
Quiero que la humanidad
diga cuando muera yo:
¡Pobre chico! ¡Se murió
de empacho de dignidad!
Mas nadie viene... Marchemos,
¡ya que la suerte lo quiso! (Se sienta á escribi
¡Voy á escribirle! Es preciso
que hoy mismo nos separemos. (Escribe.)
"¡Querido Pepe: Los dos
„fuimos del destino en pos
„como uno solo hasta aquí,
„y vivíamos así
„en paz y en gracia de Dios.
„Pero hoy ya todo ha cambiado,
„y una decisión formal
„en vista de eso he tomado.
„Búsqueselas cada cual
„á su modo y por su lado.
„Sé que voy á entristecerte;
„pero yo, para animarte,
„de cuando en cuando iré á verte.
„¡Adiós! ¡Y que viva el arte!
„¡Maldita sea mi suerte!„ (Firma y pone el sobr
¡Ajajá!
¡Yo me las busco (Toca el timbre.)
por ahí! ¡Teniendo cama,
me basta!

DOM. ¿Su mersé llama?

PEPITO. ¡Hola! ¡Acércate, Nelusko!
Toma, y confío en tu celo.
¡Entrega esta carta! (Se la da.)

¿Qué nota tiene?

PACO. "Suspenso."

ROQUE. ¡Dios mío!

(Cae como desmayado sobre Francisco y Fermín.)

FRANC. ¿Cómo?

ROQUE. ¡Ay de mí!

¡Qué desengaño!

PACO. ¿Qué es eso?

FERMÍN. (Tomando el pulso al tío Roque.)

¡Una simple lipotimia!

PACO. ¡Si es que no nos entendemos!

¡El suspenso he sido yo!

ROQUE. ¿De veras? (Incorporándose.)

PACO. ¡Pues ya lo creo!

Francisco, es Pérez Gazapo,

y yo soy Pérez Conejo.

COSME. ¡Vaya un gazapo!

PACO. En fin, todos

aprobados. (Se baja de la silla.)

ARTURO. ¿Todos? (A Paco.)

PACO. (A Arturo.) ¡Menos

tú y yo! ¡Paciencia!

ARTURO. (Muy afligido.) ¡A mi tío

se lo voy á decir luego!

COSME. ¡Señores! ¡Viva el estudio!

(Tirando el sombrero al alto.)

VARIOS. ¡Viva!

ROQUE. ¡Convido á un almuerzo

á *toos!*

VARIOS. ¡Bravo!

OTROS. ¡Admitido!

PACO. (¡Ya cayó un primo!) ¡Lo acepto!

ESCENA XI

PEPITO y luego DON CLETO

PEPITO. (Toma el sombrero para marcharse y se detiene ante el sofá.)



¡Qué sofá! ¡Cristo bendito!
¡Con qué placer me estaría
tumbado en él noche y día!
Mas ¡cómo ha de ser! (Va á marcharse.)

CLETO. ¡Pepito!

PEPITO. ¡Don Cleto! ¡Mi enhorabuena! (Se abrazan.
CLETO. ¡Se ha colmado mi deseo!
Vengo de dar un paseo
por el jardín.
PEPITO. (¡Ay, qué pena!)
¡Un jardín!
CLETO. ¡Lo que he corrido!
¡Lo que Consuelo ha saltado!
PEPITO. ¿En dónde está?
CLETO. La han llamado
para probarle un vestido.
¡Si hay para estar satisfecho!
¡Bendito sea don Pancho!
¡Ah! ¡Si de gozo me ensancho!
PEPITO. (¡Y yo de pena me estrecho!)

ESCENA XII

DICHOS y DON MANUEL

MAN. ¿Eh? (¿Quiénes serán?)
CLETO. (A Pepito.) (¡Es él!)
¡Don Pancho! (Yendo hacia él.)
MAN. ¡Muy señor mío!
CLETO. ¡Déjeme usted que le abrace!
MAN. ¡Caballero!
CLETO. ¡Necesito
desahogar! ¡Ay, don Pancho!
MAN. Pero...
PEPITO. ¡Qué caritativo! (Abrazándole.)
(¡A ver si le caigo en gracia!)
CLETO. Dios premie los beneficios

que le debemos.

MAN. Señores. .

PEPITO. Usted sólo ha comprendido
lo que merece un artista.

MAN. ¡Ah! ¡Vamos! Ya me lo explico.
¿Me hablan ustedes de Pepe?

CLETO. ¡Pues es claro!

PEPITO. De ese mismo.

MAN. ¡Acabáramos!

CLETO. ¡Qué orgullo
siento yo!

MAN. ¿Sí? Pues no atino...

CLETO. ¿Pues no he de estar orgulloso,
siendo su padre?

MAN. ¿Político?

CLETO. No, señor: ¡yo no me meto
en política!

MAN. (¡Qué tipo!)

CLETO. ¡Qué muchacho! ¡Qué manera
de pintar!

MAN. Yo no me fijo
en si pinta bien ó mal.

CLETO. ¿Que no?

PEPITO. (Por ese principio
bien pudiera protegerme.)

MAN. Me guían otros motivos...

PEPITO. ¿Eh?

CLETO. (¿Qué motivos serán?)

MAN. Debo tenerle cariño
por razones...

CLETO. ¿Eh?

MAN. (¡Qué diablo!

Tengo ganas de decirlo.)
¡Veo que ustedes á Pepe
le quieren!

CLETO. ¡Más que á mí mismo!

MAN. Pues bien, en secreto, yo
cumplo un deber sacratísimo.

CLETO. ¿Un deber?

PEPITO. (No lo comprendo.)

CLETO. ¿Dice usted?

MAN. ¡Sí, amigo mío!
Su pobre padre...

CLETO. ¿Eh?

MAN. Merece
que yo...

CLETO. ¡Sea usted bendito
mil veces! ¡Cuánto agradezco!... (Abrazándole)

MAN. ¡Cómo! ¿Usted ha conocido
á su padre?

CLETO. (¡Qué ocurrencia!)
¿Al padre de Pepe? Digo... (Riéndose.)

MAN. ¡Desde el cielo me bendice!

PEPITO. (¿Eh?)

CLETO. ¡No, señor; si está vivo!

MAN. ¿Cómo?

CLETO. ¡Soy yo!

MAN. Usted será
su suegro; ya me lo ha dicho.

CLETO. ¿Cómo su suegro?

MAN. (Riéndose.) Pero, hombre...
¡Ah, ya! ¡Su padre adoptivo!

CLETO. ¡No, señor! ¡Lo que se llama
un padre!

MAN. (¡Ha perdido el juicio!)
¿Conque usted... su padre?

CLETO. ¡Claro!

MAN. ¡Es chistoso! (¡Pobrecillo!)

CLETO. (¡Qué empeño tiene en que no
sea padre de mi hijo!)

PEPITO. ¡Dice bien! (Por don Cleto.)

MAN. (Riéndose.) ¿También usted?

CLETO. ¡Y se ríe!

MAN. Hombre, me río
con razón. ¿Conque usted es?...

CLETO. Pues claro que lo soy... Digo... (Dudando.)
(¡Ay, Dios mío! ¡Yo no sé
lo que me pasa!)

MAN. ¡Amiguito!
hablemos con calma; estamos
metiéndonos en un lío.

CLETO. ¡Y tan gordo! ¡Ya lo creo!

MAN. Que no sepa nada el chico.
Yo soy...

CLETO. ¿Como? ¿qué es usted?

MAN. Digo que yo soy su tío.

CLETO. ¡Su tío! (Riéndose.)

PEPITO. (¡Qué idea!)

MAN. ¡Sí!
Hace días que he venido,
Y yo no me llamo Pancho.

CLETO. Se llamará usted Francisco.
¡Es igual!

MAN. Yo soy Manuel.

PEPITO. ¿Eh, cómo? ¿Manuel ha dicho?
(¡Ay, Virgen santa!)

MAN. ¿Qué pasa?
PEPITO. ¿Es usted Manuel Urquizo?
MAN. ¡Sí, señor!
PEPITO. (Le abraza.) ¡Tío del alma!
MAN. ¿Qué?
CLETO. (¡Gran Dios!)
PEPITO. ¡Tío querido!
MAN. ¿Qué significa?
PEPITO. Que soy
el verdadero Pepito.
MAN. ¡Cómo! ¿El hijo?...
PEPITO. ¡Sí señor!
¡De mi padre, su sobrino!
CLETO. (¡Santo cielo!)
MAN. ¿Luego entonces?...
PEPITO. Es un caso muy sencillo.
¡Que como somos tocayos
y como los dos vivimos
juntos!.. Deme usté un abrazo.
MAN. Dices bien. ¡Si eres su mismo
retrato! (Abrazándole.) ¡Si esa es la cara
de Antonio! ¡Qué parecido!
PEPITO. ¡Tío de mi corazón!
MAN. ¡Aprieta! ¡Llanos me ha dicho!...
¡Vamos á verle en seguida!
PEPITO. ¡Vamos!
MAN. ¡Vamos!
PEPITO. (¡Ya soy rico!)

(Vanse foro don Manuel y Pepito.)

ESCENA XIII

DON CLETO, y luego CONSUELO, vestida elegant emente.

CLETO. Ya no somos nada aquí.
Y yo que había creído...
CONS. (¡Si parezco una duquesa!)
¿Qué tal estoy?
CLETO. (¡Ay, Dios mío!
¿Y cómo le digo yo?...
CONS. ¡Eh! ¡Qué traje tan bonito!
Pero... ¿que le pasa á usted?
¡Vamos! ¡No se ha convencido
todavía de que somos
tan dichosos!
CLETO. (¡Pobrecillos!
¡Buen trago les voy á dar
cuando sepan lo que ha habido!)
CONS. Pero ¡por Dios! ¿qué le pasa?
CLETO. Algo muy grave.
CONS. ¿Eh?
CLETO. ¡Gravísimo!
CONS. ¿Qué dice usted?
CLETO. ¡Sí, hija mía!
CONS. Pero... (Se presenta Pepe.)
CLETO. ¡Calla! (¡Pobre chico!)

ESCENA XIV

DICHOS y PEPE, con un gran rollo de lienzo.

PEPE. ¡Ya estoy de vuelta! Ya está
comprado lo necesario.
¡Esto de ser millonario!...
CONS. (¡Dios mío! ¿Qué pasará?)
PEPE. ¡Vaya un traje! ¡Así se viste!
(Abrazando á Consuelo.)
¡Cuando te vea tu madre!...
Mas ¿qué tienes?
CONS. ¡Que tu padre
está triste!
PEPE. ¿Cómo triste?
¿Por qué pone usté esa cara?
¡No encuentro razón ninguna!
¿Duda usté de mi fortuna?
CLETO. (¡Ojalá no lo dudara!)
PEPE. ¡Será un templo de las artes!
¡Qué estudio voy á poner!
¡Qué ganga esto de tener
cuenta abierta en todas partes!
CLETO. (¡No es mala ganga!)
PEPE. ¡He gastado
seis mil reales!
CLETO. (¡Ay de mí!)
PEPE. ¡Don Pancho lo quiere así!
CLETO. ¿Cuántas varas has comprado?
PEPE. ¡Veinte!
CLETO. (¡Gran Dios!)

PEPE. Las precisas.
¡Será un cuadro colosal!
¡Y es buen lienzo! (Mostrándoselo.)
CLETO. (¡Menos mal;



servirá para camisas!)
PEPE. ¡Qué cuadro! ¡Qué maravilla!
Don Pancho será su dueño.
¡Vamos! ¡Si parece un sueño!
CLETO. Pues es una pesadilla.
PEPE. ¡Pesadilla!
CLETO. Sí, señor.
No hagas más gastos.
PEPE. ¿Por qué?
CLETO. Por... nada.
PEPE. ¿Qué tiene usté?
CLETO. (¡No hay más remedio!)

¡Valor, hijos míos!

PEPE. ¿Pues que pasa?

CONS. Habla usted de una manera...

CLETO. ¿Qué pasa? ¡Una friolera!
¡Que ya no es vuestra esta casa!

PEPE. ¡Acabe usted!

CONS. ¡Es cruel!

CLETO. Que ese don Pancho... bendito,
es el tío de Pepito
y te ha tomado por él.

PEPE. ¿Cómo? ¿Es cierto?

CLETO. ¡Sí señor!

PEPE. ¡Ay, Dios mío de mi alma!

CONS. ¡Ay, Pepe!

CLETO. ¡Tened más calma!

PEPE. ¡Si yo no puedo!

CLETO. ¡Valor!

CONS. ¡Era el tío de Pepito!

CLETO. ¡Devuelve el traje, hija mía!

CONS. (¡Ay qué lástima, y me hacía
un cuerpo tan chiquitito!)

PEPE. ¡Y yo necio que pensaba!...

CLETO. ¡Pues cómo ha de ser!...

PEPE. ¡Ay, padre!

PAZ. ¿Dónde están? (Dentro.)

CONS. (¡Cielos!)

CLETO. ¡Tu madre!
(¡Esto sólo nos faltaba!)

ESCENA XV

DICHOS, DOÑA PAZ, luego DOMINGO

PAZ. ¿En dónde están? ¡Qué alegrón
tuve al saber la noticia! (A Pepe, abrazándole.)
¡Al fin te han hecho justicia!
¡Hijos de mi corazón! (Abrazando á Consuelo.)
¡Ay, don Cleto! ¿Quién diría? (Abrazándole.)
¡Si vales mucho! (A Pepe.) ¡Qué casa!
¡Qué lujo! ¡Si lo que pasa
es increíble! ¡Hija mía! (A Consuelo.)
¡Ya es tiempo de que recuerdes
lo que he sido! ¡Una señora!
¡Al fin te llegó la hora!

CLETO. (¡A buena hora, mangas verdes!)

PAZ. ¡Pero, muchachos! ¡Consuelo!
¿Qué tenéis? ¿Por qué calláis?
Cualquiera dirá que estáis,
más que de albricias, de duelo.

CONS. ¡Ay, mamá!

PAZ. ¡Vaya unos modos
de recibirme! ¿Es que estoy
estorbando? ¡Bien! ¡Me voy!

CLETO. ¡No! ¡Si nos marchamos todos!

PAZ. ¿Cómo?

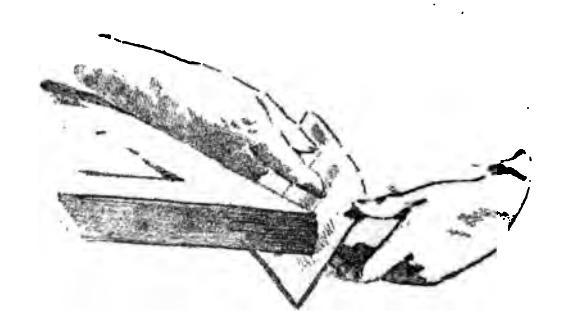
CLETO. Sí, señora, sí.

PAZ. ¿Que se marchan? ¡Qué capricho!

CLETO. Ya no hay nada de lo dicho,
y estamos de más aquí.

PAZ. ¡Pero, hombre!...
PEPE. (¡Estoy en un potro!)
PAZ. ¿Dónde está esa protección?
CLETO. ¡Si hubo una equivocación!
¡El protegido es el otro!
PAZ. ¿El otro?
CLETO. ¡Pepito!
PAZ. ¿Qué?
CLETO. ¡Ese es el rico!
PAZ. (¡Dios mío!)
CLETO. ¡Resultó que era su tío!
PAZ. (A Pepe.) ¡Ya!
¿De manera que á usté
le protegió? ¡Qué locura!
PEPE. ¡Me creyó pariente!
PAZ. ¡Sí!
(Ya me parecía á mí
que no era por la pintura.)
CLETO. ¡Ten ánimo! (A Pepe.)
PEPE. ¡Si repito
que no puedo!
CLETO. ¡Vamos! ¿Eh?
(Van á dirigirse al foro, y se presenta Domingo con una carta.)
PEPE. (¡Gran Dios!)
DOM. Para su mersé. (A Pepe, y vase.)
CLETO. ¡Una carta!
PEPE. ¡De Pepito!
(Viendo el sobre. Durante lo que sigue pasará la carta de mano en mano.)
CONS. ¡Claro! En ella explicará
lo que pasa.

CLETO. Acaso diga
que te marches.
PEPE. O que siga
viviendo aquí.
CONS. Tratará



de disculparse.
PEPE. ¡Quién sabe!
¡Tal acción no se concibe!
CLETO. Entonces ¿á qué te escribe?
PEPE. ¡Dice usted bien!
CLETO. ¡Eso es grave!
PEPE. ¡Si no puede ser! Acaso
tenga razones...
CLETO. ¡No sé!
PAZ. Pero, hombre, léala usté
y así salimos del paso.
PEPE. "Querido Pepe: los dos (Leyendo.)
„fuimos del destino en pos
„como uno sólo hasta aquí,
„y vivíamos así
„en paz y en gracia de Dios.„

¿Le ve usted? ¡Si es un amigo
múy cariñoso!

CLETO. ¡Corriente!

PAZ. ¡Es un muchacho excelente!

CONS. ¿Qué más te dice?

PEPE. Prosigo. (Lee.)
"Pero hoy ya todo ha cambiado,
(Transición en los semblantes.)
„y una decisión formal
„en vista de eso he tomado.
„Búsqueselas cada cual
„á su modo y por su lado.„

CONS. ¡Virgen Santa!

PEPE. ¡Nos despide!

CLETO. ¡Si antes se marchó de aquí
sin decirme adiós!

PEPE. ¡Que así
de nuestra amistad se olvide!

CONS. ¡Es un ingrato!

PEPE. ¡Ay, Consuelo!
¡Nunca lo hubiera creído!

PAZ. (¡Ay! ¡Si se habrá arrepentido
de tomarme por modelo!)

PEPE. No aguardo un momento más.
¡Vamos!

CLETO. ¡Vamos!
(Se dirigen resueltamente al foro.)

ESCENA ULTIMA

DICHOS y PEPITO, más tarde DON MANUEL

PEPITO. ¡Llegó el día! (Muy alegre.)
¡Tocayo del alma mía! (Abrazándole.)
CLETO. (¿Qué es esto?)
PEPITO. ¡Te alegrarás!
A darte una nueva vengo.
CLETO. (¿Qué dice?)
PEPITO. Quien siembra bienes
recoge... Pero... ¿qué tienes?
PEPE. ¿Y me preguntas qué tengo?
¿Es tuya esta carta?
PEPITO. ¡Sí!
PEPE. ¡Y lo confiesa!
PEPITO. Pero, hombre...
¿qué hay en ello que te asombre?
¡Si esa carta la escribí
cuando rico te creía!...
pero ahora...
PEPE. (No me explico...)
PEPITO. ¡Don Cleto, Consuelo, chico!... (Abrazándolos.)
¡Estoy loco de alegría!
¡Ya somos todos felices!
Mi tío...
PEPE. ¡Acaba, por Dios!
¿Qué?
PEPITO. Nos protege á los dos.
CLETO. ¿Es de veras?
CONS. ¿Sí?

PEPE. ¿Qué dices?
PEPITO. ¡Que al fin salimos de apuros!
¡Gran porvenir se presenta!

CLETO.
CONS.
PEPE.
¿Eh?

PEPITO. Nos señala una renta
anual de cuatro mil duros.
PEPE. ¡Dios mío! (Pasa á abrazar á Consuelo.)
CLETO. (¡Y yo que dudé!)
¡Pepito, por compasión,
pégueme usté un bofetón!
¡Lo merezco!
PEPITO. ¡Venga usté! (Se abrazan.)
PEPE. ¡Ay, Consuelo!
CONS. ¡Al fin te alegras!
¡Qué gusto! Ya no me quito
el traje.
PAZ. ¡Adiós, don Pepito!
PEPITO. ¡Adiós, modelo... (de suegras!) (Saludándola.)
CLETO. ¡Aquí está! (Se presenta don Manuel.)
PEPITO. ¡Tío querido!
MAN. Ya sabéis...
PEPE. Gracias le damos.
MAN. Nada de gracias: estamos
en familia. Ya he sabido
de esta amistad la verdad,
y como á todos os quiero,
en mí un deber considero
afirmar vuestra amistad.
CLETO. ¡Qué bueno!
MAN. (Abrazándole.) Quiero que aquí

viva usted. (A don Cleto.)

CLETO. ¿Quién, yo?

MAN. ¡Lo exijo!

CLETO. Siendo dichoso mi hijo,
nada quiero para mí.

MAN. Pero queriéndolos tanto...

CLETO. Todos los días vendré.

PAZ. Dice bien; yo viviré
con ustedes. (Aparte á Pepito.)

PEPITO. (¡Cielo santo!)
¡Señora, qué atrocidad! (A doña Paz.)
No conviene.

PAZ. ¿Cómo no?

PEPITO. Sabiendo que usted y yo...
¿Qué dirían?..

PAZ. ¡Es verdad!
¡Vaya, abur! Ya volveré.
Voy á comer. (Medio mutis.)

MAN. Hoy tendremos
festín. Lo celebraremos.

PAZ. Entonces me quedaré.

PEPITO. (No vuelvo á pintar más soles.)
(Tumbándose en la butaca.)

MAN. Os dejo casa y dinero.
Nada os falta. Sólo quiero
que trabajéis.

PEPITO. (Levantándose.) (¡Caracoles!)

CLETO. ¡Bien dicho!

PEPE. Su protección,
ánimo nos ha de dar.

CLETO. Hijo, ya puedes pintar
El Juicio de Cicerón.

¡Si lo estoy viendo y lo dudó!
¡Ay, don *Pincho!* ¡Usted perdone!
Con el placer, se me pone
una garganta en el nudo.
¿Ve usted? ¡Ya me he *equivoquido!*
Hay para tomarlo á risa.
¡Si no sé lo que me *pisa!*
Digo... En fin, ya me ha entendido
Y no ha de faltarnos nada (Al público)
si tu bondad nos ayuda,
dándonos una *palmuda*,
digo, *palmida*, ¡*palmada!*

Vital Aza

FIN DE LA COMEDIA

APROBADOS Y SUSPENSOS

PASILLO CÓMICO

EN UN ACTO Y EN VERSO

ORIGINAL DE

VITAL AZA

Estrenado en el teatro de Variedades el 20 de Diciembre de 1876.

REPARTO

PERSONAJES	ACTORES
PACO..............................	Sr. Vallés.
DON COSME.........................	» Luján.
ARTURO............................	» Riquelme.
EL TÍO ROQUE......................	» Banovio.
FERMÍN............................	» Ruesga.
FRANCISCO.........................	» Lastra.
ESTUDIANTE 1.º....................	» Osuna.
EL BEDEL..........................	» González.
ESTUDIANTE 2.º....................	» Valero.
UN PROFESOR.......................	» Máiquez (D. J.)
ESTUDIANTE 3.º....................	» Fernández.

VARIOS ESTUDIANTES

La acción en Madrid y en el Colegio de Medicina.

ACTO UNICO

La escena representa una de las galerías del Colegio de San Carlos. Decoración blanca, cerrada en el primero y segundo término, y abierta sólo en el último derecha é izquierda. En el foro telón blanco con una puerta grande en el centro, sobre la que habrá un letrero que diga: *Aula núm. 13.* A la izquierda (1) de la puerta una silla para el Bedel.

ESCENA PRIMERA

FERMÍN, FRANCISCO, ESTUDIANTES 1.°, 2.° y 3.° y el BEDEL. Este último con dos galoncitos dorados y F de M en la gorra y un galón ancho en la bocamanga de la levita, estará sentado en la silla. Los demás personajes y algunos otros aparecen formando dos grupos



FERMÍN. ¡Ya pronto empieza el examen!
EST. 1.° ¡Se acerca la hora fatal!

---

(1) Por derecha ó izquierda se entiende la del espectador.

FRANC. ¡Yo no he pegado los ojos
anoche por estudiar!

FERMÍN. Ayer han salido muchos
suspensos.

EST. 2.° ¡Qué atrocidad!

EST. 1.° ¡Si son lo más rigurosos!...

FERMÍN. ¡Pues mira que si hoy están
lo mismo, nos divertimos!

FRANC. ¡Nos tendremos que aguantar!

FERMÍN. ¿Empezamos? (Al Bedel.)

BEDEL. Todavía
no se formó el tribunal.

FERMÍN. ¿Qué hora tenéis?

EST. 1.° Yo, ninguna.

EST. 2.° Yo no sé.

FERMÍN. Mi reló está
en Peñaranda.

EST. 2.° ¿De veras?

FERMÍN. Sí; se ha empeñado en viajar.

FRANC. El mío está descompuesto.

FERMÍN. En putrefacción, dirás.

FRANC. Quiero decir que no anda.

FERMÍN. ¿Tiene parálisis?

FRANC. ¡Bah!
¡Siempre con el tecnicismo!

FERMÍN. Pero, hombre, ¿cómo he de hablar?
El médico ha de expresarse
de una manera especial.

FRANC. Para que nadie le entienda.

FERMÍN. ¡Precisamente! Ahí está
la manera de ser uno
una notabilidad.

Vas, por ejemplo, mañana,
cuando estés en el lugar,
á visitar á un ricacho
que padece cualquier mal,
es decir, un dolorcillo
de cabeza nada más.
Le pulsas, miras su lengua,
se la vuelves á mirar,
y luego con mucho aplomo
dices: ¡comprendido está!
su dolencia, amigo mío,
es... ¡cefalalgia frontal!...
El hombre oye estas palabras,
que no se acierta á explicar,
y si luego hablas del nervio
trigémino y del labial,
ve el enfermo que no eres
ningún médico vulgar,
sino un doctor consumado,
una notabilidad.

FRANC. O ve que soy con tal charla
un farsante, un lenguaraz,
y me paga la visita
y no me vuelve á llamar.

FERMÍN. Pues, chico, ¡ese es mi sistema!

FRANC. ¡Valiente negocio harás!

FERMÍN. Cuestión de temperamento.
No se puede remediar.

EST. 2.° Francisco dice muy bien.

EST. 1.° Fermín dice la verdad.

FRANC. Veremos si en el examen
te expresas de un modo igual,

y prodigas esos términos.

FERMÍN. ¿Lo dudas? ¡Ya se verá!
Precisamente, el temor
es condición especial
para que brote en seguida
toda mi locuacidad.

EST. 1.° ¡Ay, chico, qué suerte tienes!

FERMÍN. ¡Pues si eso es muy natural!
Cuando doy la papeleta
y me van á preguntar,
siento en mí una conmoción
y una excitabilidad,
que la sangre, rechazada
de la periferia, va
por las arterias carótidas
á la masa cerebral;
y ésta, por acción refleja
que es muy fácil de explicar,
hace afluir las ideas
hacia la región lingual.
¡Así al menos lo asegura
el fisiólogo Bernard!

FRANC. Y aunque Bernard no lo diga,
lo dices tú, y es igual.

FERMÍN. ¡Pues, claro!

FRANC. Yo, francamente,
tengo un miedo regular.
Ayer, al examinarme,
señores, ha sido tal
mi aturdimiento, que estuve
á punto de zozobrar.
Figuráos que al hacerme

esta pregunta, no más:
"Dígame usted, ¿qué espesor
tiene el conducto nasal?"
Respondí: ¡cuatro kilómetros!

EST. 1.° ¡Jesús!

EST. 2.° ¡Qué barbaridad!

FERMÍN. Pues no te has quedado corto.

FRANC. Luego tuve que cortar.

FERMÍN. Tratando de dimensiones
es bueno pecar de más.

ESCENA II

DICHOS, PACO

PACO. Caballeros, buenos días.

TODOS. ¡Hola, Paco!

PACO. ¡Hola!

FERMÍN. Aquí está
el estudiante más terne
de toda la facultad.

PACO. A ver, ¿quién me da un pitillo?

FERMÍN. Yo no tengo.

PACO. (Al Estudiante 1.°) Éste tendrá.

EST. 1.° Yo tampoco.

PACO. (Al Estudiante 2.°) ¿Y tú?

EST. 2.° Tampoco.

PACO. Hombre, ¡qué fatalidad!

FRANC. Toma, yo tengo uno. (Se lo da.)

PACO. Gracias.
¿Tienes cerillas?

FRANC. ¡Ahí van!

(Dándole la caja, que Paco se guardará después de cender el pitillo.)

PACO. ¡Diantre! ¡Y fumas del estanco!

FRANC. Lo barato, chico.

PACO. ¡Ya!



FERMÍN. Yo juzgo esa solanácea
como un tóxico mortal.

PACO. ¡Olé! ¡Ya emitió dictamen
el doctor Farsalia!

FERMÍN. ¡Bah!
¡Como tú fumas Cabañas! ..

PACO. ¿Cabañas? ¡Qué atrocidad!

FERMÍN. Pues ¿de qué fumas?

PACO. ¡De gorra!
que es una marca especial.
Pero ¿empiezan los exámenes?

FRANC. Pronto deben empezar.

EST. 1.º Tú no tendrás, de seguro,
ningún temor.

PACO. ¿Temor? ¡Quiá!
¡Estoy tan acostumbrado!
FERMÍN. ¡Y tanto como estarás!
(A los Estudiantes 1.° y 2.°)
Ha tenido más suspensos...
PACO. Llevo en esta facultad
siete años: ¡conque ya ves!
FRANC. ¿Cuándo concluyes?
PACO. Quizá
dentro de otros seis ó siete,
poco menos, poco más.
FERMÍN. ¡Paco lo toma con calma!
PACO. ¡Así se debe tomar!
Nuestra carrera, señores,
tiene una importancia tal,
que paso á paso ha de hacerse,
con mucha tranquilidad.
(Don Cosme, con varios libros debajo del brazo, pasa de derecha á izquierda, muy despacio y leyendo.)
FRANC. Conforme; si es que esos pasos
no son pasos hacia atrás.
PACO. En fin, señores, á ciencia
todos me podréis ganar;
pero á empeñar lo empeñable
y á beber ron y cognac,
y á enamorar modistillas,
y á palos en el billar,
y á dar mico á las patronas,
y á no dejar nunca en paz
al sombrerero y al sastre
y á cincuenta ingleses más,
y á levantar algún muerto

con toda tranquilidad,
y... en fin, á otras muchas cosas
que no hay para qué expresar,
no hay ninguno que me iguale
en toda la facultad.
Pues ¿y á tirar con pistola?
tengo una costumbre tal,
que donde pongo la vista
pongo la bala... Aquí está. (Saca la pistola.)
Siempre la llevo conmigo.
No yerro el tiro jamás.
Mato las moscas al vuelo.

FERMÍN. ¡Cáspita, pues ya es matar!
TODOS. ¡Já, já, já!
PACO. ¿Queréis que pruebe?
TODOS. ¡Hombre, qué barbaridad! (Conteniéndole.)
FERMÍN. Nos damos por convencidos.
PACO. Si en todo Madrid no hay
quien me aventaje.
FERMÍN. Tú tienes
un organismo especial.
PACO. Lo que tengo es puntería.
FERMÍN. ¡Ay, Paco, tú morirás!...
PACO. ¡Y tú también!
FERMÍN. ¡No lo dudes!
de enajenación mental.
PACO. Y tú de empacho de ciencia,
que es peor enfermedad.

ESCENA III

DICHOS, y ARTURO, muy elegante.

FERMÍN. ¡Ya está ahí el sietemesino!
ARTURO. Pero, señores, ¿qué es esto?
¿No comienzan los exámenes?
PACO. Darán principio muy luego;
sólo esperaban á usía.
ARTURO. Siempre con guasitas. (¡Necio!)
Ya son las nueve y catorce
minutos. **(Saca su reloj.)**
(Fermín, Francisco y Estudiantes 1.º, 2.º y 3.º, forman grupo aparte.)
PACO. ¡Hombre, soberbio
reloj! **(Mirándole.)**



ARTURO. Me lo dió mi tía,
la baronesa del Cierzo.
PACO. ¡Qué tías tienes! A mí
las tías nunca me dieron
más que disgustos muy gordos.
¿Y este colgante de acero?
ARTURO. Es regalo de mi tío
el Ministro de Fomento.
PACO. ¡Caracoles! ¿Tú pariente
de un Ministro? ¡Compañeros!
(Dirigiéndose al grupo.)
Tengo el honor... y la honra...
y lo demás que reservo,
de presentaros...
ARTURO. (A Paco.) (¡Pero, hombre!)
PACO. ¡Calla!
TODOS. ¡Que lo diga!
PACO. A nuestro
amigo Arturo, sobrino
del Ministro de Fomento.
TODOS. Saludamos á vuecencia
con el debido respeto.
ARTURO. ¡Qué ganas tenéis de bromas!
FERMÍN. (¡A éste no le dan suspenso!) (Al Estudiante 1
PACO. Acuérdate de nosotros,
si es que llegas con el tiempo
á Ministro, ó cosa así.
ARTURO. ¡Quién sabe!
PACO. ¡Pues ya lo creo!
ARTURO. Eso me dice papá.
FERMÍN. Y discurre con acierto.
PACO. Un chico tan elegante...

EST. 1.° ¡Justo! ¡Y con tanto talento!
FERMÍN. ¡Tan guapo!
PACO. ¡Tan distinguido!
EST. 1.° ¡Tan aplicado!
FRANC. (¡Tan memo!)
PACO. Y que gasta unas petacas
tan lindísimas.

(Le saca la petaca que Arturo lleva en el bolsillo del chaquet.)

FRANC. (¡Te veo!)
ARTURO. Es piel de Rusia legítima;
me ha costado nueve pesos.
PACO. (¡Bien surtida! ¡Qué gran prenda
para una casa de empeños!)

(Da un cigarrillo á cada uno. Fermín, Francisco y Estudiantes 1.°, 2.° y 3.° se retiran por la izquierda.)

Por encargo del sobrino
del Ministro de Fomento.

(Da unos cuantos pitillos al Bedel.)

BEDEL. ¡Muchas gracias! (¡Qué francote!)
ARTURO. (¡Ay, qué ronda, santo cielo!)
PACO. ¿Las brevas son regalía?
ARTURO. ¿Regalía? No por cierto.
Las he comprado.
PACO. Corriente;
yo no entiendo mucho de esto.
Sean ó no regalías,
me las regalo, y *Laus Deo.*
Toma.

(Se guarda las brevas y le da la petaca vacía.)

ARTURO. ¡Vacía!
PACO. ¿Qué importa?

Pasas por el Ministerio
y le pides á tu tío
un mazo ó dos de vegueros.

ARTURO. (¡Qué estudiantes tan gorrones
se ven en este Colegio!)

(Arturo vase por la derecha.)

ESCENA IV

PACO, EL BEDEL y DON COSME, siempre con los libros.

COSME. ¿No ha venido el profesor? (Al Bedel.)
BEDEL. No, señor.
PACO. ¿Qué pasa, abuelo?
COSME. ¡Bueno estoy para bromitas!
PACO. Hombre, no tenga usted miedo.
COSME. ¿Que no lo tenga? Este examen
es el único que temo.
Hace lo menos tres noches
que no descanso un momento.
Me hace daño cuanto como;
estoy que no sé qué tengo.
Quiero estudiar, y me aturdo;
quiero dormir, y no duermo,
pues tengo unas pesadillas
que me estropean el cuerpo.
Anoche tuve una horrible;
¡ay, qué angustias, santo cielo!
Ya me veía perdido,
ya no tenía remedio;
¡me preguntaban, y yo

no respondía ni esto!
Sudaba la gota gorda,
y oí que decían ellos
entre sí: "¡Muy mal' ¡Muy mal!„
y voy á hablar, y no puedo;
mi lengua no se movía,
y aquí se me había puesto (En la garganta.)
un nudo que por un poco
me asfixio si no despierto.
En fin: ¡soñaba que me
suspendían!

PACO. ¿Del pescuezo?
COSME. No, señor; ¡en este examen!
PACO. ¿Quién hace caso de sueños?
COSME. Es verdad, pero además
yo tengo un presentimiento
muy triste.
PACO. Lo que usted tiene,
ya lo sé yo: ¡es un canguelo
de marca mayor!
COSME. Anoche
al cenar, vertí el salero,
y rompí un plato y dos copas.
PACO. ¡Eso es grave!
COSME. ¡Y me pusieron
calabaza en el cocido!
PACO. ¡Ha sido un atrevimiento!
COSME. Para el que va á examinarse,
eso es de muy mal agüero.
Estoy tan preocupado,
que en todas partes no veo
más que calabazas. (Mirándole.)

PACO. Gracias.
COSME. ¡Ay, joven! ¡Qué ganas tengo
de salir de estos apuros!
¿Ve usted? ¡Con razón lo temo!
(Fijándose en la puerta del foro.)
PACO. ¿Qué pasa?
COSME. (Leyendo el letrero.) ¡Número trece!
¡Número muy falso!
PACO. En eso
no estoy conforme. Ayer fuí
á cierta casa de juego...
COSME. ¿Usted juega?
PACO. Fuí tan solo...
¡Vamos! Por pasar el tiempo...
(y á ver si también pasaba
un duro falso.) Me acerco
á la ruleta, y al trece
pongo mi duro; y en esto
rueda la bolita, y cae,
y oigo decir: "¡trece negro!„
¡Bendito número!... exclamo,
y otros dicen: "¡vaya un pleno!„
Ya me creía feliz,
pero el maldito banquero
dijo: "¡Este duro no pasa!„
¡Y no ha pasado, en efecto!
Sin cobrarlo me quedé;
pero ya ve usted con esto
que lo falso allí era el duro,
porque el trece era muy bueno.
COSME. ¡Y que hable usted de esas cosas
en tan críticos momentos!

PACO. Estoy muy tranquilo.
COSME. Yo
estoy malo.
PACO. Lo veremos
(Tomándole el pulso.)
Efectivamente, el pulso...
COSME. ¡Sí, señor; si estoy enfermo!
¡estos tragos á mi edad!...
PACO. ¿Qué edad tiene usted?
COSME. Ya tengo
siete años y medio...
PACO. ¿Cómo?
COSME. ¡Y medio siglo! ¡Soy viejo!
Por eso ya mi memoria
se resiente...
PACO. ¡Ya lo creo!...
COSME. Lo menos cuarenta veces
me puse á estudiar los huesos,
y... ¡nada! aunque los estudio
se me olvidan al momento.
Ya no sé si las costillas
son treinta y cinco ó son menos.
¿Usted sabe?
PACO. ¡Sí señor!
son... son .. ¡pues ya no me acuerdo!
Pero serán... las precisas.
COSME. ¡Ay, joven! mucho me temo...
PACO. Si sólo al verle la cara
le aprobarán por respeto.
COSME. ¡Ay, que Dios le oiga!
PACO. ¿Qué número
tiene usted?

COSME. Ya no me acuerdo,
voy á ver... (Buscando la papeleta.)
PACO. Mucho cuidado...
COSME. ¿Con qué?
PACO. Con algún tropiezo,
y en vez de la papeleta
dé usted algún documento...
COSME. ¡Quiá, no, señor!
PACO. Se lo digo
porque suele ser expuesto.
Figúrese usted que un día
á sufrir examen vengo,
y tan tonto y distraído
estaba en aquel momento,
que, en vez de la papeleta
de exámenes, voy y entrego
al tribunal...
COSME. ¿Una carta?
PACO. ¡Dos papeletas de empeño!
COSME. ¡Pero le habrán aprobado!
PACO. Pues no tal; ¡salí suspenso!
COSME. ¿Sólo por aquel olvido?
PACO. No, señor, no fué por eso;
fué... ¡porque no respondí
ni una palabra!
COSME. Lo creo.
El temor... y la emoción...
Vamos, el aturdimiento...
PACO. ¡Quiá! ¡No señor! Es que yo
estoy muy malo. ¡Padezco
una *holgazanitis crónica!*
COSME. ¡Ah, vamos! Ya lo comprendo.

¡Caramba!

PACO. ¿Qué tiene usted?

COSME. Esta cabeza... No encuentro
mi papeleta... ¡Aquí está!
"El cuarenta y cuatro.„ (Leyendo.)

PACO. Bueno;
pues no se aleje usted mucho,
que será de los primeros.

COSME. ¡De los primeros! ¡Dios mío!
Voy á repasar... (Medio mut'is.)

PACO. ¡Bien hecho!

COSME. Diga usté, ¿este tribunal
se porta bien?

PACO. ¡Ya lo creo!

COSME. ¡Ay, eso me tranquiliza!

PACO. Ayer, de veinte, salieron
tan sólo cinco aprobados.

COSME. ¡Caramba! ¡Vaya un consuelo!
¡Me cristalizan, de fijo!
"Las heridas de los nervios...„
(Vase leyendo.)

ESCENA V

DICHOS y FERMÍN, FRANCISCO y demás ESTUDIANTES, que entran como discutiendo acaloradamente y se dirigen al BEDEL. Luego el PROFESOR.

PACO. Ya se alborotó el cotarro.

FRANC. Pero, hombre...

FERMÍN. ¡Que pasa el tiempo!

EST. 1.° ¡Ya son las diez!

EST. 2.° ¡Es muy tarde!
BEDEL. ¡Tengan ustedes silencio!



TODOS. ¡Pues que empiecen!
BEDEL. Falta aún
don José, que está algo enfermo.
PACO. ¡Don José! (Forman todos un grupo á la derecha.)
FERMÍN. ¡Si no viniera!
FRANC. ¡Es atroz!
EST. 1.° ¡Siempre tan serio!
PACO. ¡No ayuda nada al alumno!
FERMÍN. ¡Nada!

EST. 1.° ¡Nada!
PACO. ¡Le aborrezco!
FERMÍN. Yo, cuando pasa á mi lado,
jamás me quito el sombrero.
FRANC. Yo tampoco.
EST. 1.° Yo tampoco.
PACO. ¿Saludarle? ¡Ni por pienso!
BEDEL. ¡Don José!
(Acercándose al grupo. El Profesor pasa muy grave, saludando, y entra por la puerta del foro.)
TODOS. (Quitándose el sombrero.) ¡Muy buenos días!



BEDEL. (¿Eh? ¿Qué tal?) ¡Lo que hace el miedo!
FRANC. ¡Gracias á Dios que llegó!
FERMÍN. Ea, chicos, preparémonos.
Estos tragos, francamente,
me gusta pasarlos luego.
(Suena una campanilla. El Bedel entra y sale al poco rato.)

FRANC. ¡La campanilla fatal!
PACO. ¡Para algunos toca á muerto!
FERMÍN. Ya mi sistema nervioso
se sobrexcita. Ya siento
las pulsaciones cardiacas.
(Llevando la mano al corazón. Se presenta el Bedel.)
PACO. Ea, señores. ¡A ello!
BEDEL. ¡Cuarenta, cuarenta y uno
y cuarenta y dos! Adentro.
(Vanse Fermín y Estudiantes 1.° y 2.° Presentan al Bedel las respectivas papeletas de examen, y entran por el foro.)
PACO y OTROS. ¡Buena suerte!
FERMÍN. A mí me gusta
ser siempre de los primeros.

ESCENA VI

PACO, el BEDEL, FRANCISCO, ESTUDIANTE 3.° y luego ARTURO; más tarde DON COSME

FRANC. Luego nos toca á nosotros;
conque, chico, pecho al agua.
Aquí tengo los apuntes
completos. Toma.
(Al Estudiante 3.°, dándole una porción de papeles.)
PACO. ¡Me pasma!
¡Eso se llama estudiar!
¡Tocayo, eres una alhaja!
FRANC. Gracias.
PACO. ¡Cuánto diera yo
por ser de tan buena pasta!

Pero á mí, chico, el estudio
me mata, vamos, me mata.

FRANC. (Al Estudiante 3.º)
Voy á repasar contigo
un poco mientras nos llaman. (Vanse)

PACO. (Viéndole llegar muy contento.)
¡Don Arturo!

ARTURO. ¡Soy feliz!

PACO. ¿De veras? ¿Pues que te pasa?
¿Qué, tienes seguridad
de salir bien, eh?

ARTURO. ¡Pues vaya!
¡No faltaría otra cosa!

PACO. ¡Claro, sería una falta!...

ARTURO. Los que forman tribunal
son visita de mi casa,
conque ya ves.

PACO. Pues entonces
puedes tener confianza.

ARTURO. ¡Ya lo sé! Pero no es eso
lo que me alegra. (Enseñando una carta.)

PACO. ¡Una carta!
¿De un Ministro?

ARTURO. ¡De mi novia!

PACO. ¡Hola, hola! ¿Y será guapa?

ARTURO. ¡Divina, chico, divina!
¿Tú no tienes novia?

PACO. ¡Vaya!
Ahora sólo tengo tres,
Vicenta, Isidora y Paca.
Paca es doncella, y las otras...

ARTURO. ¿Qué?

PACO. ¡Modistas!

ARTURO. ¡Tú no amas!
¡Yo sólo en mi Adela cifro
esta pasión tan volcánica!

PACO. Yo, sobre todo, á Isidora
la quiero con vida y alma.

ARTURO. ¡Mi novia es un serafín!

PACO. ¡La mía es una muchacha!...

ARTURO. Por primera vez ví á Adela
en la Fuente Castellana.

PACO. Pues yo conocí á Isidora
tomando café en Eslava.

ARTURO. Su papá, que es general,
ya me ha ofrecido la casa.

PACO. Pues mi suegro es horchatero,
y tomo gratis horchata.

ARTURO. La que se opone es mi suegra
¡Su mamá! ¡La generala!

PACO. ¡Mi novia no tiene madre,
conque ya ves tú si es ganga!

ARTURO. ¡Adela por mí se muere!

PACO. ¡Por mí Isidora se mata!

ARTURO. ¡Me cuesta algunos disgustos!

PACO. ¡A mí café con tostadas!

ARTURO. ¡En cuanto me haga doctor,
ya lo prometí en su casa,
nos enlazamos, y al punto
tomamos el tren, y á Francia!

PACO. Yo, por empeñarlo todo,
hasta empeñé mi palabra
de casarme en siendo médico;
pero si sigo esta marcha

como no lo seré nunca,
me libro de la casaca.

ARTURO. Hoy en su carta me dice...

PACO. ¡Hombre, veamos la carta!

ARTURO. En secreto, por supuesto.

PACO. Por mí nadie sabrá nada.

(Mientras Arturo se dispone á leerla, entra don Cosme y se acerca á la puerta del foro.)

COSME. Con permiso... (Al Bedel.) ¿Qué dirán?
(Aplica el oído á la cerradura.)
No se oye ni una palabra. (Vase.)

ARTURO. ¿Eh? ¿Qué tal? (Dándole á oler la carta.)

PACO. ¡Grato perfume!

ARTURO. ¡Jazmín! Es de lo que gasta.
(Leyendo.) "Queridísimo Arturito...„
¿Eh? ¡Con qué mimo me trata!
"¡Te adoro! ¡Que no me olvides!
„¡Te quiero con toda el alma!
„No puedo extenderme más,
„porque mi mamá me llama.„
¡Ya ves tú qué compromiso
para la pobre muchacha!
"¡Te quiero! ¡Que no me olvides!
„¡Adiós! ¡Tu Adela!„ ¡Adorada!
¡Cuánto amor! ¡Cuánta inocencia!

PACO. ¡Ahora verás una carta!
¿En dónde la tengo yo?
(Buscándola entre una porción de objetos que saca del bolsillo.)
Cuatro rizos de la Paca...
La cédula... cartas de
la Vicenta.

ARTURO. ¡Eche usté cartas!
PACO. La cuenta del sastre... *La Correspondencia de España...*
Diez papeletas de empeño...
Otras cuentas... atrasadas...
¡El dedal de mi Isidora!
¡Hermosa prenda! (La besa.)
ARTURO. ¿Es de plata?
PACO. ¡No, de doublé! Ya está aquí.
(Dándole á oler la carta.)
¡Qué grato perfume exhala!
ARTURO. ¡Jesús! ¿A qué huele? (Rechazándola.)
PACO. ¡A chufas!
Como el papá vende horchata...
"Madrid ciento dos de gunio.
„Cerido Paco del ama.
„Te rugo bengaz á belme
„manana por la manana.
„Paco de mi coracon
„estoy muy acatarada,
„lo cual no salgo á la caye
„dende ayel. Si es que te pasas
„pol la botica compra una...„
¡Mira cómo escribe caja!
ARTURO. ¡Con g, bravo!
PACO. "De patillas
„de goma que son mú sanas.
Paco de mi coracon.
„Tulla Isidora!—Pondata.
„Que no deges de venil,
„y que no olvides... la caja
„de las patillas...„

ARTURO. ¡Sublime!
PACO. ¡Me enloquece esta muchacha!
ARTURO. ¡Qué ortografía tan buena!
PACO. ¡Chico! Sabe más gramática...

ESCENA VII

DICHOS, FERMÍN, FRANCISCO, ESTUDIANTE 3.° y DON COSME. Al salir Fermín, todos le rodean y le dan la mano.



FERMÍN. ¡Ya despaché! (Muy contento.)
PACO. (Abrazándole.) ¡Qué feliz!
FRANC. Lo celebro...
FERMÍN. Gracias, gracias.
FRANC. ¿Qué tal?
PACO. Cuenta.
FERMÍN. ¡Estuve al pelo!
No he tenido ni una falta.

COSME. Diga usté, ¿preguntan mucho?
FERMÍN. ¡Muchísimo!
COSME. ¡Dios me valga!
BEDEL. Cuarenta y tres.
ARTURO. (Muy alegre.) ¡Es mi número!
COSME. (¡Lo dice con esa cara
tan risueña!)
ARTURO. ¡Hasta después!
PACO. ¡Que te aprueben! (A Arturo.)
ARTURO. ¡Vaya, vaya!
¡Pues no faltaba otra cosa!
(Vase por el foro, después de enseñar su papeleta al Bedel.)
COSME. ¡Tanta frescura me pasma! (A Paco.)
PACO. ¡Es sobrino del Ministro!
COSME. Pues entonces no me extraña.
¡Ay! ¡Si yo tuviera un tío
en región tan elevada!
FRANC. ¿Qué te preguntaron? (A Fermín.)
FERMÍN. Mucho.
Cirrosis, fiebre reumática,
inflamaciones del hígado...
COSME. (¡El hígado!)
(Hojeando un libro, muy preocupado.)
FERMÍN. La anasarca...
y, en fin, otras muchas cosas
que ya no recuerdo.
PACO. Bastan.
FERMÍN. Al hablar de la cirrosis,
describí toda la trama
del tejido, y expliqué
la atrofia de la sustancia,

y la infiltración que sufre
en esta afección orgánica.
En fin, estuve muy bien.

COSME. (¡El hígado!) (Siempre hojeando.)

PACO. ¿Qué le pasa?
(Viendo caviloso á don Cosme.)

COSME. ¡Que no recuerdo á qué lado
está el hígado! (Todos sueltan la carcajada.)

PACO. ¿Y se alarma
por tan poco? Hay opiniones
respecto á eso. En España
todos los hombres tenemos
varios hígados.

COSME. ¡Caramba!

PACO. Sí, señor. No oyó usted nunca
decir á la gente baja:
"¡Te voy á comer los hígados!„
¡Pues esa es la prueba clara!

COSME. ¡Cierto! Voy á repasar...
(¡Memoria más desdichada!)
(Va á marcharse, pero se queda al ver salir al Estudiante 1.º)

ESCENA VIII

DICHOS y ESTUDIANTE 1.º

EST. 1.º ¡Gracias á Dios! (Todos le abrazan.)

FRANC. ¿Aprobado?

EST. 1.º Creo que sí.

FRANC. ¡Pues abraza!

PACO. ¡Ya salvaste!

EST. 1.º ¡Chico, sí!

¡Pero salvé en una tabla!
COSME. (¡Yo, aunque fuera en una astilla, qué contento me salvara!)
FERMÍN. ¿Y qué tal?
EST. 1.° ¡Perfectamente!
FRANC. ¿Se portan mal?
EST. 1.° Hombre, tratan así... así...; pero yo respondí bien.
FRANC. ¡Lo esperaba!
(Vuelve á abrazarle.)
COSME. (Al Estudiante 1.°)
¿Y qué es lo que más preguntan?
EST. 1.° ¡Todo!
COSME. (¡Todo! ¡Virgen Santa!)
Voy á repasar...
PACO. (Deteniéndole.) ¡Abuelo!
¡Tómelo usted con más calma!
BEDEL. ¡Cuarenta y cuatro!
COSME. ¡Dios mío!
¡Mi número! (Temblando.)
PACO. A usted le llaman.
COSME. ¡Ay! me están dando deseos...
PACO. ¿De qué?
COSME. De volver mañana.
PACO. ¡Vamos, hombre!
FRANC. ¡Ea, valor!
FERMÍN. ¡Entre usted con confianza!
BEDEL. ¿Quién es el cuarenta y cuatro?
COSME. ¡Servidor!
BEDEL. Pero ¿qué aguarda?
COSME. Que perdí la papeleta

de exámenes. (Buscándola asustado.)

FRANC. ¡Qué desgracia!

PACO. ¡Si la tiene usté en la mano!

COSME. ¡Es verdad! No lo notaba.

PACO. ¡Ea, adentro! (Empujándole suavemente.)

COSME. ¡Ay! ¡Estoy malo!
¡Yo no sé lo que me pasa! (Hace medio mutis.)

PACO. Pero ¿adónde va usted? (Conteniéndole.)

COSME. ¡Vuelvo!
¡Ya no puedo más! (Se oye la campanilla.)

PACO. ¡Que llaman!

COSME. ¡Ay! (Temblando.)

PACO. Pero, ¡hombre!

COSME. Haré de tripas
corazón... (¡Que Dios me valga!)

(Como haciendo fuerzas va hacia el foro con marcado temor. Se detiene. Por fin se decide, se santigua, y entra.)

ESCENA IX

DICHOS, menos DON COSME, luego ESTUDIANTE 2.°

PACO. ¡Señores, vaya un canguelo
que se lleva el pobrecillo!

FRANC. ¡No es para menos el trance!

PACO. A su edad yo, no me explico
cómo hay quien quiera estudiar
y pasar este suplicio.
Verdad es que yo á ninguna
edad comprendo los libros.

FRANC. ¿Qué tal? (Al Estudiante 2.° que sale.)

EST. 2.° ¡Estuve feliz!

PACO. ¿Te han aprobado?

EST. 2.° De fijo.
FRANC. Me alegro. (Dándole la mano.)
EST. 2.° Gracias.
PACO. Te doy
la enhorabuena, querido.
(¿Si me aprobarán á mí?
¡Quién sabe!)
BEDEL. ¡El cuarenta y cinco!
FRANC. ¡Vamos allá! Hasta después.
(Entra por la puerta del foro.)
PACO. ¡Mi tocayo es guapo chico!
—¿Qué es eso? ¿quién viene allí?
¡Caballeros! ¡Vaya un tipo!

ESCENA X

DICHOS y el TÍO ROQUE, en traje de pueblo y con unas alforjas al hombro; de la bolsa posterior asomará una bota de vino. Todos, al verle, sueltan una carcajada.



TODOS. ¡Já, já, já, já!

ROQUE. (Viéndolos reirse.) ¡Están contentos!
TODOS. ¡Que baile!
ROQUE. ¿A quién se lo han dicho?
TODOS. ¡Ejém, ejém!
BEDEL. ¡Orden, orden!
ROQUE. ¿En donde estará ese chico?
TODOS. ¡Ejém! ¡Que baile! ¡Que baile!
ROQUE. ¡Vamos! Están *divertíos* (Vase.)
PACO. ¡Ya sé quién es!
FERMÍN. ¿Le conoces?
PACO. Es un doctor que ha venido...
FERMÍN. Pero, hombre, ¡por Dios!
PACO. ¡A hacer
oposiciones, de fijo!
EST. 1.° ¡Doctor! ¡Buena facha tiene!
PACO. ¡Más tronados los he visto!
Tanto abundan ya los médicos,
que pronto cada vecino
tendrá el suyo. Y si esto sigue,
antes de poco, lo afirmo,
veremos en los periódicos
anuncios como éste: "¡Aviso!
„Doctor Fulano de tal,
„va gratis á domicilio,
„y además á los enfermos
„hará algunos regalillos.
„Tiene quien le abone. Vive,
„plaza de los Afligidos,
„trece, escalera interior,
„guardilla número cinco.„
FERMÍN. ¡Cómo exageras las cosas!
PACO. ¡Chist! Que sale el señorito.

ESCENA XI

DICHOS y ARTURO, que sale muy triste.

FERMÍN. ¡Qué cara tan compungida!
EST. 1.° ¡Vaya un cambio que ha sufrido!
PACO. ¡Arturo!
ARTURO. ¡Déjame! ¡Déjame!
¡Yo se lo diré á mi tío!
PACO. O cuentáselo á tu tía,
que para el caso es lo mismo.
ARTURO. Me tiraron al degüello,
sí, señor, lo he conocido.
PACO. Vamos, hiciste una plancha,
como nosotros decimos.
ARTURO. ¡Me preguntaron el nervio
vago!
PACO. Pues te han aludido.
(El Estudiante 3.° se acerca al Bedel y entra por el foro.)
FERMÍN. ¿Nada más?
ARTURO. Sí; las heridas
por asta de toro.
PACO. ¡Chico!
Pues tú en toros estás fuerte.
ARTURO. ¡Ya lo creo! Por lo mismo
les quise hablar de la forma
de las astas de los bichos,
y de si al poner los palos
hieren en el sobaquillo,
y que el matar recibiendo
á un toro cuando está huido

y que no obedece al trapo,
es un caso facilísimo
que el diestro se encune, y salga
de entre las astas herido;
y, en fin, quise hablarles de
la muerte de Pepe-Hillo,
pero... ¡nada! se reían,
y con retintín me dijo
don José: "Joven, lo siento;
„pero tome usté el olivo
„y vaya usté á examinarse
„con Frascuelo ó Lagartijo.„

PACO. ¡Pobre Arturo de mi alma!

ARTURO. ¡Yo se lo diré á mi tío!

FERMÍN. ¡Quién sabe! Aguarda las notas.
Quizá te aprueben.

PACO. ¡Sí, chico!
Hasta el fin nadie es dichoso.

ARTURO. ¡El fin! ¡Tuve mal principio!
(Vanse Arturo y los Estudiantes 1.° y 2.°)

PACO. Ya vuelve el de las alforjas.
Fermín, quédate conmigo.

FERMÍN. ¿Qué quieres hacer?

PACO. Quitarle
aquella bota de vino.

FERMÍN. Corriente.
(Paco y Fermín se retiran á un lado del escenario.)

ESCENA XII

PACO, FERMÍN, EL BEDEL y el TÍO ROQUE

ROQUE. ¡Menudo susto
me he *llevao!* ¡Santo Cristo!
Iba buscando al muchacho,
cuando sentí unos *quejíos*
aquí cerca, en un salón;
yo soy curioso, me arrimo,
y vi por una ventana...
¡Válgame Dios lo que he visto!
¡Le estaban cortando á un hombre
un bulto así, tamañito,
de... salva sea la parte. (Señala al cuello.)
Pero, ¿dónde está ese chico?
(Leyendo el rótulo de la puerta.)
"*Aúlla*, número trece."
Acaso esté aquí *metío*. (Se acerca.)
Diga usted, y usted perdone. (Al Bedel.)
¿Sabe usted si está Francisco?...
FERMÍN Paco, que por ti pregunta.
PACO. ¡Será algún inglés!
BEDEL. (Al tío Roque.) Amigo,
si no me da usted más señas...
ROQUE. Francisco Pérez...
PACO. (¡Dios mío!
¡Mi apellido! ¡Ya le temo!)
ROQUE. Es un muchacho *mu* listo.
y *mu aplicao*...
PACO. (¿Aplicado?

Entonces me tranquilizo.
No es á mí á quien buscan.)

ROQUE. ¡Soy
su tío! Estudia unos libros
que hablan de patos ó patas...

BEDEL. Patología.

ROQUE. Eso mismo.
¿Le conoce usté?...

BEDEL. Yo no...

PACO. Yo conozco á su sobrino.
(Acercándose á Roque.)

ROQUE. ¡Es claro! Pues si él aquí
debe ser *mu conocío*!

PACO. Ahora se está examinando.

ROQUE. ¿De veras? ¿No habrá peligro?

PACO. Ninguno.

ROQUE. Le quiero igual
que si le hubiera *parío*.
¡Si sabe más que *Berlín!*

PACO. Merlín, dirá usté.

ROQUE. Es lo mismo.
¿Y saldrá pronto?

PACO. En seguida.

ROQUE. ¡Qué abrazo le aguarda al chico!
Hoy mismo llegué del pueblo
sólo por verle.

PACO. (Principio.)
¿Conque llegó usté á Madrid
hace poco, por lo visto?
¡Qué pueblo es este, verdad?
¡Qué animación, qué bullicio!
¡Esto es vivir!

ROQUE. Pues á mí
me *entontece* tanto *ruío.*
PACO. Sobre todo, ¡qué mujeres!
ROQUE. Hombre, la *verdá.* No he visto...
¡Pero debe haberlas buenas!
¿Frescotas, eh? ¡Ya me animo!
PACO. ¡Qué tuno!
ROQUE. No hay *ná* mejor
que las mujeres y el vino;
pero el vino y las mujeres
naturales.
PACO. Convenido.
(Con éste bien puedo yo
echármelas de erudito.)
¡La mujer! ¿Qué es la mujer?
ROQUE. ¡Pues eso es lo que yo digo!
PACO. La mujer es un problema,
un intrincado organismo,
una idea, una ilusión,
un rayo de lo infinito,
una molécula, un átomo,
un concepto metafísico,
lo absoluto, lo concreto,
lo inexplicable, lo ambiguo,
algo, mucho, poco, nada,
lo material y lo psíquico;
y en esto opinan de acuerdo
los filósofos antiguos:
Platón, Licurgo, Demóstenes,
Hipócrates, Tito-Livio,
Arquímedes, Tolomeo,
Galeno, el doctor Garrido,

Bruto, César, Cicerón,
Aristóteles, Esquilo,
Catón y Perico el Ciego,
y otros muchos que no cito.

ROQUE. (Abrazándole.)
¡Bien! ¡Muy bien!... ¡Ay, si supiera
tanta *cencia* mi sobrino!

PACO. (¡Pues si no supiera más
ya estaba el pobre lucido!)

ROQUE. Pues todo lo de esos sabios
es siempre lo que yo digo.
Querer á una chica llena
de cintajos y postizos,
y con *la color* del rostro
blanquiá, como un *edeficio*,
y repleta de algodones,
es como beber el vino
aguao, y á mí me gusta
el Valdepeñas legítimo.

PACO. (Bebe buen vino! me alegro.)
¡Pues ojo! En Madrid, amigo,
y sobre todo cuidado,
(Hace señas á Fermín y le entrega la bota que sacará de las alforjas sin que el tío Roque lo note. Fermín se marcha con ella.)
que hay aquí unos raterillos...
que á uno le quitan las botas
en seguida y sin sentirlo.

ROQUE. ¡No! Pues el que á mí me robe
ya necesita ser listo.
¿Dónde dirá usted que llevo
too el dinero *escondío*?

PACO. ¡Si me suspenden, me pego
un tiro, y en paz!

COSME. ¡Canastos!

TODOS. Pero, hombre...

PACO. ¡Ya estoy resuelto! (Entra.)

COSME. ¡Y lo hará como lo dice!

FERMÍN. ¡Cosas de Paco!

EST. 1.° ¡Y qué serio
se puso!

FERMÍN. Ese chico tiene
una lesión del cerebro.

(Fermín, Arturo y demás estudiantes se retiran por la izquierda.)

COSME. ¿Y usted, viene á examinarse?

ROQUE. (¿Por quién me toma este memo?)

COSME. ¡Qué miedo tuve al principio!
Pero después... no es tan fiero
el león como le pintan;
y aquí mal, y allí un tropiezo,
y sudando cada gota
más grande que ese sombrero,
fuí poco á poco hacia arriba,
y aquí estoy ya tan contento.

ROQUE. Ya. ¿Conque usté es estudiante?

COSME. Sí.

ROQUE. Pues empieza usté á tiempo
la carrera.

COSME. Mire usté.
Yo hasta ahora fuí barbero,
y dentista, y sangrador,
y comadrón en mi pueblo;
pero todos me decían:

"Don Cosme, hágase usté médico.
„Tiene usted buen porvenir,
„tiene usted mucho talento..."

ROQUE. Y mucha modestia.

COSME. Vamos.
que al cabo me convencieron;
y vine á Madrid á ver
si en dos años, ó algo menos,
me hago doctor.

ROQUE. ¡Bien *pensao!*

COSME. Apretando mucho, pienso
aprobar en este curso
diez asignaturas.

ROQUE. (¡Cuerno!)
¿Sabe usted que me dan ganas?...

COSME. ¿De qué?

ROQUE. De estudiar *pa* médico.

COSME. Hombre, ¿quién por la familia
no hace un sacrificio inmenso?

ROQUE. ¡Ya! ¿Tiene usted muchos hijos?

COSME. ¿Hijos? No, señor, no tengo
ninguno. Todas son hijas,
y tengo nueve.

(Don Cosme se pasea de uu lado á otro muy contento.)

ESCENA XIV

DICHOS y FRANCISCO por el foro.

FRANC. ¿Qué veo? (Al ver á su tío.)

ROQUE. (Viéndole y yendo hacia él.)
¡Sobrino del alma!

FRANC. ¡Tío! (Se abrazan.)
ROQUE. ¡Aprieta, chico!



FRANC. ¡Ya aprieto!
ROQUE. Bien, ¿eh?
FRANC. Sí, señor.
ROQUE. No sabes
tóo lo que yo me alegro.
Así me gusta. ¡Otro abrazo!
Y estás más flaco... Ya veo...
¡Claro! Los libros... En fin,
yo te cebaré en el pueblo.
Pero antes quiero quedarme
diez días aquí.
FRANC. Lo apruebo.
ROQUE. Voy á tirar unos cuartos
pa que nos *diversionemos*.
¡Ya verás tú, ya verás!
Mira, chico, yo deseo
que me enseñes en Madrid

tóo, aunque cueste el dinero.
Iremos á ver las fieras.
Ya sabes tú que yo tengo
cariño á los animales. (Abrazándole.)
Y luego... sí, señor, luego
(Sale Estudiante 3.º por el foro y vase por la izquierda.)
iremos á oir cantar
á esos que son extranjeros
y que cantan las comedias...

FRANC. Las óperas.

ROQUE. Eso, eso.
No lo extrañes. Como yo
nunca he *salío* del pueblo,
soy así, pero no importa.
Tú vas á ser mi maestro,
y me enseñarás á hablar
pa soltar luego esos términos
allá en casa del alcalde,
que es un señor tan retieso...
Pero, chico, ¿qué esperamos?

FRANC. Las notas. Acaban luego.

ROQUE. Mira, mira, vamos antes
á tomar un refrigerio;
unas chuletas, dos pollos...
jamón con un par de huevos...

FRANC. Ya almorzaremos más tarde.
Ahora, si usted quiere, iremos
á tomar unos pasteles...

ROQUE. ¿Con vino, verdad? Me alegro.
Eso me gusta... ¿Usté quiere
acompañarnos? (A Don Cosme.)

COSME. No puedo.

ROQUE. Vamos, hombre, unas rosquillas
y unas copas de lo bueno.

COSME. No, señor; gracias.

ROQUE. ¡Yo pago!

COSME. Le digo que lo agradezco.

ROQUE. ¡Ea! Pues usté perdone.
Vamos, chico.

(Vanse el tío Roque y Francisco por la izquierda.)

COSME. Buen provecho.
—En cuanto lea mi nota,
si me aprueban, como espero,
hoy iré á comer de fonda,
y luego al teatro, y luego...
echaré una cana al aire,
que con bastantes me quedo.

ESCENA XV

DICHO, y PACO, que sale muy triste.

COSME. (¡Qué triste sale! ¡Infeliz!)
Amigo, ¿qué tal? (A Paco.)

(Suena la campanilla y el Bedel vase por el foro.)

PACO. ¡Suspenso!

COSME. ¿No ha respondido usted?

PACO. Nada

COSME. Créame usted que lo siento.

PACO. Gracias. ¡Pues yo estoy tranquilo!
¡Muy tranquilo! (Suspirando.)

COSME. (Ya lo veo.)

PACO. ¿Qué me importa á mí la vida?

COSME. Hombre, ¿qué está usted diciendo?

PACO. ¿Ve usted lo que tengo aquí?
(Enseñándole la pistola.)

COSME. ¡Dios mío! ¡Joven! (Asustado.)

PACO. (Conteniéndole.) ¡Silencio!



¡No hay nadie aquí!

COSME. (¡Virgen Santa!)

PACO. ¿Ve usté esta bala?

COSME. La veo.

PACO. Pues muy pronto, amigo mío,
la tendré dentro del cuerpo.

COSME. Pero, hombre...

PACO. (En este bolsillo (Del chaleco.)
estará mejor.) Espero
que usted callará.

COSME. Pero, hombre,
¿está usté loco?

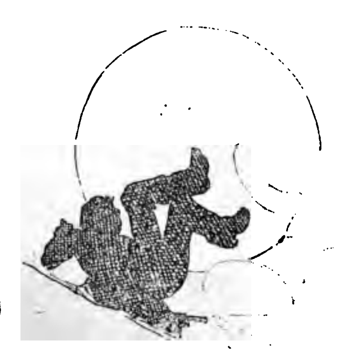
PACO. Hace tiempo.

COSME. ¡Ay, Dios mío! (Huyendo.)

PACO. Le suplico
(Apuntando. Don Cosme se detiene asustado.)
que presida usté mi entierro.
No se marche usted. ¡Ahora!
(Poniendo sobre la sien el cañón de la pistola.)

COSME. ¡Favor... Socorro! (Vase asustado por la izquierda.)

PACO. ¡Qué miedo
lleva el pobre! ¡Já, já, já!
Le daré el susto completo.
Ya ha encontrado á los amigos...
Ya vienen todos corriendo...
¡Haré que me he suicidado!
Aquí mismo. (Se sienta en el suelo.)
¡Apunten! ¡Fuego!
(Dispara al aire, y luego se tira en el suelo con la pistola en la mano.)




ESCENA XVI

PACO y DON COSME; FERMÍN, ARTURO, ESTUDIANTES 1.°, 2.° y 3.°, luego el TÍO ROQUE y FRANCISCO

COSME. ¿Lo ven ustedes? ¡Dios mío!
¡Se mató! (**Todos se acercan asustados á Paco.**)
ARTURO. ¡Por un suspenso!
FERMÍN. Paco, Paco... ¡No responde!
COSME. ¡Pobre joven!
ARTURO. ¡Está muerto!
PACO. (¡Animal!)
ARTURO. ¿Eh?
FERMÍN. ¡Te ha llamado!
COSME. La bala era así... ¡lo menos! (**Como el puño.**)
¡Yo la he visto!
PACO. ¡Ay! (**Con voz reconcentrada.**)
FERMÍN. (**Indicando la del Bedel.**) Esa silla.
Traedla, le examinaremos
la lesión. (**Le sientan con cuidado.**)
¡Cuidado! ¡Aquí!
PACO. ¡Ay!
COSME. ¡Cuánto sufre!
FRANC. ¿Qué es eso?
(**Asustado al verlo. Sale Roque con una botella en una mano y unos cuantos pasteles en la otra. Viene algo borracho. Se mete dentro del grupo, de manera que Paco le vea.**)
COSME. ¡Una desgracia!
ROQUE. ¿Está malo?
¡Pues que beba vino bueno!

PACO. (Que ha visto la botella.)
¡Tengo sed!

FERMÍN. (A los demás.) ¡Agua!

ROQUE. ¡Aquí hay vino!
(Fermín la rechaza. Paco dice que sí con la cabeza.)
¡Dice que sí! ¡Ya lo creo! (Le da de beber.)
¡Vaya, vaya! ¡Y cómo empina!

COSME. ¡Qué sed tiene! (A Fermín.)

FERMÍN. Es el efecto
de la herida.

PACO. (Que ha visto los pasteles.)
¡Estoy muy débil!

ROQUE. Pues, hombre, dele usted estos
pasteles, que son de carne.

FERMÍN. ¡Quite allá! (Al tío Roque.)

ROQUE. ¿Lo está usted viendo?
(Paco dice que sí con la cabeza.)
¡Dice que sí! Tome usté.
(Le mete un pastel en la boca.)

COSME. (¡Cómo engulle!)

FERMÍN. Yo no encuentro
la herida... (¿Dónde habrá sido?)

PACO. ¡Ay! (Con la boca llena.)

COSME. ¡Se queja! ¡Compañero!
¿Dónde tiene usted la bala?
¿Diga usted?

PACO. (Con voz débil.) ¿Dónde la tengo?
¡Metida en las entretelas... (Transición.)
del bolsillo del chaleco!
(Se levanta y enseña la bala.)

TODOS. ¡Já, já, já!

FERMÍN. ¡Vaya una broma!

COSME. ¡Me ha dado usté un susto bueno!
PACO. ¡Gracias por las atenciones!
ROQUE. Pero, hombre, ¿lo está usté viendo?
¡Pues si este vino es capaz
de resucitar á un muerto!

ESCENA ULTIMA

DICHOS y el BEDEL, con una lista en la mano. Todos, al verle, le atropellan, queriendo leer el papel, que el Bedel levantará en alto.



TODOS. ¡Las notas!
BEDEL. ¡Orden, señores!
TODOS. ¡Que se lean!
BEDEL. Pues... ¡silencio!
TODOS. ¡Pues que se lean!
PACO. ¡Yo voy
á leerlas!

(Da un salto y quita la lista al Bedel. Todos le aplauden. Se coloca sobre la silla en medio del escenario. Todos le rodean.)

TODOS. ¡Bueno, bueno!

(Paco les manda callar.)

COSME. (¡Dios mío! ¡Qué horrible duda!
¿Si me habrán dado un suspenso?)

PACO. "Don Fermín Suárez y Suárez,
„aprobado.„

(Todos abrazan á Fermín. El mismo juego se repetirá con los demás aprobados. Anímese todo lo posible esta escena.)

"Don Cornelio
„Ruiz González, aprobado.„
„Don Lucas Gómez y Asuero,
„aprobado.„

COSME. ¡A ver!

(Emocionado. Todos callan y observan á don Cosme.)

PACO. „Don Cosme
„de la Alcachofa y del Berro...

(Paco hace una ligera pausa, que aumenta la emoción de Don Cosme. Al marcar intencionalmente el *sus*... Don Cosme deja caer afligido los libros que llevará debajo del brazo; pero se repone en seguida al oir el aprobado, y da un salto, pisando en un pie al tío Roque.)

„sus... ¡Aprobado!„

ROQUE. ¡Ay, mi callo!

(Todos abrazan á don Cosme, que sigue saltando de alegría.)

COSME. Perdone usted... ¡El contento!

PACO. "Don Francisco Pérez...

ROQUE. ¡Ese!